



Segunda Oportunidad

SIERRA ROSE

Segunda Oportunidad: Segundo libro de El corazón del multimillonario

Sierra Rose

Traducido por Lola Fortuna

“Segunda Oportunidad: Segundo libro de El corazón del multimillonario”

Escrito por Sierra Rose

Copyright © 2017 Sierra Rose

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Lola Fortuna

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

[Página de Título](#)

[Página de Copyright](#)

[Una segunda oportunidad - El multimillonario | Parte 2 | Sierra Rose](#)

[Visita a Sierra Rose en: \[www.authorsierrarose.com\]\(http://www.authorsierrarose.com\)](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Visita a Sierra Rose en: \[www.authorsierrarose.com\]\(http://www.authorsierrarose.com\)](#)

[¡Recibe la Newsletter de Sierra Rose para enterarte de los nuevos lanzamientos! \(En inglés\)](#)

[¡Apúntate aquí! <http://eepurl.com/bHASlf>](#)

Una segunda oportunidad - El multimillonario

Parte 2

Sierra Rose

Visita a Sierra Rose en: www.authorsierrarose.com



Capítulo 1

Bella James estaba tumbada bocarriba en una camilla mientras el médico le ponía gel frío en la tripa para hacerle un ultrasonido y medir el crecimiento y desarrollo de su bebé. Tras explicarle el procedimiento, le pasó por la piel un pequeño aparato.

Ella miró las imágenes que había en el pequeño monitor.

–¿Cómo funciona el ultrasonido?

–Usamos ondas para crear una imagen. El aparato que llevo en la mano emite ondas sonoras que pasan a través de los tejidos de tu cuerpo y nos devuelven ecos. Así es como se genera una imagen en la pantalla.

GUSH. GUSH. GUSH.

Ese era más o menos el sonido que se oía, además de un latido rápido y constante.

Bella miró al médico.

–He oído que si el latido del feto es como el sonido de una lavadora es niña y si suena como un caballo al galope es niño. No oigo *clop, clop, clop*, sino *gush, gush, gush*. ¿Voy a tener una niña?

No hubo respuesta.

El ginecólogo miró al monitor y entrecerró los ojos como si estuviera muy concentrado.

–¡Guau! No esperaba esto –dijo.

¡No eran precisamente las palabras que Bella habría querido escuchar!

¡Por favor, que no hubiera ninguna complicación!

Él apartó la mirada de la pantalla y se dirigió a ella.

–Bella, no te lo vas a creer.

El corazón empezó a latirle muy deprisa.

–¡Por favor dígame que mi bebé está sano! Es lo único que me importa. Solo quiero un niño o una niña sana.

–¿Y si tienes las dos cosas?

Bella levantó la cabeza de la camilla.

–¿Las dos?

Al médico se le iluminó la cara.

–Sí, vas a tener gemelos.

–¿Gemelos? –Se quedó con la boca abierta mientras él asentía.

–Hay dos latidos, sí. Los dos están muy fuertes.

–¡Ay, madre! ¡Es increíble! –dijo Bella mientras se le desbordaban las lágrimas de los ojos.

¡Guau! Iba a tener gemelos, ¡doble bendición!

–Vamos a revisar al segundo bebé, ¿quieres? –dijo el médico moviendo el cabezal del ultrasonido por toda su tripa.

No se trataba de una broma. Había dos corazones latiendo en su tripa.

El médico señaló a los dos bebés en la pantalla y Bella se quedó estupefacta.

Tras el examen, el médico le dio a Bella una servilleta para que se limpiara el gel. Ella estaba en absoluto shock, sopesándolo todo.

El ginecólogo no solo acababa de confirmarle que estaba embarazada, sino que también le dijo que iba a tener gemelos. Tenía veintidós años, había trabajado limpiando habitaciones en un hotel y también

como chica de la limpieza para un multimillonario de Arizona; el único hombre al que había amado. Su breve pero intenso romance le había partido el corazón y la había dejado embarazada. Había escapado del espectacular complejo urbanístico a las afueras de Phoenix, dejando a Harvey Carlson en el pasado en cuanto supo que estaba esperando un bebé. Diez minutos después, para ser exactos, cuando lo oyó decirle a su despreciable y riquísima madre que si Bella resultaba estar embarazada él no tendría ningún problema en pagarle a cambio de quitarle el bebé para siempre.

Bella sabía que tenía que correr, aunque eso significara tener que criar al niño sola. Sin carrera ni una profesión que le sirviera para mantenerse a sí misma y al bebé. Lo único que tenía era a su hermana pequeña en Tulsa y nunca le había hablado a Harvey de ella. Así que se fue a Tulsa a vivir con Madison. Encontró trabajo en una empresa de conserjes, limpiando edificios de oficinas y restaurantes por las noches. Los horarios la habían hecho más nocturna, pero como estaba esperando un bebé no le importaba.

Durante el día dormía un poco, luego trabajaba en sus asignaturas en la universidad más cercana para poder terminar la carrera. Con una planificación muy cuidadosa del presupuesto, Madison y ella encontraron la forma de que Bella dejara de trabajar durante dos meses cuando naciera el bebé. ¡Aunque eso era antes de enterarse de que venían el doble de los bebés que esperaban!

Los gemelos necesitaban más dinero, así que se tomaría menos tiempo de baja. Los quería a los dos, ya los adoraba. Había soñado durante semanas con tener un niño o una niña al que querer, pero resultaba que iba a tener un niño y una niña. Las cosas iban a ser más complicadas, pero también iba a tener el doble de alegría.

Un día, al revisar su email con la curiosidad de saber si Harvey había intentado contactar con ella para pedirle perdón, declararle su amor o lo que fuera, encontró un mensaje de Greta, su asistente.

Bella, siguiendo instrucciones de Harvey te he depositado el resto del dinero que te debía en tu cuenta de Paypal asociada a esta dirección. Espero que estés bien. Te echo de menos. Greta

Incrédula, Bella entró en su cuenta de Paypal, en la que solía tener cien dólares para los pagos domiciliados y otros gastos. Había varios cientos de miles de dólares. Gritó, para molestia de los bibliotecarios, luego se tapó la boca con una mano. Iba a poder dejar de trabajar durante dos meses, incluso el doble.

¿Por qué le había pagado tanto? Luego lo recordó, no era tan solo lo que le debía de su sueldo por limpiar la casa, sino lo que le debía por el numerito de fingir que era su prometida. Incluso se acordó de pagarle el bono. Si ella lograba engañar a todo el mundo y hacer que recuperara su prestigio obtendría un bono. Harvey debía haber recuperado su lugar con la prensa y en la empresa.

Bella sonrió.

–Buen trabajo –se dijo.

Salvo por el extra que había resultado de ello...

No entraba en sus planes enamorarse del multimillonario, pero él le robó el corazón como no lo había hecho ningún otro hombre nunca. Bella se preguntaba si él pensaba alguna vez en ella. Estaba segura de que había seguido adelante con su vida. Seis meses atrás vio una foto de él en la primera página de un periódico, iba a un evento de una ONG. Parecía feliz, con una enorme sonrisa.

El dinero iba a ser una grandísima ayuda. Podría cubrir los gastos del parto. Podría comprar dos buenas sillitas de bebé y un coche fiable para ponerlas. Había ahorrado el dinero del Corvette que él le regaló por si había algún gasto médico imprevisto. Ahora podía relajarse, comprarse un buen coche de segunda mano y unas cuantas cosas para los bebés.

El dinero le duró más de lo que esperaba porque era muy cuidadosa con sus gastos. Caden y Corinne nacieron sanos; rubios y de ojos azules como su padre. Bella los adoraba y hacía todo lo posible por ofrecerles una buena vida. Eran unos gemelos preciosos, testarudos, divertidos y adorables, los dos milagros de la vida de Bella. No podía imaginar la existencia de uno sin el otro. Ser madre era muy duro, pero valía la pena.

Bella finalmente acabó la universidad. Madison le cuidaba a los gemelos mientras iba a clases. Tenía un curso de asistencia obligatoria si quería ser licenciada. Era la última parte de su programa de estudios.

Consiguió su primer trabajo de marketing en una empresa que tenía guardería. Tenía el corazón roto y aún pensaba en Harvey de vez en cuando, pero ese corazón también estaba lleno de amor por los gemelos.

Su vida iba bastante bien y los bebés crecían.

Capítulo 2

Cinco años más tarde...

Bella aceptó el contrato triunfal. Había cerrado todos los detalles sobre su nuevo trabajo y estaba firmando su primera hipoteca. Al fin tenía el trabajo que tanto había deseado, como ejecutiva de marketing en una de las mejores líneas aéreas de San Francisco. La imagen de la marca se basaba en la sostenibilidad y el respeto al medioambiente, y ella estaba deseando prestar sus conocimientos a tan noble causa. No veía la hora de mudarse con sus traviesos gemelos de cinco años; dejar el hotel en el que habían vivido durante la última semana y vivir en una casa de verdad en la que pudieran correr. Odiaban vivir en un piso, especialmente cuando la mujer del piso de abajo se quejaba continuamente del ruido que hacían los niños con sus carreras. Ahora tenían un pequeño jardín e incluso un porche en el que poder sentarse. Estar apiñados en un pequeño apartamento en verano y sin balcón no tenía ninguna gracia.

Bella encontró un pequeño chalet con certificado LEED, que tenía paneles solares en el tejado y aprovechaba el agua de lluvia. Desde que había sido madre, no estaba dispuesta a tolerar las sustancias químicas cerca de sus hijos. Estaba decidida a ofrecerles el espacio más sano posible para que jugaran y crecieran, así que invirtió un poco del dinero de su bono para la nueva casa. Los niños tendrían espacio para jugar y acceso al jardín comunitario, así como un parque enorme al lado. Necesitaban sitio para quemar la energía, no podían estar corriendo pasillo arriba y pasillo abajo en el hotel mientras su sufrida nanny (que llevaba con ellos ya dos semanas) intentaba que volvieran a la habitación.

Bella pensó que ahora sí empezarían su vida de verdad. La vida para la que ella había trabajado desde que se encerró en el baño, vio que el test de embarazo daba positivo y escapó. Ahora les había dado un hogar seguro a los bebés; que ya no eran tan pequeños, pues iban a empezar a ir a la escuela infantil el lunes. Era una sensación agridulce. Dulce, porque estaban sanos, felices y deseosos de aprender. Agria porque gran parte de su primera infancia Bella la había pasado haciendo malabares entre trabajos a media jornada, estudios y cuentas para llegar a fin de mes. Ahora que tenía tiempo para disfrutarlos ellos empezarían con actividades extraescolares y fiestas de cumpleaños.

Le envió un mensaje a la empresa de mudanzas que le iba a traer sus muebles nuevos.

Tener muebles nuevos era como un sueño. A veces Bella tenía que pellizcarse para estar segura de que no estaba soñando.

Tras unas cuantas horas en casa, llenó el frigorífico y sacó de las cajas lo más esencial. Los niños tendrían una habitación para cada uno y Bella se aseguró de que fueran perfectas. La de Corinne tenía una colcha rosa, posters de sus princesas favoritas en la pared y un armario especial para que colgara todos sus tutús de ballet y sus leotardos. El de Caden estaba decorado con dinosaurios; tenía una mesa de juego en la que podría poner sus Tiranosaurus Rex y demás dinos. Bella estaba orgullosa de la vida que podía darles. Fue al hotel para recoger a los gemelos y a la nanny, además de las últimas dos maletas.

—¿Estáis listos, chicos? —preguntó, con la voz llena de entusiasmo.

—¡Sí! —gritaron los gemelos.

—Sí —dijo María—. Gracias por haberme contratado, te prometo que no lo lamentarás. Voy a ser la mejor y voy a cuidar muy bien a tus hijos. Me alegro mucho de que tengas el trabajo de tus sueños, yo también lo tengo.

Bella no podía parar de sonreír; los abrazó con fuerza mientras el entusiasmo la inundaba.

María era la nanny perfecta. Era cariñosa, amable, humilde y tenía una maravillosa disposición.

Acababan de darle el permiso de residencia y estaba tomando clases para mejorar su inglés.

Bella arrancó el coche y se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Al fin tenían una casa adónde ir! Nada podía entusiasmarla más.

Entraron en su nuevo hogar y miraron a su alrededor sorprendidos. Cuando Bella vio las caritas sonrientes y oyó sus gritos, sintió que todos los años de trabajo habían valido la pena. Por fin les había dado un verdadero hogar. Bella le dio la noche libre a María. Pidió pizza, hizo una ensalada y pensaba ver una peli con los niños. Era exactamente lo que necesitaban, un poco de tiempo en familia.

–¡Yo quiero Cenicienta, mamá! –dijo Corinne.

–¡No! ¡Esa la hemos visto un millón de veces –dijo Caden–. Y es para chicas, mamá.

Bella cogió un DVD.

–Vale, ¿qué tal Toy Story? La compré hace unos días.

A Caden se le iluminaron los ojos.

–¡Sí!

–¡Quiero verla! –gritó Corinne.

–Vale, ¿la vemos después de cenar?

Alzó el puño al aire:

–¡Sí!

Tras la pizza de pepperoni y la sesión Disney, les dio un baño y les leyó un cuento. Arrojó a Corinne y llevó a Caden a su habitación para arrojárselo también. Caden se quedó dormido en cuanto lo metió en la cama.

–Léeme otro cuento, mamá –dijo Corinne–. ¡Por favor!

Bella se asomó a su habitación.

–Vale. Solo uno más, luego es hora de dormir, cariño.

–De acuerdo.

Tras el cuento, Bella le dio a su hija un beso de buenas noches.

–Me encanta nuestra nueva casa –dijo la niña.

Bella sonrió.

–Me alegro. Vamos a vivir muy bien aquí.

–¡Me encanta!

Bella volvió a sonreír. Estaba encantada de ver a sus hijos tan contentos.

Se fue a su habitación y empezó a prepararse para dormir. Pocos minutos después, oyó unos pasos.

Corinne entró, confundida porque nunca había dormido sola; siempre había tenido que compartir habitación con su hermano y, a veces, también con su madre.

–Nunca he estado sola –dijo–. Es demasiado grande.

–Vuelve a la cama, mi amor –Bella se reía–. Pronto te acostumbrarás a tener todo ese espacio para ti. Abraza a tu conejito. Mamá te quiere. Venga, a la cama.

Bella hizo que su hija volviera a su habitación y empezó a sacar algunos libros y fotos de sus cajas para que el salón tuviese más aspecto de hogar.

Oyó que su móvil pitaba y fue a revisarlo. Era un mensaje de una web para encontrar pareja a la que se había suscrito. Había un chico por su zona que encajaba con ella y con todos los datos tremendamente específicos que Bella había puesto. Le respondió, diciéndole que podían quedar a tomar café al día siguiente por la tarde. Tenía que rehacer su vida en todos los sentidos.

Cuando se cansó de colocar las adorables fotos de los gemelos se estiró, se levantó y miró el perfil del chico. Decidió que era su nuevo tipo. Sobre los cuarenta, pelo oscuro, serio pero guapo, vestido como un profesional. Lo contrario a lo que siempre había sido su tipo, es decir, Harvey. Él acababa de cumplir los treinta, era el típico americano, con el pelo rubio oscuro y ojos azules, sonrisa traviesa y habilidades destacables tanto en las salas de reuniones como en el dormitorio.

Este hombre, Max, se acercaba más a lo que quería ahora. En el perfil decía que le gustaba esquiar y el sushi y que trabajaba como alto ejecutivo. Para Bella ese era el tipo de hombre que debía tener en su vida. Ahora era una madre soltera, ya no una romántica empedernida de veintidós años nacida en Arkansas, como cuando conoció a Harvey Carlson seis años atrás. Ahora tenía veintiocho, su pelo dorado había pasado a castaño claro y había cambiado las chanclas de dedo por bailarinas de Tory Burch; había cambiado las películas románticas por la Patrulla Canina.

Tenía una vida nueva. No quería estar sola, así que tenía que cambiar sus gustos respecto a los hombres. Después de todo, el que creía el hombre perfecto la había obligado a escapar entre las montañas para que no le quitara a sus bebés. Esta vez no quería a un multimillonario que estuviera buenísimo —Bella sonrió, quizás fuera la única mujer de América que pensaba así—. Quería a un hombre estable y responsable. Alguien con quien poder ver una película, compartir una botella de vino y quizás salir a cenar de vez en cuando. Alguien con quien hablar, con quien compartir la alegría y el trabajo que suponía criar a sus hijos. Era el único sueño que tenía a estas alturas.

La primera cita que tuvo Bella con Max fue muy agradable. Quedaron en un Starbucks y él incluso le dio un mordisco de su muffin. A ella le pareció inteligente y tranquilo y él le dijo que la encontraba muy atractiva. Pronto se encontraron quedando para cenar cada fin de semana; hablando de la actualidad y del buen merlot. Se gustaban y él la besó dos veces. Bella no sintió fuegos artificiales, pero en fin, es que era más mayor y tenía más sentido común. Aún no se lo había presentado a los gemelos; era muy precavida en lo relativo a su familia.

Cuando él le pidió que hicieran un viaje de fin de semana ella aceptó. Bella lo arregló con María para que se quedara con los gemelos y se fue con él a Napa a recorrer bodegas de vino y a cenar a la luz de las velas. Durmieron en un bonito *bed and breakfast*. Era el primer hombre con el que Bella se acostaba desde que estuvo con Harvey tantos años atrás. Lloró al terminar, pero Max pensó que era porque se había encariñado con él. Nunca sospechó lo lejos que él quedaba en comparación con el único hombre al que Bella había amado. Sin embargo ella se tumbó a su lado y dejó que la abrazara y le dijera lo guapa que era. Desayunaron tortitas de arándanos a la mañana siguiente y ella mantuvo todo el tiempo una sonrisa en la cara, aunque se moría por volver con los gemelos. Echaba mucho de menos a Caden y Corinne. Solo se había alejado de ellos alguna vez para algún viaje corto de trabajo y ahora sentía que habría preferido pasar el fin de semana con ellos. Ahora tenían que volver al cole y ella al trabajo. Bella se entristeció al pensar que había perdido dos días al lado de sus bebés solo para beber vino y probar sexo mediocre con un hombre mediocre.

Capítulo 3

Bella tenía una reunión al día siguiente en la que felicitó a su equipo por haberse hecho con una cuenta importante. Cuando estaban poniéndose al día, se sorprendió de que todos los móviles pitaran al mismo tiempo. Era un mensaje colectivo que pedía que todos los miembros del equipo ejecutivo subieran a la sala de reuniones de la última planta de inmediato. El ascensor se abrió en la última planta, ante las espectaculares vistas de la bahía. Jarvis Connors, el director general, estaba esperándolos rodeado de sus asistentes. Los ejecutivos de finanzas, marketing, recursos humanos, internacional y relaciones públicas se sentaron alrededor de la enorme mesa de reuniones. Él levantó la mano para llamar su atención. Las especulaciones cesaron de golpe, en un profundo respeto por el director general.

–Amigos míos, os he llamado para deciros que me voy a finales de este mes. Voy a aprovechar la cláusula de jubilación de mi contrato. Mi mujer, como sabéis, tuvo un infarto hace algunos meses y desde entonces quiero dedicarle más tiempo a mi familia. Por eso he buscado un buen candidato para reemplazarme y el consejo de dirección ha accedido a apoyar mi recomendación. El viernes va a haber una pequeña fiesta para celebrar mi jubilación en el Regency Ballroom. Allí os presentaré a mi sucesor. Por favor, sabed que todos contáis con mi gratitud y mi aprecio. Habéis sido un equipo magnífico y no me imagino a nadie mejor para tomar el mando que el hombre que he propuesto. Antes de que me compréis nada en Brookstone, os diré que no quiero ningún regalo, os pediría que hicierais mejor una donación a una fundación para víctimas del infarto. Muchas gracias.

Todos le aplaudieron de corazón, estaban conmovidos. No había ningún indicio de que Jarvis fuese a dejar la empresa. De hecho, todo el mundo había pensado que cuando volvió después de la enfermedad de su mujer era porque estaba comprometido con la marca que él mismo había creado. Pero el hombre tenía derecho de estar con su familia, por muy difícil que la transición pudiese resultar para sus socios. Bella sacó el móvil para mandarle un mensaje a María, diciéndole que la iba a necesitar el viernes por la noche y ofreciéndole que librara la noche del jueves en compensación. Pensó en lo que se iba a poner y en que tenía que ver cómo era el Regency antes de decidir qué tacones iba a usar. Si había muchas escaleras tendría que usar tacones menos altos, pero si había pocas podría ponerse los preciosos zapatos italianos que había comprado en las rebajas de Nordstrom Rack la primavera pasada.

La entristecía que el visionario en cuya empresa ella había soñado con trabajar se marchara ahora para retirarse, dejando a otra persona para dirigir su marca. Bella no quería ni imaginar la tristeza de los empleados que llevaban allí más tiempo y lo consideraban un mentor, además de un héroe. Con el ánimo un poco bajo, siguió adelante con el día. Bella recibió un email de Connors en el que le decía que la consideraba una figura prometedora del marketing y que estaba seguro de dejar el departamento en muy buenas manos. Bella imprimió el email y lo colgó en su pizarra de corcho para conservarlo. Sabía que sería una buena inspiración para cuando sintiera que era poco apreciada.

Durante el resto de la semana todo el mundo trabajó a fondo, como si de un tributo se tratara a Jarvis Connors y su larga trayectoria como líder honorable y adelantado a su tiempo. Al llegar el viernes, Bella se despidió de los gemelos con un beso y los mandó al cine con María para arreglarse. Se enfundó en un vestido marinero muy bien cortado y favorecedor pero conservador y se puso los tacones italianos. Se recogió el pelo y añadió un toque de delineador y de rímel, además de pintarse los labios en un tono rosado. Se puso el brazalete de diamantes que le regaló Harvey. No lo había vendido. Tuvo intención de hacerlo, pero no había sido necesario, así que lo conservaba. Bella se decía que lo guardaba para

Corinne.

Cuando su hija acabara la universidad se lo daría, diciéndole que era un regalo de su padre. Se lo dejaría a la pequeña cuando se hubiese convertido en mujer. Pero mientras tanto, también lo conservaba por motivos sentimentales. Él se lo había comprado en una subasta de beneficencia y se lo había puesto aquella misma noche, luego habían hecho el amor en la limusina; él le había quitado todo, salvo el brazalete de diamantes que llevaba en la muñeca. Bella recordaba cómo se había tumbado debajo de Harvey en el asiento de cuero. Recordaba sus manos y su boca... Levantó la mirada al escuchar el timbre de la puerta. Max había venido a recogerla. Se abanicó con una revista, intentando en vano que desapareciera el rubor de deseo que se había apoderado de ella al recordar aquella noche en la que Harvey le regaló el brazalete.

Bella se encontró con Max en la puerta y se apresuró a salir para saludarlo. No estaba preparada para que él viera los libros de colorear, los juguetes y las zapatillas Crocs por todo el suelo del salón. Si la cosa iba en serio, muy en serio, entonces lo dejaría conocer a los niños y, con un poco de suerte, todo iría bien. Con suerte él nunca preguntaría por el padre de los niños. Bueno, vale, él preguntaría y Bella le daría una respuesta vaga, luego esperaría que él no quisiera saber su nombre ni más detalles o por qué los gemelos no tenían ninguna relación con la familia de su padre. Agh, era demasiado complicado.

–Estás espectacular –dijo Max.

–Gracias. Tú también estás muy guapo.

Fueron al Regency en el BMW de Max, escuchando una emisora de radio en la que ponían mucha música de violín; con un presentador que tenía la voz de acabarse de despertar de una siesta de cinco años. El hombre hablaba sobre una moneda rara que acababa de comprar para su colección.

Bella se dio cuenta de que le resultaba agradable estar con Max, pero no le nacía ningún sentimiento como esperaba que ocurriría. Al llegar al hotel, él le dio las llaves al aparcacoches y entraron a la sala de baile.

–Estás preciosa –dijo Max–. Creo que todo el mundo se va a fijar en ti.

Bella sonrió.

–Gracias.

Ella le contó que iban a anunciar quién sería el nuevo director general; que aquella era una fiesta de jubilación pero también en parte una reunión de trabajo.

Se sentaron en la mesa que les habían asignado y ella empezó a charlar con una compañera de marketing durante la cena. Bella no quiso la ensalada de remolacha, pero su acompañante se comió su porción. Max estaba extrañamente callado y se retiró temprano. Bella recibió un mensaje en el móvil en el que le decía que la ensalada de remolacha tenía estragón y él era ligeramente alérgico. Le aseguró que no necesitaba ayuda, pero se le había hinchado un poco la cara, así que tenía que tomarse un Benadryl e irse a dormir. Bella prometió que estaría al pendiente de él y siguió con la cena.

Después de los postres, llegó el anuncio que todos estaban esperando. Jarvis Connors subió al escenario tras una ceremoniosa presentación por parte del vicepresidente y de una ovación en la que la gente se puso de pie. Empezó a hablar:

–Sois una gente maravillosa e inteligente y me siento muy orgulloso de llamaros mi equipo. Con el mismo orgullo os presento al joven que no solo ocupará mi lugar, sino que llevará a JC Enterprises hacia una nueva dirección. Por favor, dadle una cálida bienvenida al sucesor que he elegido, Harvey Carlson. Hace poco, Harvey tomó las riendas de la filial indonesia del Davenport Consortium, salvándolo de la quiebra. Ha aceptado sucederme en JC porque trabajó como interno bajo mi mando hace algunos años; bueno, hace bastantes años. –Jarvis Connors dejó escapar una risa breve.

Harvey.

¡Dios mío!

Capítulo 4

Estaba allí, en el escenario. Estaba idéntico. A Bella se le paró el corazón. El aire se le convirtió en hielo en los pulmones. Lo miró mientras recorría el escenario para estrecharle la mano a su jefe.

Su antiguo jefe, ya que Harvey era ahora el nuevo jefe.

No hacía ni tres meses que Bella había firmado el contrato de hipoteca. No podía dejar el trabajo para escapar de él, no podía sacar del colegio a los gemelos ahora que se habían adaptado. Lo más seguro era que en una empresa con cientos de empleados Harvey no notara su presencia. Se cruzarían en las reuniones, pero quizás él ni siquiera se acordara de ella. Había tenido tantas mujeres que seguro que se le confundían como una amalgama del pasado. Cuando se vieran obligados a hablar todo sería frío y profesional. Bella podía fingir que no se acordaba de él en caso de que Harvey tuviera la poca delicadeza de hablar de su antigua relación. Cualquier cosa, con tal de evitar que descubriera la existencia de los niños.

Estaba rompedoramente guapo. Incluso ahora, seis años después de que la tocara, Bella sintió un escalofrío fantasma recorriéndole la piel al ver sus grandes manos en el podio. Esas manos que alguna vez la llevaron a la cima del éxtasis. Bella se acabó el vaso de agua cuando él empezó a hablar, luego se agachó como si buscara algo en el bolso. Su maldita mesa estaba justo frente al escenario y no había luces que le impidieran a Harvey ver a la gente. ¿Por qué no se había marchado con Max? ¿Por qué había venido? Menudo desastre.

Al final tuvo que enderezarse. Mantuvo la vista clavada en la mesa tanto tiempo como pudo, doblando una y otra vez su servilleta, colocando el tenedor, deseando tener más agua y, a la vez, esperando que el camarero no le trajera más porque llamaría la atención. Si se levantaba para ir al servicio Harvey la vería, ese sería un motivo para que la identificara entre la gente y la buscara después. Se quedó quieta, sintiéndose fatal, mientras él hablaba y ella no entendía ni una sola palabra. Tan solo registraba el sonido familiar de su voz, despertando sus sentidos y asustándola al mismo tiempo.

Todo el mundo aplaudía, así que Bella asumió que la presentación había terminado y se atrevió a levantar la cabeza. Él la miraba directamente. Sus ojos se encontraron y ella apartó la mirada, asustada.

¡Pillada!

Cuando Bella volvió a levantar la vista él seguía mirándola. Su atención, total y absoluta, estaba centrada en ella y no había duda de que la había reconocido.

¡Mierda!

Bella se puso de pie de un salto y escapó. No había otra palabra para describirlo. Estaba fuera del hotel, en mitad del parking, cuando recordó que Max la había dejado sin coche. Estaba buscando el móvil en su diminuto bolso cuando oyó unos pasos que la seguían. Era él. Bella sabía que era él. Un escalofrío le recorrió la espalda.

–¡Bella! –gritó Harvey, alcanzándola.

Ella levantó la mirada. Él tenía el mismo olor, el mismo aspecto, su pelo rubio arena y sus ojos azules. Fue como recibir un golpe en el pecho: Caden era idéntico a su padre hasta en la arruga que se le formaba entre las cejas cuando estaba preocupado. Bella se mordió el labio, esforzándose por callar, por no pensar siquiera en los niños en presencia de aquel hombre. Si se enteraba se los quitaría. Nunca lo permitiría.

–¿Sí? –preguntó ella con templanza.

–¿Por qué escapas de mí? ¡Otra vez!

–Le ruego que me disculpe, señor Carlson. Renuncié al puesto de trabajo que tenía con usted hace varios años. Ahora me encuentro en la desagradable circunstancia de volver a trabajar para usted. Necesito el trabajo y creo que, como profesionales, podemos mantener las distancias y comportarnos de la mejor manera para JC y conservar el legado de Javis.

–Suena muy noble, pero quiero saber por qué coño me dejaste hace cinco años.

Eran seis, pero ¿quién se iba a parar a contar?

–Si mal no recuerdo, te dejé una nota. ¿La recibiste?

–Sí, pero era una mentira sobre que no querías nada más. Estábamos juntos, Bella. ¿Por qué me dejaste así? Creía que teníamos algo especial y tú lo tiraste por la borda, ¿cómo pudiste?

–No era real y los dos lo sabemos. Era un trabajo, tuve que marcharme por motivos éticos. Estoy segura de que me sustituiste sin problemas.

–No le di tu papel a nadie más, si es eso a lo que te refieres.

–Me sorprende. Tengo que irme.

–¿Aún tienes el Vette?

–No. ¿por?

–Era un coche muy bonito. Siempre me gustó imaginarte conduciéndolo con la capota quitada, tu pelo rubio volando al viento. Veo que no es así, ya no eres rubia.

–No, ya no. Soy ejecutiva de marketing. Se podría decir que ya soy adulta.

–Me impresiona que hayas terminado la carrera y hayas llegado a este nivel dentro del mundo de los negocios en tan poco tiempo. Tienes que haber puesto mucha dedicación, además de tu inteligencia. Recuerdo que eras muy brillante.

–Gracias –dijo ella; no quería que él se diera cuenta de lo importante que era ese comentario para ella.

Durante todas las noches de soledad, Bella deseaba en secreto que algún día él supiera todo lo que había hecho y se sintiera orgulloso. Que pensara que ella era más que simple basura blanca de Arkansas. Más que la sirvienta a la que se tiró unas cuantas veces en el pasado.

–Es todo un logro, te admiro.

–Gracias.

–Veo que llevas puesto el brazalete que te regalé hace todos estos años.

–Lo conservo. Recuerdos y esas cosas.

–Quiero saber la verdadera razón por la que me dejaste. Creo que me lo debes, ¿no?

–¿Tan imposible resulta que ya no quisiera estar contigo? ¿Eres tan egocéntrico que no te puedes creer que una mujer se haya cansado de tus historias y tu “no estoy listo para sentar cabeza”?

–Solo porque no estuviera preparado para darte un anillo... Vale, te di uno por nuestro montaje, para las cámaras, pero no estaba preparado para casarme. Eso no significa que no quisiera estar contigo. Ni siquiera me diste una oportunidad. Te las llevaste todas contigo.

–¿Intentaste encontrarme?

–No. No quería estar con una mujer que no solo no me quería, sino que me respetaba tan poco que se marchó sin decir una palabra.

–¿Y entonces porqué me persigues hasta el parking seis años después?

–Son cinco años –corrigió él.

Bella se contuvo para decirle que sabía perfectamente de cuántos años se trataba porque se marchó siete meses antes de que sus gemelos, que ahora tenían cinco años, nacieran. Estaba enfadada, pero no era idiota.

–Vale. Me voy. La fiesta te espera. Creo que eres el centro de atención allí. Si la... La estúpida historia que hubo entre nosotros va a ser un obstáculo para que trabajemos juntos, dímelo ahora y me

busco otro trabajo.

–Yo nunca haría nada para echarte del trabajo. Si no quieres verme, esa es otra cosa.

Bella cambió de actitud.

–Sí que puedo verte.

–Deberías haber contactado conmigo.

–¿Otra vez con lo mismo? ¿No podemos estar de acuerdo en que fue un final melodramático para un estúpido acuerdo y dejarlo como está?

–Nos queríamos, Bella. Creía que nos queríamos.

–Vale, eso fue en la prehistoria, señor Carlson.

–¿Vas a hablarme de usted otra vez y a llamarme señor Carlson? Te conozco, en el sentido bíblico de la palabra. Puedes tutearme.

–Preferiría llamarlo señor Carlson. Y hablar de usted es más adecuado en el trabajo. Ya que soy su subordinada, si usted quiere me puede tutear.

–Gracias por darme permiso. No pensaba llamarte señorita James. ¿O debería decir señora?

–No me he casado, pero estoy con alguien... Max ha tenido que marcharse, no se sentía bien.

–Ya veo. ¿Necesitas que te lleve a casa?

–¡No! Quiero decir, gracias. Puedo volver a casa sola, usted es el invitado de honor en la fiesta.

–Para nada. Javis Connors es una leyenda. Yo soy el segundón.

–Estoy segura de que usted lo hará de maravilla. Me gustaría que mantuviésemos nuestro pasado en secreto. ¿Puede ser?

–Sí. Claro. No era mi intención... Quiero decir, me sorprendió verte y creo que no me he portado muy bien, dadas las circunstancias. Te he perseguido hasta el parking. Lo siento. No sabía lo que hacía. No volveré a hablar de nuestro pasado. No hay ningún motivo por el que no podamos ser civilizados y trabajar juntos.

–Gracias. Mucha suerte. –Bella asintió y sacó el móvil para llamar un taxi.

Harvey se quedó parado a su lado, con las manos en los bolsillos, esperando.

–¿Necesita algo? –preguntó ella–. Creo que lo esperan en el salón de fiestas.

–Claro. Solo quería asegurarme de que llegas bien a casa. Esperaré a que subas al taxi y volveré a la fiesta. No es muy buena idea que una mujer se quede aquí fuera sola.

–Durante todos estos años he entrado y salido sin que nadie me acompañe ni espere al taxi conmigo. La verdad, esto es un poco insultante. Puedo cuidarme sola.

–Claro. Quiero decir, estás maravillosa. Y no lo digo con afán de acosarte. Es solo que, nos conocíamos de antes. Te veo ahora y estás aún más guapa de lo que imaginaba. El tiempo te ha sentado de maravilla.

–Bueno. Buenas noches, señor Carlson –dijo Bella con firmeza.

Él se rindió y volvió a la fiesta.

Mientras volvía a casa Bella lamentó no haberle dicho nada sobre los gemelos, sobre el miedo que pasó seis años atrás. Tenía que haberle dicho que ahora los dos eran adultos maduros y que podían encontrar una forma razonable para que él estuviera presente en la vida de los niños sin necesidad de abogados, juicios ni de que su malvada madre opinara. Obviamente Bella tenía motivos para no querer meterse en líos legales con una familia poderosa y millonaria, pero quizás él no permitiera la intromisión ni de su madre ni de los abogados. Era un buen tío, quizás debiera confiar en él. Bella no se había fiado hasta ahora, no cuando habría sido importante hacerlo. Era demasiado tarde para cambiar de opinión solo porque ahora tuviese ganas de hacerlo.

Él tan solo había pedido explicaciones sobre su marcha y había flirteado un poco. No es que le hubiese confesado que moría de amor por ella ni que hubiese dicho que soñaba con que formaran una familia juntos. No dijo que quisiera volver a empezar ni que quisiera comprometerse. No había forma de

empezar de cero, pues Bella ya había tenido hijos con él y los mantenía en secreto. Demasiado bagaje, demasiados problemas, demasiado riesgo para estar con un hombre atractivo.

Le mandó un mensaje a Max para ver cómo estaba y recibió una respuesta demasiado detallada sobre molestias gastrointestinales relacionadas con la ensalada de remolacha. Lugo les dio un beso a sus hijos antes de irse a dormir. Por millonésima vez, Bella pensó lo bonito que sería si pudieran compartir la vida con su padre. Las alegrías y las dificultades habrían sido mejores con él. Se sintió desbordada y egoísta al mismo tiempo por guardarse para ella sola el miedo, la lucha y la felicidad que le daban los gemelos.

Capítulo 5

Poner distancia conscientemente con tu ex es uno de los ingredientes clave de la recuperación. Pero, ¿qué se puede hacer cuando tienes que verlo todos los días en el trabajo? Quedarte en tu despacho todo el tiempo posible. En este caso eso no servía.

Harvey entró al despacho de Bella cuando ella estaba hablando por teléfono con los jardineros que iban a podar los árboles de su casa. Había recibido quejas porque uno de los arbustos estaba demasiado grande. No le apetecía podarlo, pero no quería encontrar otra nota pegada a su puerta.

No pudo evitar mirar de reojo a Harvey mientras hablaba. Llevaba barba de dos días y un traje negro hecho a medida con una corbata a rallas. Su pelo ondulado caía ligeramente despeinado sobre su frente.

Verlo la ponía de los nervios... Pero estaba buenísimo.

–Te has perdido la reunión –dijo él.

–Lo siento, pero estoy con una llamada muy importante.

Él esperó y ella colgó.

–Lo siento –dijo Bella–. Los jardineros van a mi casa hoy a podarme el arbusto.

Él esbozó una sonrisa de medio lado.

Bella sacudió la cabeza sonrojándose.

–Vale, ya sabes a lo que me refiero. Si fuera una empleada cualquiera no le habrías buscado otro significado al comentario. Pero como hemos tenido relaciones íntimas...

–Vale, lo sé.

–Es difícil –dijo Bella.

–Creo que deberíamos hablar –dijo él–. si vamos a trabajar juntos quizás deberíamos aclarar las cosas entre nosotros.

–Por favor no le cuentes a nadie que antes estábamos juntos. En cuanto se enteren de que yo antes limpiaba retretes voy a ser la diana de todas las bromas. Y empezarán con los rumores.

–Tuvimos un romance público hace años, estábamos por todo internet, en la tele y en los periódicos. No va a pasar mucho tiempo antes de que alguien ate cabos.

–Estoy segura de que alguien acabará dándose cuenta. Pero por ahora no digamos nada. Verte ya es bastante difícil. Si añadimos rumores... No puedo con algo así ahora mismo.

–Mis labios están sellados.

–Gracias . –Bella no se movía–. Me gustaría poder controlar esta conversación haciendo que fuera menos personal; salir de aquí antes de que las cosas se pusieran demasiado raras. Pero no puedo porque me tienes arrinconada, estás bloqueando la puerta, así que no puedo marcarme mi gran escapatoria.

–Sigues tan graciosa como siempre.

–Eh, hablamos otro día. Tengo un millón de cosas que hacer y...

–No podrás evitarme siempre.

–De verdad que no quiero entrar en una competición de gritos contigo. Estás herido y enfadado y sé que vas a explotar. Quizás yo también explote. No quiero que ocurra.

–¿Hay algún motivo por el que no podamos ser amigos? –preguntó él–. Y no sé por qué estás enfadada conmigo. Debería ser yo el enfadado. Tú te fuiste sin decirme adiós en persona. Me dejaste una maldita nota. ¿Es que nuestra relación no se merecía más que una simple nota de despedida?

–Me fui porque no nos convenía estar juntos-

–Eso fue lo que te hizo escapar.

–Yo era la chica de la limpieza y tú eras mi jefe. No veía futuro para los dos.

–Qué curioso, yo sí lo veía.

–Tu madre soltó todo su veneno conmigo durante la cena. Yo no era más que una sirvienta. Me di cuenta de que nunca encajaría con tu familia. Me sentí indigna.

–¿Y por qué no me lo dijiste?

–No lo sé. Debería haberlo hecho.

–Mi madre me dijo que tu ex había venido a buscarte. Me dijo que él te ayudó a hacer las maletas y que os marchasteis. Aquello me hizo muchísimo daño. No quería interponerme con tu felicidad, así que me mantuve al margen. Pensé que si sentías algo por mí volverías. Pero nunca lo hiciste.

–¿Cómo pudiste creerle a tu madre? No me fui con nadie. ¡Ella solo intentaba que rompiéramos!

Él iba a decir algo pero se contuvo.

–¿Qué? –preguntó Bella.

–¿Mi madre te pagó para que te fueras?

–¡No puedo creer que me preguntes eso!

–Éramos felices, estábamos locamente enamorados y de pronto escapaste. No me dejaste una dirección ni un número de teléfono. Simplemente te marchaste.

–¡Nunca me dejaría comprar! ¿Crees que me habría ido por dinero después de lo que teníamos? Es de locos.

–Mi madre ya lo ha hecho antes.

–Me fui porque no encajaba en tu mundo perfecto. Pensé que era lo mejor para ti.

–¿Fue por los comentarios crueles de mi madre y mi hermano?

–Eso contribuyó bastante a mi decisión.

–¿Tienes idea del daño que me hiciste? Fue como si me hubieras hecho una herida en el alma que no podía sanar. Daba igual con quién estuviera, solo podía pensar en ti. Comparaba a todas las chicas contigo. Joder, nadie estuvo a tu altura.

–Siento que las cosas acabaran así. A mí también me mató. No salí con nadie durante más de un año.

–¿Pensaste si quiera una vez en coger el teléfono y llamarme?

–Un millón de veces.

–¿Y por qué no lo hiciste?

–Me daba miedo tu madre. No me iba a dejar estar contigo.

–¡Mi madre no toma las decisiones por mí! Te quería, Bella, habría luchado por ti. Pero, obviamente, tú no querías luchar por mí.

Una lágrima rodó por la mejilla de Bella.

–A nadie le gusta que una relación termine, pero a veces hay que enfrentarse a la dura realidad.

–Lo sé –suspiró él con tristeza.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó ella.

–No te guardo rencor.

De momento. En cuanto sepa que le he ocultado a sus hijos, habrá rencor.

Harvey cambió de actitud.

–No podemos cambiar lo que uno le hizo al otro, el pasado, pasado está. Tenemos que seguir adelante de forma que los dos estemos bien.

–He tenido cinco años para superar el dolor, pero no creo que lo haya superado.

–¿Y eso?

Tenía que ser sincera con él. Decirle la verdad. Tenía que contarle que tenía dos niños preciosos y cariñosos. Mirarlo sabiendo la verdad... la reconcomía por dentro. Nunca se había sentido tan culpable.

Tenía un nudo en el estómago. Se le aceleró la respiración. El corazón le iba a mil.

–Tengo que decirte algo –empezó–. No hay una forma sencilla de decírtelo. Eres...

Una morena alta le puso la mano a Harvey en el hombro.

–Cariño, vamos a perder la reserva para cenar.

–Solo un minuto.

Ella asintió.

–Te espero en recepción, no tardes.

Harvey miró a Bella.

–¿Qué decías? Que no hay una manera sencilla de decirme, ¿qué?

–No es sencillo decirte que eres un hombre muy valiente. No quieres hacerme sentir mal y quieres que seamos amigos para poder seguir adelante. Así que ya está bien de tanto hablar por mi parte. Vete y disfruta de tu cena.

–Bella...

–Como amiga tuya, creo que deberías irte a disfrutar de la cena con tu novia.

–Ella es solo...

–No, no tienes que explicarme nada. Han pasado años. No tenemos que darnos explicaciones sobre con quién cenamos.

–Creo que vamos a estar bien –dijo él con una sonrisa-

–Mejor que bien. ¡Y ahora vete! Ella te espera.

Harvey sonrió.

–Quiero que seamos amigos. Puedes contar conmigo si quieres.

–Podemos empezar de cero. Ya no soy aquella inocente chica de la limpieza sino una ejecutiva de alto nivel. Y espero ser la directora general algún día. Creo que ahora estamos más nivelados.

–Estás subiendo en el mundo de empresa. Estoy impresionado. Siempre supe que podrías hacerlo, no lo dudé ni un momento.

–Gracias.

Él sonrió y se marchó.

Bella exhaló con fuerza. Debería habérselo dicho. Pero no pudo. No eran ni el momento ni el lugar.

Capítulo 6

Bella ya no podía guardarse el secreto, especialmente después de haber visto a Harvey. Tenía que liberar su culpa, confesarle lo que había hecho.

Se sentía fatal. Tenía el estómago encogido. ¿Cómo reaccionaría Harvey? ¡Tuvo a sus hijos y no le dijo nada! ¿Era un monstruo? Por otra parte, estaba segura de que de haberlo hecho ya no tendría la custodia de sus hijos. Solo le permitirían visitarlos. Bella no entendía cómo alguien podía ser tan cruel y tan malvado para quitarle a los bebés a su madre biológica sin ningún motivo, salvo el no considerarla de una buena clase social. ¿Quién hace esas cosas?

Si Bella se lo decía a Harvey, ¿él se lo contaría a su madre? ¡Por supuesto! La quiere aunque no se lleve bien con ella. ¿La madre le quitaría a los niños? Quizás ya no podría, puesto que Bella había establecido un vínculo con ellos y para ellos era su madre. Un juez no se los quitaría tan fácilmente. Había pasado cinco años con ellos. Pero un abogado de los caros... Un maldito abogado sucio. Bella nunca estaría a salvo.

Sintió miedo de contárselo a Harvey. Quería que lo supiera, él era el padre y a nadie se le debería ocultar algo así. No era justo ni para los niños ni para él.

Pero, ¿y si Harvey se enfadaba tanto que contrataba al mejor abogado y se unía a su madre para llevarse a los niños? Bella se mordió el labio con fuerza. No sabía qué hacer. Era como una partida de ajedrez, intentaba descubrir el resultado final. Intentaba creer que Harvey no le haría tanto daño. Pero llegados a este punto, no lo podía saber.

Bella sabía que si criaba a los niños de manera amistosa con Harvey les daría estabilidad y les ofrecería una buena relación tanto con su padre como con su madre. Parecía bonito, pero Bella sabía que no era en absoluto fácil. Habría muchísimos retos y estrés emocional. ¿Harvey estaba enfadado por como terminaron las cosas? ¿Se enfadaría al saber que se llevó a los niños? Joder, ¿se enfadaría porque no se lo había dicho? Su historia era dolorosa y Bella sabía que habría resentimientos. ¿Serían capaces de tener una amistad cordial por el bien de los niños?

Llamó a la vecina y esta llegó en seguida. Hacía años ya que eran amigas. Quizás pudiera llamar a su hermana, pero ella le aconsejaría que se marchara y Bella no quería irse. Le gustaba aquel lugar, por primera vez tenía un verdadero hogar.

Joanne la abrazó.

–Todo va a salir bien.

Bella suspiró.

–No, se avecina una gran tormenta. O algo peor. Un volcán está a punto de entrar en erupción.

–Él tiene que saberlo.

–Lo sé. Quiero que lo sepa, pero tengo que pensar cómo decírselo. Y rezar para que no entre en guerra conmigo.

–Da igual cuánto quieras endulzar el asunto, le va a doler de todas formas.

–No quiero hacerle daño.

–Cariño, le has privado de cinco años con sus hijos.

–Y me siento fatal. Pero sé que su madre me habría quitado a los gemelos. Y de todas formas, ¿de qué lado estás?

–Ya sabes que del tuyo, eres mi mejor amiga. Solo te hago ver los hechos.

Bella bajó la mirada al suelo.

–¿Por qué no se puede echar atrás el tiempo para cambiar las cosas?

–Créeme, a todos nos gustaría tener una máquina del tiempo.

–Se lo diría. Habría confiado en que él no permitiría que su madre me quitara a los niños. Sé que fue un error mío no confiar en las decisiones de Harvey. Pero si se hubiera puesto del lado de su madre habrían acabado conmigo, yo no tenía nada que hacer. ¡No quería perder a mis bebés!

–Lo sé. Yo estaba de acuerdo contigo cuando me pediste opinión.

–Siento molestarte tanto.

–Harvey no estaba preparado para sentar cabeza. Nunca se habría convertido en tu príncipe azul para rescatarte y casarse contigo.

–Lo sé –susurró Bella–. Pero quizás hubiésemos podido llegar a algún tipo de acuerdo de custodia bueno para los dos.

–No se puede cambiar el pasado, Bella. Solo puedes cambiar el futuro y hacer que las cosas vayan bien. Él aún puede pasar tiempo con sus maravillosos niños.

–Se lo diré, pero necesito tiempo. En el trabajo tenemos proyectos muy importantes entre manos. Si hay hostilidad o tensión entre nosotros, adiós a los proyectos. Es demasiado grande como para joderla. No va a pasar nada por esperar un par de meses. Se lo contaré cuando todo esté terminado.

–Te da miedo contárselo.

–Se lo contaré.

–Admite que estás postergándolo, estás asustada.

–¡Y tanto que estoy asustada! Desearía poder echar atrás el tiempo.

–No puedes cambiar lo que pasó. No se puede ir hacia atrás, solo hacia adelante.

–Vi a Harvey con una mujer guapa, se iban a cenar. Me mataron los celos. Sé que han pasado años, que no tengo ningún derecho a sentir nada porque fui yo quien lo dejó.

–¿Aún le quieres?

–Ya sabes que sí. He intentado dejar de quererlo, sacármelo de la cabeza. Y lo llevaba mejor. Pero justo cuando pensaba que lo había olvidado lo veo. Me quedé mirando a sus preciosos ojos, a su cara y todos los sentimientos volvieron para arrasarme como si fueran una ola.

–¿Crees que él siente lo mismo?

–No lo sé. Está enfadado conmigo y eso que no sabe ni la mitad, va a enfadarse muchísimo más.

–Pero superó su enfado para ser agradable contigo y pedirte que seáis amigos.

–Eso es todo lo que podemos ser.

Ella arqueó una ceja:

–¿Lo sabe Max?

–No. Estamos empezando, ¿qué le voy a decir? Sé que acabamos de conocernos y que nos va bastante bien, pero el padre de mis hijos acaba de aparecer. Sí, no le he dicho que es el padre, lo he mantenido al margen. Ah, sí, por cierto: es mi jefe. Lo veo todos los días porque estamos trabajando juntos en un proyecto importante.

Ella le apretó la mano.

–Vale, demasiadas cosas, demasiado pronto.

–¿Qué hago?

–Vamos a emborracharnos.

–¿Tan temprano?

–Definitivamente esta es una de esas situaciones en las que hay que emborracharse.

–¿Sabes lo que te digo? No suelo hacer esas cosas, pero me está matando el estrés. Vamos a tomar una copa para que me tranquilice.

–Esa es mi chica.

Capítulo 7

Tres días después el jefe de Bella la llamó al despacho. Estaba un poco nerviosa, se preguntaba si Harvey la iba a despedir o la iba a bajar de categoría; podía pasarla a otro departamento para no tener que verla todo el rato. En el puesto que tenía ahora tenían que verse varias veces al día.

Dalton Frost, el jefe de Bella, le pidió que se sentara.

–Bella, voy a ser muy sincero contigo. Pero primero cuéntame qué te parece trabajar en JS.

–Eh, me encanta, Dalton. Obviamente me dio pena que Jarvis se fuera porque ese hombre es una leyenda. Habría podido aprender mucho de él. Pero aún así creo que puedo aportar mucho al equipo de marketing y también estoy deseando aprender.

–Tienes una energía maravillosa, Bella. Me di cuenta de ello desde que te entrevisté. Tu entusiasmo, tu confianza y, sobre todo, tu versatilidad, son justo lo que JS necesita ahora mismo.

Bella respiró aliviada. No se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que la soltó. Tenía miedo de que la echaran. Justo cuando sus niños se habían adaptado al colegio, estaban felices, sanos y disfrutando las clases de ballet y karate respectivamente. Necesitaba el trabajo, la estabilidad y el sueldo. Por ello apreció enormemente las palabras de Dalton.

–Gracias –dijo con sinceridad–. Es maravilloso oír eso. ¿Qué puedo hacer para ayudar en la transición de la empresa?

–Esperaba que te ofrecieras para ello. Tenemos una negociación de la máxima importancia que se está resquebrajando por momentos. Mientras hablamos, la adquisición de Smith-Gibbons se viene abajo. Habían aceptado hablar con JS solo por Jarvis. Porque el señor Smith fue compañero en el colegio del sobrino de Jarvis o algo así. Contactos de familia, ya sabes; respetaban muchísimo a nuestro antiguo fundador y jefe. Eso significa que ahora consideran que no tienen ningún motivo para comprometerse con JS ahora que Jarvis ya no está.

–Guau, ¡qué mal! ¿Y qué puedo hacer yo?

–El acuerdo, al menos en sus bases, se sostenía por las relaciones humanas. Ni por gráficos ni por datos presentados en Powerpoint. Necesitamos a alguien que pueda establecer una buena relación con estos clientes desde cero, alguien que sea agradable, seguro y también inteligente. Esa eres tú, Bella.

–Gracias, Dalton. Haré todo lo que pueda para no defraudarte.

–No me defraudarás. Algunos clientes de tu empresa anterior en Tulsa han contactado con nosotros para ver si te dejábamos hacer trabajos de marketing freelance, pero tu contrato no lo permite. Sin embargo, la lealtad que te profesan, no solo por tus capacidades sino por ti como persona, habla muy bien de ti. Tú puedes cerrar este acuerdo. Si no, el equipo de Smith-Gibbons acabará eligiendo a otra empresa.

–Es una cuenta muy importante. Me alegro de ser parte del equipo-

–Bella, vas a estar al frente del equipo. Ya le he dicho a nuestro nuevo jefe que eres la mejor de marketing. Puedo decir que se quedó impresionado con lo que le conté sobre tus resultados y sobre la lealtad que inspiras.

–Gracias, me halagas. Me ha costado mucho llegar al mundo ejecutivo, Dalton.

–Te lo mereces y creo que vas a hacer que todos estemos muy orgullosos de ti.

–No os defraudaré –dijo Bella con una sonrisa.

Bella llamó personalmente al cliente para decirle que estaba encantada de ser parte del equipo. El

señor Smith se alegró al escucharla, pero le dejó claro que no quería comprometerse con JS.

–No es eso lo que espero. Al menos de momento. Puede que sea porque soy mujer, pero siempre he creído que las decisiones importantes se deben basar en las relaciones humanas, en una visión compartida, casi en un sentimiento de familia con el equipo. Si usted no está a gusto, sería una tontería comprometerse con ningún tipo de acción.

–Eso es lo que siento yo también. Es como cuando elegí colegio para mis gemelos... ¿usted tiene hijos, señorita James? –preguntó el señor Smith.

Bella sintió un golpe en el estómago. Contarle que ella también tenía unos gemelos que acababan de empezar a ir a la escuela establecería una conexión personal, pero no podía arriesgarse, no trabajando para Harvey Carlson. Si el cliente sabía que tenía hijos sería cuestión de tiempo que su jefe también lo supiera. Esa información era confidencial, solo la tenía el departamento de Recursos Humanos; la única forma en la que él podría enterarse sería si ella se lo contaba o si se lo contaba a la persona equivocada. La tentación de admitir que era madre, de compartir la ansiedad y las historias graciosas con otro padre y de establecer una relación por esa vía era fuerte, casi arrolladora. Pero se resistió para proteger a su familia.

–Quiero tener hijos algún día –Y era verdad. Había respondido sin mentir.

–Le encantará.

–Por favor, hábleme de sus hijos, ¡me encantan los niños! –dijo con entusiasmo.

–Will y David tienen catorce años, pero cuando elegimos su colegio, un internado, ya se imaginará que fue una decisión de las importantes. Tenían ocho y nueve años y se iban a ir a estudiar fuera. Crecerían y cambiarían mucho, era una decisión que casi nos rompió.

–¡Claro! Le entiendo. Se preguntaría si acaso la gente que iba a cuidar a sus bebés, porque no importa que tuvieran ocho años, siempre serán sus bebés; qué pasaría si no los trataban bien o si no los escuchaban o si creían que era un capricho lo de las judías verdes, cuando en realidad usted sabe que de verdad les dan ganas de vomitar. Usted no estaría allí para darle un seguimiento a su historia, para comunicarlos con el mundo, para explicarles a ellos lo que el mundo significa. Asusta –dijo Bella.

–Exactamente. Por eso hicimos un tour de un montón de lugares hasta que nos centramos en tres. Visitamos los campus, exploramos la información online, incluso vimos las fotos en Flickr de antiguos alumnos. Nos lo tomamos muy en serio. El tema era que, por mucho que nos informáramos, teníamos que decidirlo con el corazón. El instinto tenía que indicarnos lo mejor para nuestros chicos.

–Sí, tanto en los negocios como en la vida hay que dejarse guiar por el instinto. Cuando encuentra la casa en la que quiere criar a su familia o el coche que más le gusta o el trabajo perfecto, sencillamente lo sabe. –dijo Bella.

–Siento que estamos en la misma onda. ¿Le gustaría venir a cenar con mi mujer y conmigo este fin de semana? Traiga a su pareja, hagamos de esto una reunión social y ya veremos si también podemos trabajar como equipo. Obviamente Dave Gibbons, mi socio, y su mujer también irán.

–Me encanta la idea. Mándeme un mensaje con la hora y el lugar y allí estaré. Me encantará conocernos en persona. Gracias por haberme escuchado, señor Smith.

–Por favor, tutéame y llámame Jason. Mi mujer se llama Maggie.

–Tú también puedes tutearme. No estoy casada, así que no sé aún con quién iré –dijo Bella con alegría.

Bella llamó a Dalton para darle la buena noticia.

–Vaya, ¿quién es nuestra superestrella? La señorita “usted me adula” –dijo él bromeando–. Iría contigo, pero a Ben no le iba a gustar que salga con una chica.

–Vale, ya se me ocurrirá con quién ir.

–Tengo un par de ideas. Ya que se trata de una cena distendida. Vamos, ya que técnicamente no se trata de negocios, por qué no vas con alguien del trabajo. Alguien que sea tu amigo y pueda darte otra

perspectiva sobre lo que podría funcionar en una unión Smith-Gibbons.

–Me parece bien. Aún no tengo muchos amigos por aquí. Supongo que podría ir con Jeanette, de mi equipo, lleva menos tiempo en la empresa que yo.

–Preferiría que fueras con un chico para que sea tan tradicional como le gusta a Smith.

–Espera, ¿mi jefe gay me está diciendo que tengo que ir a la cena con un chico?

–Solo por guardar las apariencias. En tu tiempo libre puedes salir con todas las chicas que quieras.

–Gracias, lo pensaré. El único chico de mi equipo está casado y sería raro pedirle que me acompañara.

–Ya pensaré en algo y te cuento.

–¿Por qué me asusta el tener que esperar a que me cuentes?

–Porque eres una cobarde, cariño.

Bella puso los ojos en blanco y se puso a trabajar, respondiendo emails. Cuando su secretaria la llamó para decirle que tenía una cita se dio cuenta de que eran las cuatro de la tarde y ni siquiera había comido. Así era la vida de los altos ejecutivos, pensó, coger unas cuantas almendras de la bolsa que hay en el cajón y abrir una botella de agua.

–Dime, Jenny –le dijo a su secretaria.

–El jefe ha venido a verte.

–Eh, dile a Dalton que no será mi jefe por mucho tiempo, que voy a quitarle el trabajo para que pueda dedicarse a ser amo de casa –dijo Bella entre bocados de almendras.

–Lo siento, no es Dalton, sino el nuevo.

Bella oyó la voz de Harvey por el altavoz y se ahogó con las almendras. Tosiendo y escupiendo, se las sacó de la boca y bebió un buen trago de agua.

–Lo siento, señor Carlson. Dalton y yo tenemos una dinámica muy informal. Discúlpeme, pase por favor –dijo Bella, tirando el resto de las almendras a la basura y limpiándose la cara con un pañuelo de papel. Se aclaró la garganta.

Se puso de pie y se quitó de la oreja el auricular Bluetooth, se alisó la falda y se sacudió un trozo de cáscara de almendra de la chaqueta. Llevaba un peinado perfecto. Se había hecho unas mechas color caramelo y doradas desde que Harvey le había dicho que ya no era rubia. Obviamente, no había sido por su comentario.

Durante su meteórico ascenso en el mundo de empresa se había enderezado los dientes y se los había blanqueado. Había invertido en un buen sujetador que hacía maravillas por su silueta y sabía cómo caminar con tacones en vez de chanclétear. En todos los sentidos estaba mejor que cuando conoció a Harvey Carlson. Tenía estudios (¡un MBA!). Era segura de sí misma, tenía mucho éxito y además era madre soltera de dos niños ruidosos, felices y sanos. Así que sentir mariposas en el estómago porque su ex iba a entrar en el despacho era tonto, como poco.

¿Por qué se sentía intimidada? ¿Por qué le importaba lo que opinara Harvey Carlson? Se había hecho a sí misma. Bueno, con la ayuda del capital obtenido por su corta negociación. De todas formas ella había puesto todo el trabajo, todas las horas online, en clase y en la oficina. Había empezado como todo el mundo: haciendo fotocopias y sirviendo cafés. Tenía dos niños en pañales cuando acabó la carrera. Caden aún dormía con chupete cuando Bella consiguió su primer trabajo de nivel intermedio a media jornada. Ahora, con el lujo de tener una niñera a tiempo completo y una chica que le limpiaba la casa dos veces por semana, estaba mucho más relajada, tenía su vida más controlada. ¿Por qué aquel hombre la hacía perder el control?

Capítulo 8

Bella sabía que se había sonrojado cuando él entró saludándola con un movimiento de cabeza. Harvey tocó la pantalla de su tablet y se puso en marcha una presentación que estaba haciendo para el tema Smith-Gibbons. Bella la vio completa y tomó algunas notas sobre la marcha. Cuando acabó, meneó la cabeza con solemnidad. Luego se mordió el labio y miró sus notas, preguntándose por dónde empezar.

–No lo vas a impresionar con tus gráficos. Smith es un hombre de conexiones humanas. Prefiere que un actor se dirija a él a través de una cámara que eso. Vamos a ver... Sus hijos tienen catorce o quince años. Si consigieras que algún adolescente de cara de pan con una camiseta de color pastel leyera los datos, sería mejor.

–¿Un adolescente? No creo. Esta campaña lleva detrás mucha investigación y targeting demográfico. No voy a contratar a un niño en una hamburguesería para que tartamudee mientras lee las palabras largas solo para que Smith tenga una sensación de cercanía.

–No me estás escuchando. Tienes unas ideas preconcebidas sobre lo que vende y lo que no. No te digo que, en la mayoría de los casos, no sea correcto. Pero esta situación es delicada, por decirlo así. Smith y Jarvis tienen un vínculo familiar, esa es la única razón por la que nos llegó esa cuenta. Con esa presentación en tonos vino y dorado podríamos ser cualquier empresa. No tenemos ni cara ni corazón. Es como si le pasaras una servilleta con los datos escritos.

–¡Qué exagerada! No eres quién para decir que...

–Sí soy quien. He pasado media hora al teléfono con él. Me contó cómo eligió el colegio para sus hijos y me confesó que si no siente una conexión personal va a echar para atrás la negociación.

–Eso suena muy fuera de lugar.

–No le he ofrecido una prostituta, Harvey. Vamos a ir a cenar con su mujer y los Gibbon.

–¿Quién más?

–Dalton no quiere venir y tiene la loca idea de que tengo que ir con un hombre, que no puedo ir con mi amiga Jeannette, del equipo de marketing. Se trata de una cena amistosa.

–Ve con tu novio.

–Ya. Max no es de cenas de negocios. Además, solo he hablado una vez con él desde que se puso malo en la cena de jubilación... –Bella se quedó pensando si era muy cutre escribirse a sí misma una nota en un post-it para recordar que debía llamar a su novio. Entre la adrenalina de tener que asegurar aquella jugosa cuenta y con Harvey por allí, que le gustara o no, también era un chute de adrenalina. “Sexo rápido”, era la frase que se le venía a la cabeza una y otra vez, en los momentos menos adecuados.

–Si no puedes ir con tu novio siempre puedes contratar a alguien por Craigslist. Quizás encuentres a alguien que sea un buen candidato por el precio de una cheeseburger. Eso sí, lleva desodorante por si un hipster responde a tu anuncio y pretende cuidar el agua de los subsuelos no duchándose.

–Guau, sí, qué buena idea. Me encantaría contratar a un tipo apestoso y presentarme con él a la cena para hablar sobre cerveza ecológica y mercados de comercio local. Nada grita “nuestra empresa es guay” como presentarme con un tío sacado de un reality.

–Estaba de broma.

–Contigo nunca se sabe.

–Almendras.

–¿Qué?

–Que tienes almendras en tu... bueno, en tu chaqueta –dijo apuntando hacia su pecho izquierdo.

Bella bajó la vista; era como si una ardilla renegada hubiese guardado sus provisiones del invierno en su teta. Intentó eliminar el desastre con aplomo, pero hizo una mueca cuando todo cayó en la moqueta, luego se agachó para recogerlo.

–Cuando has sido chica de la limpieza en un hotel siempre se nota, supongo –dijo con timidez mientras limpiaba.

–Estoy impresionado, hace falta mucho autocontrol para recoger tus propias almendras.

–Yo as tiré. Si pudiéramos dejar de hablar de mis almendras un minuto, quiero asegurarte que encontraré un compañero adecuado para la cena. Mi plan es preparar el terreno entre Smith y Gibbons para que tu presentación no les resulte muy chocante.

–¿Estás diciendo que tu personalidad arreglará lo malo de mi PowerPoint?

–Sí. Esa presentación está muy bien hecha. Pero con esta gente en concreto no te lleva a ninguna parte.

–¿Y por qué no me explicas cuál es el enfoque adecuado? –la retó.

–Vale, te lo explicaré. Cuando haya tenido éxito.

–¿De verdad? ¿Por qué no me dejas verlo en primera fila? Podría acompañarte a la cena y verte en acción.

–De acuerdo –dijo Bella. Sin darse cuenta había accedido a una especie de cita con el padre de sus gemelos (secretos) y jefe. Ese tío tenía una mochila tan grande que quizás tuviesen que contratar a alguien para que la llevara a lo largo de la noche.

–Quieres echarte para atrás, ¿no? –preguntó Harvey.

–No, claro que no.

–¿De verdad? Se te ha puesto mala cara en cuanto lo has dicho.

–Estoy bien. Estoy segura de que puedo con esto. Tú puedes sentarte a mi lado y echarme pétalos de rosa a los pies.

–¿Tu vanidad exige pétalos de rosa o puedo invitarte a una cerveza para celebrar?

–Pétalos de rosa, por favor –dijo Bella con voz suave, deseando no reír.

Era tan fácil reír con él. No debía dejarse llevar por lo cómoda que estaba con él, por la familiaridad que podría pasar de forma natural a intimidad.

La sola palabra “intimidad” le traía una ola de recuerdos. Entre los más potentes se encontraba el día en el que Harvey la llevó a dar un paseo en globo. Compartieron un picnic romántico en un lugar apartado. Luego hicieron el amor apasionadamente en la góndola del globo. Fue mágico. También fue la última vez que estuvieron juntos antes de romper. Antes de que su hermano y su madre aparecieran en el precioso conjunto residencial de Phoenix y de que ella oyera a la malísima de la madre diciendo que le quitaría a su hijo si estaba embarazada. Lo estaba, así que escapó con los dos herederos Carlson gestándose en silencio en su interior.

El embarazo había sido inesperado, pero al escuchar que Harvey le aseguraba a su madre que por supuesto la asistenta no estaba preñada, y que si lo estuviera le habría pagado para quitarle al bebé, sintió que era lo peor que le había ocurrido en la vida. El hombre al que amaba, el hombre en el que confiaba hablaba con tanta soltura de traicionarla. Había tenido mucho miedo y, aunque le habría gustado criar conjuntamente a los niños, en el fondo sabía que debía protegerlos. La única manera era que Harvey no supiera nada y para ello su estúpido corazón, ese que no sabía callar, tenía que aprender a hacerlo. Bella sentía la añoranza. El dolor había empezado, pero no podía ceder.

–Bueno, mientras consigo los pétalos de rosa, ¿puedo invitarte un café?

–Te diría que sí, pero la máquina de la sala de ejecutivos es excelente, así que no hay ningún motivo para salir de la oficina.

–¿Me estás diciendo que vayamos a la sala de empleados? –Harvey arqueó una ceja.

–Podríamos, pero la sala de ejecutivos tiene la mejor máquina de café conocida por el hombre, además hay un frigorífico lleno de agua Evian. Y todos los viernes ponen una cesta de fruta. Deberías verlo. Kiwis maduros, no bromeo.

Harvey se echó a reír.

–Lo pintas como el paraíso.

–Voy a decirle a mi asistente que voy a salir. –Cogió el teléfono y llamó a su secretario–. Paco, voy unos minutos a la sala de ejecutivos, pásamelo todo al buzón de voz.

Bella salió de su despacho y caminó hacia la sala de descanso. Abrió las puertas tintadas para dejar a la vista un lujoso espacio de relajación con una fuente que cubría todo un muro de rocas, una chimenea en el otro extremo y unas vistas extraordinarias desde la tercera ventana. Una alfombra de pelo largo suavizaba la estética de madera y piedra. A Bella le recordaba Nueva Zelanda, aunque era un país en el que no había estado jamás; ni siquiera había visto ovejas flokati ni nada que se le pareciera. Fue directa a la cafetera de acero y pulsó para prepararse un café moca con leche desnatada.

–¿Qué te apetece? –preguntó–. Tienes la ocasión única de que te prepare un café.

–No pensaba que los ejecutivos tuviesen que prepararse el café.

–No lo hacemos. Tengo a Paco para eso. Pero, como me gusta ser independiente, sé cómo hacerlo; me ayuda a tener los pies en la tierra –bromeó.

–Quiero un café solo. Doble –dijo Harvey.

–¿Te le echo un poco de coca? Porque con tanta cafeína ya vas a estar bastante colocado.

–¿Qué le vamos a hacer? Soy un hombre intenso.

–Eso ya lo sabía –dijo Bella sin poder frenar sus palabras.

Se concentró en la cafetera de sofisticado mecanismo, creando un espresso cremoso para Harvey mientras intentaba controlar sus pensamientos. Pensamientos del tipo un beso espresso sería genial. No, pensar eso no era productivo. Le pasó a Harvey la tacita de cerámica, esperando que no notara que le temblaba la mano.

–Así que este es tu Starbuck's alternativo.

–Es mejor. Está más cerca de mi despacho cuando necesito cafeína. Y suelo necesitarla.

–¿Tantas urgencias de marketing hay?

–Sí, constantemente. Se puede decir que el mundo civilizado se mantiene a flote gracias a mí. Hay siete Primeros Ministros esperándome mientras te preparo este espresso.

–Espresso doble. ¿Solo siete? Creía que jugabas en primera división. Dalton dijo que tú eras nuestro mejor activo.

–Muy amable de su parte.

–A mí me parece un hombre con criterio.

–Ten cuidado, alguien podría tomarse eso como un cumplido –le advirtió Bella.

Él le dio un trago al café.

–La próxima vez iré a un Starbuck's. Esto... No está bueno –Harvey hizo una mueca y tiró el contenido de su taza en el fregadero.

–Eres demasiado exquisito. Este mocha está riquísimo. Supongo que tú tienes un paladar más refinado. Estarás acostumbrado a que tu café lo tuesten unas extrañas sacerdotisas en Etiopía o algo así.

–Para nada. Pero tengo mis exigencias y, al parecer, esta máquina de café instantáneo no las cumple. Prefiero el café de verdad, hecho como debe ser. No... eso.

–¿No estaba lo suficientemente cargado?

–Ni siquiera sabía a café. Pero gracias de todas formas. Ahora ya tengo un motivo para no acercarme a la sala de descanso. Quizás de todas formas sea mejor que no venga por aquí a intimidar a los ejecutivos.

–Sí, no se puede disfrutar del café mediocre con el Director General por aquí, aterrizándonos con

su perfección.

–¿Eras tan sarcástica en Phoenix?

–No. Trabajaba para ti. Era tu chica de la limpieza y bueno, supongo que podríamos usar la palabra concubina para ser delicados. Suena un poco más elegante que decir compañía de pago.

–Hablando de recuerdos incómodos –dijo–. ¿Te acuerdas de Greta?

–Sí. Hemos estado en contacto estos años. Por email. ¿Cómo está?

–Está aquí conmigo. Siempre conservo a la gente de más talento. A Greta y a Fabrice me los llevo a todas partes.

–Supe que se divorció, pero no creí que estaría dispuesta a dejar Arizona.

–Drake se volvió a casar hace año y medio, así que ella está más que encantada de haberse marchado de la ciudad.

–Me lo imagino. La tuvo años esperando y luego...

–Le puso los cuernos en cuanto acabó la luna de miel. Literalmente. En Antigua.

–Asqueroso. Espero que se le caiga el pitorro.

–Si sigue al ritmo que va acabará cayéndosele, tarde o temprano. Por mi parte me he asegurado de que no lo contrate nadie en el estado de Arizona. Tendrá que mudarse o cambiar de ramo para trabajar. Pero lo que es trabajar en la construcción se ha terminado para él.

–¿Cómo lo conseguiste?

–¿Porque soy rico y poderoso? Conozco a gente influyente en el gobierno del estado que puede denegar las licencias.

–Hmmm. Muy útil. Tendré que recordar no cabrearte o perderé mi permiso de caza.

–¿Tienes un permiso de caza?

–No, pero es el primer ejemplo que se me ha venido a la cabeza.

–¿Y tu abono de transportes?

–Tengo coche propio, gracias.

–¿Te has comprado otro Corvette? –dijo arqueando una ceja.

Bella meneó la cabeza, casi le divertía la idea.

–No. Esta vez me decanté por algo más práctico.

–¿Te importa que te pregunte por qué?

–He madurado, Harvey. Necesitaba algo con más... capacidad. Me quedaré con mi adorado Honda.

–Apuesto a que eres la única ejecutiva de toda la empresa que conduce un Honda.

–Lo convertiré en mi sello personal. No quiero tener que estar pagando las letras de un BMW solo para parecerme a los demás. No soy tan insegura. ¿Qué coche llevas tú?

–Ehm, pues –Se aclaró la garganta y tuvo el detalle de mostrar vergüenza–. Un Maserati.

–Qué chulo. Apuesto a que todo el mundo sabe que eres poderoso, poderoso –Bella se echó a reír.

–Así como tú vas gritando con el tuyo que eres una mujer práctica y sin tonterías.

–Exacto, con lo que cuesta tu coche podrías comprarte unos cuarenta Hondas. Pero es tu dinero, así que puedes hacer con él lo que quieras. Lo que te haga feliz –dijo Bella acabándose el café.

–Tú. Tú me hacías feliz. Mientras duró –dijo Harvey bajando la voz.

–No volvamos con eso –dijo ella intentando sonar exasperada–. Mantengamos el pasado en el pasado y totalmente en privado. Ahora somos compañeros de trabajo, nada más. Puede que seas mi acompañante para la cena con Smith y Gibbons, pero será estrictamente platónico. Solo trabajo.

–Nuestro plan original también era solo trabajo, ¿lo recuerdas?

–No volveré a cometer el mismo error.

–Nosotros nunca fuimos un error. Adoro cada instante que pasé a tu lado.

Bella también había sido muy feliz. Había sido como estar en el paraíso durante un tiempo. Aquella costumbre que tenía ella de meterse con él por ser un niño rico, la forma en la que él le tomaba el pelo

llamándola campesina... Eso era parte de la conexión que tenían. El humor cubría la distancia que había entre los dos, el hecho de que él hubiese ido a la mejor escuela privada y ella a un colegio público en Arkansas, el hecho de que él tuviera un título de Wharton y ella estuviera estudiando en una universidad barata.

–Me voy a Irlanda el próximo fin de semana para asistir a la fiesta de un amigo que cumple cuarenta. ¿Hay alguna posibilidad de que quieras ir conmigo? –Harvey lo dejó caer como si pedirle a su antiguo amor que lo acompañe de viaje fuese algo de lo más normal.

Bella se sintió muy tentada a ir, estaba desesperada por hacerlo. Pero ahora era mamá. Una madre con una niñera, gracias a la cual podía tener una carrera profesional. Debía pasar el fin de semana con sus pequeños. Meneó la cabeza.

–Ya, a tu novio con problemas estomacales no le gustaría –dijo él con cara seria.

Bella volvió a menear la cabeza para no hablar, para no decirle que ni siquiera había pensado en Max.

–¿Tienes un jefe demasiado estricto que no te daría un fin de semana libre ni de broma? –Harvey bromeaba.

Bella consiguió encogerse de hombros de manera casual.

–No es buena idea. No iré a ningún evento social contigo, ni siquiera en Europa.

–Técnicamente Irlanda no forma parte de Europa.

–Solo alguien que ha ido un montonazo de veces a Europa podría decir algo así –respondió Bella y él sonrió.

–Sabes que te encantaría. Podrías conocer a uno de esos duendecillos, un leprechaun, el de los cereales aquellos tan asquerosamente dulces que te gustaba comer.

–Voy a llamar a la policía de la ilusión inmediatamente, te acusaré de fraude. De ninguna manera el leprechaun de los Lucky Charms iría a una boda. Así que no me digas que puedo conocerlo y hacerme una foto con él. Me estás dando falsas esperanzas para que vaya a Irlanda.

–Hay muchísimas probabilidades de que veas un leprechaun. Allí están por todas partes. ¡Están por ahí para darte los buenos días! –Harvey se echó a reír.

–Eres incorregible –dijo ella poniendo los ojos en blanco para ocultar que le parecía adorable. Había tanto de él en Corinne que resultaba doloroso reconocer que era de su padre de donde había sacado ese absurdo e irresistible aire travieso.

–Lo soy, pero me sienta bien, admítelo.

–Estoy segura de que tu ego no cabe en tu Maserati si no llevas la capota quitada. Eso es lo único que puedo admitir.

Harvey volvió a reír con un tono profundo.

–Seguro que mi ego y yo podemos hacerte un hueco. Entonces, ¿vamos a la cena en egomóvil o en Honda como la gente normal?

Aunque a Bella le habría encantado ver al gran Harvey Carlson paseándose por ahí en su Honda Odyssey, no podía arriesgarse a que viera las sillitas de los niños, o la caja de galletas con forma de pececillos, o las pilas de cuadernos para colorear de los Minions que había por todo el asiento trasero. Meneó la cabeza.

–No sobrevivirías. Las revistas de cotilleos te harían una foto saliendo de un Honda blanco cualquiera y tendrías que pasarte años haciendo fiestas en yates para recuperar tu imagen. Además, daremos mejor impresión con nuestros clientes si llegamos en tu súper buga italiano.

–¿Acabas de llamar súper buga a mi exclusivo coche deportivo?

–No, le he llamado súper buga italiano. Comprendo que el país de origen es parte de su prestigio.

–Il GranTurismo no es un buga italiano sin más. Es el sello vehicular de un hombre importante, sugiere estilo y sofisticación.

–¿Y el ego dónde va, en la caravana de atrás?

–Los coches deportivos solo son ridículos cuando hay incongruencias. Por ejemplo un tío gordo y calvo que se lo compra para conseguir una novia joven. Pero si tienes el pedigrí y la altura profesional para respaldar la promesa del Maserati (un coche de élite), entonces todo encaja.

–Ya veo. Sólo tú puedes conducir ese coche sin parecer tonto.

–Mucha gente circula por ahí con el pretencioso pero barato Porsche 911. Es tan común que ni siquiera es un símbolo de estatus.

–Sí, todos mis amigos del pueblo tienen un Porsche. Aburre intentar encontrar el coche en el aparcamiento cuando todo el mundo conduce lo mismo –Bella se echó a reír.

–Exacto. Ni siquiera puedes ir al autoservicio del burger sin encontrarte con un montón de Porsche 9-11. Me gustaba el Audi, pero es tan pueblerino.

–Eso es lo más pijo que has dicho en los últimos minutos, ahora sí que llamaré a los guardias porque es urgente. El maldito Audi es demasiado pueblerino –se rió, le costaba parar.

Harvey también reía. Bella se acercó a él, tuvo la impresión de que acabaría besándolo sin poder evitarlo.

–Lo tomaré como un cumplido, soy el más pijo, el niño más rico que conocerás jamás.

–Sí, nadie te disputa el trofeo. Pero bueno, a diferencia de los privilegiados, yo tengo trabajo que hacer. Nos vemos aquí para la cena.

–¿Te refieres a la sala de descanso o a aquí, en el edificio?

–En el edificio.

–Paso a recogerte. ¿Dónde vives?

–No es una cita romántica. Prefiero que nos veamos aquí. O en el restaurante, si lo prefieres.

–Si llegas en otro coche, ¿cómo vamos a hacer que parezca que estamos juntos?

–Es que no queremos que parezca que estamos juntos. Porque no lo estamos. Es decir, que yo no estoy contigo como estoy con Max. Tú sales con la chica de turno.

–Nunca he sido tan ligón como me pintan en las revistas. Pero el titular “magnate lleva a una compañera de trabajo a una cena de beneficencia” no da, ni de lejos, el mismo juego que “ligón profesional aparece con la mujer del vicepresidente de la empresa”.

–¿De verdad estabas liado con la mujer del vicepresidente?

–Por supuesto que no. Ella se apuntó a la cena porque Adele iba a cantar al final y es muy fan. Fue su marido quien me pidió que la invitara para que pudiera ver el concierto privado.

–Ya. Tú solo hiciste la buena obra de compartir el concierto privado de Adele al que estabas invitado.

–Costaba seiscientos dólares por persona, no era gratis.

–El dinero era para beneficencia, no para Adele. Por tanto: concierto gratuito.

–Vale. Pero lo que importa es que ya no voy ni de ligón ni de supermodelo.

–Oh, sí, seguro que has guardado celibato absoluto desde que lo dejamos hace mil años –dijo Bella con aspereza.

–No, pero no he vuelto a ir en serio.

–Nosotros no íbamos en serio. Teníamos un contrato de trabajo con algo de diversión. De todas formas, siento haber sacado el tema. No volveremos a hablar de ello.

–De acuerdo, ya lo has dicho un montón de veces –dijo él con resquemor en la voz.

Capítulo 9

A la mañana siguiente en el trabajo, Bella se dirigía a su sitio reservado en el parking, donde encontró un Corvette negro y reluciente aparcado. Quejándose por lo bajini porque alguien le había quitado el sitio, aparcó en otro lugar y caminó hasta el edificio. Al llegar al despacho, Paco le arqueó la ceja.

–¿Qué opinas del nuevo buga, jefa?

–¿Qué? ¿Te refieres al capullo que ha ocupado mi sitio en el parking? A punto he estado de hacerle un buen rayón con las llaves, pero luego he recordado que soy una profesional.

Paco se echó a reír.

–Lo sé, puedes contratar a algún vándalo para que lo haga por ti, pero no cuentes conmigo, porque es propiedad de la empresa. Me han dicho desde arriba que tienes que conducir el coche de empresa.

–¿Cómo? ¿Y desde cuándo tengo coche de empresa?

–¡Desde hoy!

–Guau.

–Tus resultados hablan. ¡Están impresionados! Solo hay tres empleados con coche de empresa y tú eres uno de ellos. Los otros tienen un Lexus SUV, no esa preciosidad americana.

–Ya. Muy práctico. Tendré que darle las gracias a nuestro CEO personalmente –dijo, apresurándose hacia el ascensor y dándole con fuerza a las teclas para marcar el código que le daba acceso a la última planta.

¿Harvey me ha comprado un coche de empresa? Eso va a quedar muy mal si la gente se entera de que antes estábamos juntos.

Bella caminó con pasos largos hacia su despacho y se detuvo al ver a Greta. Ella se puso de pie y ambas se abrazaron.

–¡Greta! –gritó Bella emocionada.

–¡Cuánto tiempo! Qué diferente estás, creo que es tu pelo. Ya no eres rubia.

–Necesitaba un cambio.

–¡Me encanta!

–Tú estás idéntica. Me alegro mucho de que estés aquí. Tengo que ver a su majestad, ¿está?

–Espera, que llamo y veo –dijo con una sonrisa llena de picardía, luego pinchó el intercomunicador–. Harvey, la chica de la limpieza está aquí, quiere hablar contigo. Creo que quiere fregar el suelo. No recuerdo cómo se llama, Cenicienta tal vez –dijo Greta y Bella se echó a reír.

Ninguna otra persona podría permitirse decir algo así, salvo Greta. Bella sabía lo orgullosa que Greta estaba de ella y por tanto sabía que solo estaba haciendo el payaso. A las dos les gustaba tomarse el pelo.

–Que pase –dijo Harvey–. Y dile que esta vez no deje los rincones sin limpiar o no le daremos gachas a la hora de cenar.

–De acuerdo –dijo Greta, señalando con la cabeza hacia la puerta justo cuando esta se abría.

Bella contuvo su indignación y entró en el despacho. El despacho de ella era impresionante, pero este era como una suite, espectacular y de buen gusto, tenía los muros forrados de madera y una moqueta que Bella juraba que era de la mejor lana del Tíbet. Harvey estaba frente a su escritorio, señalando distintos iconos en su monitor táctil. Levantó la mirada para verla y Bella sintió toda la fuerza de su atención, una intensidad que casi la hizo caer.

–Supongo que el coche de empresa ha ofendido a tu independencia –dijo él con un deje de presunción.

–No he faltado demasiadas veces debido a un medio de transporte poco fiable. Casi todo mi trabajo se desarrolla en estas oficinas. Así que no necesito coche de empresa.

–No opino lo mismo. Como ejecutiva que representa nuestra marca, tu coche así como otros elementos de tu aspecto, son reflejo de la empresa.

–¿Y por eso me has comprado un puto Batimóvil?

–No. El puto Batimóvil lo tienes en calidad de préstamo, Bella –respondió él.

–No me interesa estar a la altura de la imagen que según tú debo dar.

–No se trata de mí.

–¿No? Siempre se ha tratado de ti.

–Vale. ¿Quién de los dos es el que no para de sacar el tema del que se supone que no debemos hablar?

–La que acaba de recibir un Corvette como golpe directo del pasado.

–No te molestaría tanto si no tuvieras que hacer un esfuerzo tan endemoniado para olvidar el pasado que compartíamos.

–Soy una profesional, Harvey. He trabajado duro para estar donde estoy. No voy a permitir que alguien... que un error de juventud, estropee mi carrera. Así que ni voy a flirtear en los ascensores, ni voy a ligar en las salas de reunión. Hace mucho que llegó la hora de crecer. Deja de comprarme o de prestarme regalos que no tienen otro objetivo sino traerme recuerdos que no quiero tener presentes –dijo, mordiéndose la lengua para no soltar las palabras de resentimiento sobre lo poco práctico que era el coche ahora que era madre soltera de dos niños y que no podía conducir un vehículo que probablemente ni siquiera tenía forma de ajustar dos sillitas infantiles. Sí, las de los hijos de él. Los hijos que Bella no quería que conociera.

Él esbozó una sonrisa burlona.

–Parece mentira que te moleste tanto un simple detalle de empresa.

–Mira, como me digas ahora que estoy muy guapa cuando me enfado, escupo en tu carísima moqueta tibetana.

–No es tibetana.

–Me da igual, es pretenciosa de todas formas. Trabajo para ti, punto. Cumplo con mi trabajo y espectacularmente bien, por cierto. Seguiré siendo una empleada productiva, daré lo mejor de mí, pero no me interesa tener ninguna relación personal contigo. Ni siquiera de amistad. –Bella mentía. Sabía que lo que estaba saliendo de su boca no eran más que mentiras, pero las necesitaba para protegerse. La vida que se había fabricado se vendría abajo si él entraba en ella. Bella sentía el estómago encogido, casi se sentía enferma, esperando la respuesta de Harvey.

–De acuerdo. Nos vemos en el restaurante. Ni siquiera te pediré que me pases la sal, no vaya a ser que eso resulte demasiado personal –dijo como si estuviera aburrido, su mirada volvió a la pantalla táctil. Le indicó a Bella que podía marcharse dándole la espalda.

Cuando Bella volvió a su despacho llamó a María para decirle que desde ahora podría conducir el Honda Odyssey entre semana. Después de todo los niños necesitaban un medio de transporte y ella podía ir a trabajar en el Batimóvil.

Capítulo 10

Bella iba a la sala de fotocopadoras cuando oyó la voz de Harvey. Meneó la cabeza al oír también la voz de una mujer. Se debatía entre abrir o no la puerta. Siempre podía volver después para hacer las fotocopias. La curiosidad pudo con ella. No pudo evitar quedarse a escuchar.

Se oían respiraciones pesadas y jadeos. ¿Qué estaban haciendo? ¿Harvey estaba follándose a alguien en plena oficina, donde cualquiera podía verlo? ¿Después de regalarle a Bella un coche nuevo?

–¡Un poco más! ¡A ver si entra! –dijo la mujer.

–Lo intento, ¡pero es demasiado grande!

–Empuja hasta que entre.

–Es que no se levanta –dijo Harvey.

–Espera, que te ayudo. Eso es, así. Sigue un poco más.

–Ahora parece que entra.

–Un poco más fuerte, sí, más a la izquierda... un poco a la derecha. Eso es, perfecto.

–¡Ya te dije que iba a entrar!

Bella puso los ojos en blanco. Escuchar a su ex haciéndolo con una empleada era asqueroso. Estaba a punto de marcharse cuando otra mujer pasó a su lado y abrió la puerta de la sala de fotocopadoras. La puerta quedó totalmente abierta. Harvey y Linda, de contabilidad, estaban colocando cajas en uno de los armarios.

Vaya. Nada de sexo. Bella contuvo la risa.

Las dos chicas se pusieron a charlar mientras Harvey caminó junto a Bella.

–¿De qué te ríes? –preguntó.

Ella sonrió.

–De nada.

–No puede ser de nada.

–Vale, es que tú y Linda. Desde afuera sonaba como si... En fin...

Harvey dejó escapar una risa profunda.

–Ya, entiendo. Empuja un poco más. Ya entra.

Ella se sonrojó.

–Pues sí.

Los dos soltaron una carcajada.

–Pensaba que tenías un gran secreto y que acababa de descubrirte –dijo Bella.

Harvey arqueó una ceja.

–Secretos. No, no tengo ninguno. Los grandes secretos acaban con uno.

Bella tragó con dificultad. ¡Cuánta verdad! Un gran secreto acababa convirtiéndose en toda una red de mentiras.

La miró a los ojos.

–Me han dicho que tú tienes un gran secreto que contarme.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Bella.

–¿Cómo?

–Todos tenemos secretos, ¿no?

A Bella le temblaban las manos. Él la miraba como si lo supiera todo.

–¿Lo sabes?

–Intentabas esconderlo, pero lo he descubierto.

Bella sentía mariposas en el estómago.

–¿Y cómo puedes estar tan tranquilo?

Él le retiró el pelo de los ojos.

–¿Me lo vas a contar o vas a seguir ocultándomelo? De verdad creo que ya va siendo hora de que confieses.

–No deberíamos hablar de ello aquí –dijo Bella, mirando nerviosa a su alrededor.

–¿Por qué? No hay nadie.

–Porque es un secreto demasiado grande. No quiero que nadie lo sepa.

–Escucha, puedo reunir algún dinero, quiero ayudar. No puedes hacerlo sola.

Bella suspiró.

–Tienes razón. No puedo hacerlo sola. A veces es demasiado. Es una gran carga, pero hasta ahora me he apañado bastante bien.

–Nadie espera que lo hagas tú sola. Déjame ayudarte.

–¿Me estás ofreciendo dinero? ¿Ahora? Es demasiado tarde. Lo he hecho todo este tiempo sin ti y no se me ha dado mal.

–De acuerdo, no me meteré. Si quieres hacerlo sola te dejo.

Bella abrió la boca confundida.

–Pero déjame que yo compre la tarjeta para que la firme todo el mundo –dijo Harvey.

–¿Perdona?

¿De qué demonios hablaba Harvey?

Él sonrió.

–La fiesta sorpresa de jubilación para Bob. Me han dicho que la estás organizando tú. ¿No es así?

¡No puede ser! Harvey hablaba de otra cosa. No sabe nada de los gemelos.

Bella se retorció las manos.

–Ah, sí, claro. Lo estoy organizando yo. Sí, muchas gracias por lo de la tarjeta, me ayudas mucho, tengo un montón de cosas encima.

–Vale, pues una menos. ¿A que es mejor no tener secretos conmigo?

Bella se mordió el labio y asintió.

Harvey le guiñó un ojo.

–Siempre puedes contarme tus secretos.

Ella sonrió mientras él se marchaba. Hablaba de la fiesta de despedida. Por segunda vez aquella mañana, Bella había malinterpretado dos situaciones.

Necesito un café bien cargado.

Capítulo 11

Harvey le llevó a Bella una taza de café caliente. Ella le dio un trago y casi se quemó la lengua.

–Ay, está ardiendo.

–¿No has soplado?

Bella se rió.

–Pues sí, debería haber metido la lengua primero...

¡Maldita sea! Qué mal había sonado eso. Bella miró hacia otro lado nerviosa. ¡Era idiota! Volvió la mirada hacia Harvey, que sonreía con malicia.

–¿Qué te parecería un maravilloso restaurante tailandés y luego una copa en la playa este sábado?— preguntó Harvey.

–Vamos a aclarar una cosa, yo hablaba de meter la lengua en la taza del café. Ha quedado claro, ¿no?

Él se echó a reír.

–No tengo... –Bella se contuvo, a punto había estado de soltar que no tiene niñera para el fin de semana. Su hermana iba a pasar fuera el fin de semana, así que no podía quedar—. Suena genial, pero no puedo. Lo siento.

–Tengo que ir a la inauguración de Limelight. Me han pedido que corte la cinta. Va a ser un poco embarazoso aparecer solo.

–¿No tienes con quién ir? ¿Estás desentrenado? ¿Qué ha pasado con la chica que iba colgada de tu brazo el otro día?

–Solo he salido tres veces con ella. No es mi tipo. No me van las cazafortunas.

–¿Le has dado la patada?

–Me pidió diamantes. Casi me sonaba a prostitución. Demasiado sucio para mi gusto.

–Si no me falla la memoria, jugar sucio te gustaba.

–No me gustan las chicas que se venden por dinero. Pero me gustan las chicas malas.

–¿De verdad me consideraste tu novia alguna vez?

–Definitivamente eras mi novia. Qué dices, ¿vienes a la inauguración conmigo para que no quedar como un solitario patético?

–Sabes que solo necesitas cinco minutos para ligar con cualquier chica cuando estés allí.

–Bella, por favor ven conmigo...

Su hermana se quedaría con los niños si se lo pedía con buenas maneras, lo sabía.

Sonrió.

–No quiero dejarte solo en una ocasión tan importante.

–Genial. Te recojo a las siete.

–No, nos vemos allí.

Bella miró a su alrededor y se dio cuenta de que el interior de aquel club era realmente bonito. Había unas modernas luces LED sobre la pista de baile que replicaban el efecto de las bolas de discoteca tradicionales. ¡Menudo efecto más chulo! Las luces se movían en las paredes y en el techo.

Su amiga y vecina fue con ella porque se moría por conocer el nuevo club. Cuando su amiga vio a

unas amigas suyas se fue para hablar con ellas.

–Voy a buscar a Harvey –dijo Bella.

–Vale, yo estoy por aquí. Voy a tomarme una copa con las chicas.

–Perfecto.

Bella caminó un poco y vio a Harvey en la barra. También vio a una rubia con vestido negro que caminaba hacia él y empezaba a charlar. Bella intentó ignorar la chispa de celos que sentía. Se acercó e interrumpió la conversación.

–Ha llegado mi chica –le dijo Harvey a la rubia.

La mujer hizo una mueca y desapareció entre la gente.

–¿Lo ves? –dijo Bella–. Te dije que ligarías sin problemas en menos de cinco minutos.

–No quiero estar con una mujer cualquiera. Quiero a la más guapa e inteligente que conozco.

–Con piropos se consigue todo –dijo ella con una risa.

Entraron a la sección VIP mientras los colores bailaban y la música flotaba en el ambiente. Había camareras corriendo de aquí para allá con bebidas sobre brillantes bandejas plateadas que tenían su propia luz. Se sentaron en un sofá negro y empezaron a hablar de trabajo.

–¿Se te ha ocurrido alguna idea creativa para la cuenta Johnson?

–¡Espera a que veas lo que he hecho! Es buenísimo, te van a entrar ganas de gritar.

Él le ofreció una sonrisa de estrella de cine.

–Al menos déjame invitarte una copa.

Ella se echó a reír.

–Me encantan tus tácticas para romper el hielo.

–¿Funcionan?

–Sí. Tus bromas ya han derretido toda la tensión entre nosotros. Me siento muy cómoda contigo.

–Es mi trabajo que los clientes y los empleados se encuentren cómodos.

–Eres encantador, debo decir que se te da muy bien.

–Gracias.

–De nada.

–Tenemos que reunir toda la información para estudiarla y trazar un plan infalible para impresionar a nuestros nuevos clientes.

Bella le cogió el brazo.

–Hagámoslo.

Harvey sonrió con malicia.

–No hablaba en sentido sexual. Miremos la información y...

–Bella, tranquila, sé a qué te referías.

Todo iba de maravilla mientras charlaban. Se pusieron al día sobre lo que cada uno había hecho en los últimos años.

–Hey, vi a uno de tus amigos hace un año –dijo Bella.

–¿A quién?

–Al del labrador negro.

–Jerry Simmons.

–Sí. No olvidaré nunca cómo se tiró a la piscina cuando se cayó su perro.

–A los labradores les encanta el agua.

–Sí, aquel se tiró sin más. –Bella se quedó mirando los hipnotizadores ojos de Harvey–. Se empapó en un momento.

Más bien yo me he empapado en un momento. ¡Bella, aparta esos pensamientos sucios de tu mente!

Harvey sonrió y Bella emitió una risa ligera.

–Estoy intentando tener mucho cuidado con este cliente. Lo necesitamos para que crezca la empresa –dijo Bella.

Él la miraba fijamente.

–Estoy seguro de que con los cuidados necesarios y un poco de voluntad todo puede crecer mucho más de lo que imagines en tus sueños más salvajes.

Bella casi escupió la cerveza.

–¿Qué has dicho? ¿Estás hablando de una erección?

Harvey sonrió.

–No creas que no puedo hablar con doble sentido yo también. –Bella sacó con delicadeza una rosa de un precioso florero de cristal–. Bonita, ¿eh?

–Muy bonita.

–¿Sabías que algunas flores son comestibles? –preguntó ella coqueteando.

–Como sigas hablando así lo voy a tener muy DURO para controlarme y no besarte.

Bella sonrió de oreja a oreja y se abanicó.

–Hace mucho calor aquí.

–Bueno, he oído que el calor se pasa quitándose la ropa.

Bella se echó a reír.

–Coquetear así contigo, ¿no es la mejor manera de mantenerme en la cima? Mi trabajo es muy importante para mí.

–Estar en la cima no es siempre lo más importante. Cambiar de postura puede ser muy divertido.

Bella le dio un trago a la cerveza entre risas.

–Nunca hablaría así con nadie más...

–¿Especialmente con alguien a quien acabas de conocer?

–Eso. No estaría bien.

–Yo probablemente me ganaría una bofetada o me tirarían una copa a la cara, así que ni se me ocurriría. Pero entre nosotros es diferente. Nosotros tenemos una historia, una conexión especial. Y solíamos tontear así, ¿lo recuerdas? Me divierte.

Bella le tocó la cara.

–Me gusta lo divertido. A veces, cuando veo al chico buenorro de ojos azules, sé que por el bien de la empresa tengo que aguantar todo lo que él me eche encima, tragarme lo que sea necesario.

–Joder, Bella. Estoy duro.

–Si no aguantas el calor no entres en la cocina –dijo ella.

–Sí que lo aguanto. Puedo soplar en las partes calientes.

Bella le pasó un dedo por la cara.

–No sé si a mi jefe le va a gustar que haga el tonto de esta forma.

–Es mejor que solo seamos amigos. Pero me lo estás poniendo muy, muy duro.

–Bonito bulto.

–¿Hipnotizada por la protuberancia?

A Bella le encantaba ver cómo le crecía la polla debajo del pantalón. Había algo maravilloso en poder excitarlo aún así.

–Me dan ganas de pegarte un revolcón.

Harvey se echó a reír.

–¿Has dicho revolcón?

–Sí, me parece que pegarse un revolcón suena mejor que follar. Además, revolcarse alude a lo divertida que puedo llegar a ser en la cama.

–Eres muy divertida –dijo él–. Era una de las cosas que más me gustaban de ti. Siempre me hacías reír.

Bella se marchó a coger unas copas. Aprovechó para ocultarse y llamar a su hermana para ver cómo estaban los niños. Estaban durmiendo y todo estaba bien.

–Vale, deja de hablar conmigo –dijo su hermana–. Ve a divertirte con Max.

Bella se mordió el labio. No estaba con Max, pero no iba a decirle a su hermana con quién estaba en realidad. Se pondría como loca. Así que acabó la conversación con un “vale, te prometo que me voy a divertir”.

Bella se quedó pensativa, se sentía agradecida por sus hijos y por la bendición que eran en su vida. Sus hijos lo eran todo para ella, tenía a los niños más dulces del mundo.

Se sentía agradecida por las pequeñas cosas de a vida; nunca las daba por descontadas. Le gustaban las puestas de sol y los amaneceres, los largos baños de espuma, ver el movimiento lento de las nubes en el cielo azul, el canto de los pájaros, el sonido de los móviles que se mueven con el viento, comer masa de galletas cruda, quedarse dormida con los niños y el perro. Le había enseñado a sus hijos a apreciar también estas pequeñas cosas. Pero algo faltaba en sus vidas. Su padre. Bella sabía que necesitaban a su padre. Pronto se lo contaría todo a Harvey. Tan solo necesitaba un poco más de tiempo.

Bella volvió y le dio a Harvey su copa con una sonrisa.

–Es como en los viejos tiempos. Echo de menos lo que teníamos –dijo él–. No duró mucho, pero lo era todo.

–Yo también. Me cambiaste la vida por completo.

–No, lo hiciste tú. Estoy muy impresionado. Fuiste a la universidad. Trabajaste duro. Eres una luchadora. Todo lo has hecho tú. Yo no tuve nada que ver con los cambios en tu vida.

Ella lo miró a los ojos.

–Sí que has tenido que ver. Con *dos* cambios muy grandes. Me diste unos regalos muy valiosos que nunca olvidaré.

Sus hijos.

Él dejó la copa.

–Sé lo mucho que te gustó el coche y...

–No, no me refiero a esos regalos.

Él arqueó una ceja.

–¿Entonces a qué?

–Cállate y bésame.

Tomando el comentario como una invitación, Harvey tiró de ella para sentarla en sus piernas, pegando su boca a la de Bella. Hizo que abriera los labios y le metió la lengua en la boca. ¡Por Dios! Aquel beso la hacía arder. Unos besos húmedos bajaron por el cuello de Bella, mientras las manos de Harvey recorrían sus curvas.

–No debemos dejar que nos vean así –dijo Bella–. Estamos en público y eres mi jefe.

–Tienes razón. Vamos a un lugar *mas* privado.

–Es una oferta tentadora, pero tengo que marcharme –dijo Bella poniéndose de pie.

Bella se dio cuenta de que había coqueteado demasiado y le había dado pie a Harvey a lo que estaban haciendo. La cuestión era que lo deseaba. Más que nada. Deseaba irse a casa con él y hacer el amor toda la noche. Imaginaba los labios de él sobre los suyos, el calor explotando como una ola por todo su cuerpo. Deseaba que Harvey la tocara más de lo que él podía imaginar. Pero, ¿estaba jugando con fuego? Por muy difícil que resultara debían ser solo amigos. Era la única forma de que pudieran trabajar juntos.

¡Sé sensata!

Es mejor que no estropees la relación. Podían ser amigos y todo iría bien entre los dos. Si cruzaban la línea y había sexo de por medio todo podía cambiar.

Bella se apartó y Harvey frunció el cejo.

–¿Qué pasa? Creía que estábamos pasándolo bien –dijo él.

–Así es. Y me encantaría pasar la noche contigo, créeme. Pero uno de los dos tiene que mantener la cabeza fría. Eres mi jefe. Trabajamos juntos. ¿Sabes los rumores a los que daríamos pie si cruzáramos la línea?

–La gente no tiene por qué saberlo.

–¿Y si nos sale mal? No quiero que las cosas se pongan incómodas entre nosotros. Me gusta lo que tenemos ahora mismo. Creo que estamos bien como amigos.

–Bella, sabes que yo quiero más que amistad. Más que un rollo de una sola noche. Te juro que no me voy a rendir tan fácilmente. Una vez ya me sacaste de tu vida. El destino nos ha dado una segunda oportunidad. No voy a renunciar a ti.

–No podemos permitir que nuestra relación estropee nuestro trabajo.

–Te prometo que no lo hará. No entiendo por qué no podemos tener las dos cosas.

–Liarse con el jefe nunca puede salir bien. Las consecuencias de una ruptura podrían ser una pesadilla. Especialmente porque trabajamos en el mismo lugar. Y no olvides que soy tu subordinada directa. Cualquier éxito o ascenso será atribuido a mi habilidad en la cama.

–No si no se lo contamos a nadie.

–Los líos de oficina se huelen a kilómetros.

–¿Así que nada de fantasías sexuales sobre el escritorio?

–Si nos pillan vamos a ser el hazmereír. No vamos a ganar para cotilleos. No creo que yo pueda soportarlo si lo dejamos. Creo que deberíamos ser solo amigos y compañeros de trabajo.

–¿Y negamos la alucinante conexión que hay entre nosotros? Tienes que admitir que nuestra química es explosiva.

Bella miró a su vecina, que se acercaba con una gran sonrisa.

–¿Estamos listas para irnos? –preguntó Gina.

–Sí. –Bella miró a Harvey.

–Yo puedo llevarte.

–Aunque me encantaría que me lleves estás medio borracho. Además, no quiero aprovecharme de ti.

–Por mí puedes aprovecharte. Vale, ¿un último beso?

–¿Un beso de despedida?

Los ojos de los dos se encontraron y sus corazones se aceleraron mientras toda la gente desaparecía a su alrededor. Los labios de Harvey se posaron sobre los de Bella y ella, literalmente, vio fuegos artificiales.

Bella sabía que Harvey era tóxico, pero no podía permanecer lejos de él.

Capítulo 12

Bella no tuvo ninguna otra conversación larga con Harvey el resto de la semana. Cuando se encontraban en alguna reunión ella era educada y atenta, pero nunca hablaba con él directamente. Bella fue capaz de evitar incluso mirar hacia donde estaba él. Pero cuando llegó la noche de la cena, se decantó por un vestido color champán que dejaba a la vista sus piernas bien tonificadas y resaltaba su pelo cada vez más rubio.

Era como si Bella se tomara muy en serio todo lo que Harvey decía, incluso lo de ponerse más mechas en el pelo. Ella odiaba ser así, pero allí estaba. La verdad era que le importaba lo que él pensara y deseaba en secreto que él se sintiera orgulloso de ella, de la mujer en la que se había convertido, de la buena madre que era para los gemelos. Aunque en el fondo pensara que bastaba con que ella misma estuviese orgullosa.

Bella se agachó para besar a sus bebés y se sentó en el sofá junto a María, que comía galletas de mantequilla de cacahuete recién hechas y veía una vieja peli de Shirley Temple. Rememoró el olor a manzana del champú de los niños, sus caritas radiantes cuando los bañó a primera hora de la noche para ponerles los pijamas verdes iguales con monos. Bella haría cualquier cosa por sus gemelos, incluso resistirse a Harvey Carlson si era necesario.

Bella le dio las llaves al aparcacoches y entró, sintiéndose radiante y gloriosa, lista para comerse el mundo. Vio a Harvey, esperándola con las manos en los bolsillos. Aquella postura casual, tipo Brooks Brothers, casi pudo con ella. Tenía que resistir. No podía permitirse echarse encima y abrazarlo por la cintura, por debajo de la chaqueta para sentir el calor de su cuerpo contra el de ella. Recordó la sensación de cuando él la abrazaba, lo que se sentía al pertenecer a él de la mejor manera posible. La noche iba a ser muy larga.

Bella cogió el brazo de Harvey e ignoró su mirada de admiración. Se sentaron en una gran mesa redonda junto a la ventana, con unas vistas maravillosas de la bahía. Bella bebía a traguitos de su copa de agua mientras miraba por la ventana, esperando a que llegaran los Smith y los Gibbons. El restaurante era bonito, pero se cansó de mirar a la copa. Cada vez que levantaba la vista se encontraba con él. Harvey. Era como haber vuelto al colegio, cuando miraba de reojo al chico que le gustaba y si él la veía se giraba con la cara en llamas y el corazón galopando. Bella perdió toda la serenidad que tanto le había costado ganar cuando Harvey se levantó el puño de la camisa para ver el reloj. Sus manos, fuertes y tiernas, perfectas cuando memorizaron todas las curvas de ella. Bella contuvo el aliento al recordarlo.

En medio de aquel recuerdo húmedo, bebió agua y un poco escurrió por su barbilla. Se secó con una servilleta, con una mezcla de enfado y vergüenza, luego se sintió agradecida de tener que levantarse para saludar a los Smith.

Se hicieron las presentaciones y todos sonreían como si fueran amigos de toda la vida. Harvey se sentó junto a ella, moviéndose para que se sentaran los invitados. Su manga le rozó el brazo desnudo y a Bella se le erizó la piel con aquel roce accidental. Al tener a Harvey tan cerca podía oler su colonia, rica y masculina, con un toque de sándalo y algo que le recordaba al invierno.

Nunca estuvieron juntos en invierno y resultaba increíblemente triste pensar que nunca se habían sentado juntos frente a una chimenea, nunca habían intercambiado regalos de navidad ni se habían puesto gorros tontos de Papá Noel, tampoco se habían besado a medianoche para recibir el año nuevo. Tratándose de la relación más importante de la vida adulta de Bella, sentía que había mucho que no había

podido tener por el poco tiempo que estuvieron juntos.

Se sentó frente al señor Smith y le preguntó por sus gemelos. Pronto se encontró mirando todas las fotos que el señor Smith llevaba en el móvil, asentía y sonreía ante fotos de los dos chicos de diez años con su equipo deportivo, con sus uniformes atléticos, luchando con espadas.

–Hmmm... ¿los entrena para la batalla? –dijo Bella.

–La esgrima es un deporte noble. Refinado y mortífero –indicó la señora Smith y Bella asintió para mostrar que estaba de acuerdo, sintiéndose agradecida en silencio de que nadie hubiese intentado enseñar a sus pequeños gemelos a retarse con espadas.

Bella siguió mirando las fotos, mostrándole a Harvey alguna de vez en cuando, como si él tuviese algún interés en las aventuras de los adolescentes Smith. Al ver que no respondía, Bella empezó a acercarle el móvil a la cara cada vez más, hasta que prácticamente se lo incrustó en los ojos. Él rió con ligereza.

–Bueno, parece que a mi chica le entusiasman sus hijos y sus hazañas.

–Tiene un gusto excelente –dijo el señor Smith encantado–. Por ahí vienen los Gibbons.

Bella sonrió en cuanto vio que el señor Smith se ponía de pie y abrazaba a su socio de toda la vida, mientras que su mujer abrazaba con cariño a la señora Gibbons. El afecto que se mostraban reforzó su convicción de que deseaban una colaboración familiar con JS o con cualquier otro socio al que eligieran, y no una mera presentación y pruebas estadísticas de superioridad. Miró a Harvey, quien no ofreció concesiones al respecto.

Bella se levantó para saludar.

–Soy Bella James, este es mi amigo, Harvey Carlson.

–Encantado de conocerte, Bella –dijo el señor Gibbons estrechándole la mano.

–Encantada. Por favor quíteme una curiosidad... Los hijos de los Smiths se llaman Will y David. ¿David es por usted?

–Sí, me temo que sí, pobre chico. Soy su padrino y mi mujer Patty es su madrina. No tuvimos la suerte de tener hijos propios pero siempre nos ha gustado ejercer de tíos para los hijos de Jason y Maggie –dijo Dave con orgullo.

–Es maravilloso –dijo Bella, conmovida por la devoción que mostraba el hombre–. Ahora mismo Patty estaba mostrándome fotos de los gemelos. Desde luego son unos jovencitos muy aplicados.

–Lo son –continuó Dave–. Will es un deportista nato, pero David es la estrella del equipo de debate. Mira –le mostró un vídeo que llevaba en el móvil y Bella y Harvey se juntaron para compartir la pequeña pantalla que no tardó en llenarse con un montaje de vídeo en el que Will aparecía en el campo de cricket, intercalando la ferviente exposición de David en un debate sobre el cambio climático. Bella se quedó impresionada de que Dave llevara en el móvil un vídeo tan largo para poder verlo fácilmente, estaba claro que quería mucho a los chicos.

–Qué bonito –le dijo–. Esos chicos tienen mucha suerte de tener una familia que los quiera tanto. Se les ve genial.

–Gracias –dijo Maggie mientras Dave guardaba el móvil.

Maggie compartió una mirada con su marido, que le devolvió una sonrisa, señal de la comprensión y cariño que compartían. Bella sintió un pinchazo, le habría gustado poder mirar a Harvey y encontrar ese amor y orgullo en su rostro al hablar de los gemelos que tenían juntos. Era imposible, pero de todas formas lo deseaba.

Pidieron la cena y la charla derivó hacia temas de voluntariado. Harvey permanecía callado, escuchando y tomando nota del carácter de todas las personas de la mesa. Bella tuvo la impresión de que estaba esperando para saltar. Ella hizo algunas preguntas sobre el trabajo de Maggie y Patty en el hospital infantil y sobre la nueva ala para la que estaban recaudando fondos. Luego comentó que llevaba unas semanas como voluntaria en un hogar para niños.

–¿Cuántos niños tienen? –preguntó Dave.

–Ahora mismo unos cuarenta y uno. Pero han llegado a tener sesenta. Son niños a los que no se les ha conseguido aún una familia de acogida o niños con un historial de fracaso en varias familias. Creo que no hay nada más triste. No tienen una familia que los quiera y los cuide.

–Desde luego –dijo Jason–. Ahora entiendo por qué hablabas con tanta implicación sobre niños y sus cuidados. A pesar de que no tienes hijos te preocupas por esos niños que no tienen a nadie.

–Sobre todo creo material de marketing para que la fundación consiga donaciones y pueda crear conciencia sobre este problema. Me gustaría poder ir a ayudarles a los niños con los deberes, enseñarles a trenzarse el pelo y esas cosas, pero mis conocimientos se pueden aprovechar mejor en otro sentido.

–Lo que necesitan es que un adulto se preocupe lo suficiente para ayudarlos –dijo Patty–. Yo voy al hospital infantil a contar cuentos los martes y jueves por la mañana. Leemos, hacemos manualidades y comemos algo. A veces hacemos un cuento con marionetas. Es la mejor parte de mi semana, sentarme en el suelo con esos niños y hacer que se olviden durante una hora de sus problemas.

–Es genial, Patty. Me gustaría ir alguna vez contigo para ayudar, quiero decir, si mi jefe me da una mañana libre –dijo Bella.

–Creo que puede dártela –dijo Harvey–. Es por una buena causa.

Bella asintió pero no le dio las gracias. Después de todo el objetivo era ganarse a un posible cliente, no se trataba de un favor personal. Patty siguió hablando sobre la forma en la que Bella podía ayudar a los pacientes y Maggie apuntó que podían aprovechar sus conocimientos de publicidad para la próxima subasta de la fundación. Bella accedió encantada a ayudar en todo lo que pudiera. Mientras los hombres se comían sus filetes y las mujeres sus predecibles ensaladas y pescados al horno, los oyeron hablar sobre la dirección que les gustaría darle a Smith Gibbons en el futuro.

–La verdadera oportunidad que tenemos frente a nosotros ahora mismo es introducir su empresa en el sector internacional, haciéndola más provechosa –comenzó Harvey. Bella buscó sus ojos para intentar que parara, pero él no la miraba–. La devoción que le tienen al mercado nacional, aunque es patriótica, resulta limitada. Tengo una presentación aquí en el móvil...

Desesperada, Bella le dio una patada por debajo de la mesa. Harvey la miró y ella abrió mucho los ojos para mostrar urgencia a la vez que sacudía ligeramente la cabeza. Las otras parejas se habían quedado sorprendidas y desalentadas ante las palabras de Harvey.

–Perdonen que interrumpa, caballeros. Mi socio cuenta con un historial magnífico de éxitos en lo que se refiere a darle la vuelta a empresas y lograr con ello ingentes beneficios. Sin embargo me gustaría pensar que comprendo la visión más profunda que ustedes tienen respecto a SG; desean dejarla como un legado. La integridad y la familia son parte de la empresa y desean conservarla como herencia para Will y David. ¿Me equivoco?

–Eso es –dijo Dave–. Ese ha sido nuestro objetivo en los últimos quince años. Cuando los chicos quieran empezar a participar, en el departamento de arte o como parte del cuadro ejecutivo, todo será para ellos. Podrán encontrar un lugar en la empresa, tendrán una oportunidad.

–Exacto –dijo Jason–. No se trata de regalarles las cosas ni de asegurarse de que no trabajen en toda su vida, sino de levantar una empresa de honor, algo que sea bueno para el mundo. Algo que tenga en cuenta a todos los trabajadores, que fabrique a nivel local y sin embargo pueda generar beneficios. Un lienzo en blanco para que los chicos expresen sus capacidades y deseos. Puede que algún día quieran llevar la empresa en otra dirección, pero eso será cuando sea suya. No vamos a dejar que nos absorba un grupo empresarial y nos convierta en una marca más como le ha ocurrido a tantas empresas.

–Es una cuestión personal –dijo Bella–. Por ello creo que podríais sentirlos a gusto sin renunciar a dicho propósito bajo la protección corporativa de Javis, una empresa que comparte en gran medida la misma visión de futuro. Vuestra empresa seguiría siendo una entidad en sí misma, pero con los recursos y el talento de una empresa más grande podría crecer y ofrecer mejores beneficios a sus empleados,

además de mejorar su posicionamiento y reconocimiento. Podemos trabajar juntos para alcanzar vuestros objetivos y los de vuestros hijos.

–Eso suena... extraordinario. Me gustaría que nos contaras más sobre cómo crees que podríamos mantener la autonomía de la empresa original dentro del conglomerado empresarial.

–Podemos preparar una propuesta esta semana. En realidad esto es como un matrimonio. No se pierde la identidad sino que se pasa a ser una mejor versión de uno mismo porque uno se enriquece gracias a lo que la otra parte aporta –dijo Bella, dejándose llevar por un romanticismo repentino.

Se sonrojó un poco al ver que le había cogido la mano a Harvey. Para dar más énfasis, se dijo, no porque se sintiera unida a él ni nada por el estilo. Él le acarició los nudillos con el pulgar sin retirar su mano. A Bella le costó un buen esfuerzo no besar la mano de Harvey y luego pasar a sus labios. Sentía la cercanía del triunfo, sabía que su discurso había encandilado a los Smith y Gibbons y se sentía orgullosa de que Harvey estuviera allí para verlo.

Finalmente retiró la mano de la de Harvey, pero era innegable la química que había entre ellos tras un roce tan mínimo.

Siguieron charlando con los postres e intercambiaron los números de móvil con la promesa de volver a reunirse para ver la propuesta y también para los temas de voluntariado. Bella los invitó al mercadillo que se iba a celebrar pronto para recaudar fondos para el hogar infantil. Cuando los Smiths y Gibbons se marcharon, ella y Harvey se quedaron un poco más para tomar unas cuantas copas.

Capítulo 13

Bella bebía su *amaretto sour*, saboreando el gusto suave pero profundo mientras sentía la pierna de Harvey junto a la de ella por debajo de la mesa. No hacía falta que él dijera nada, lo decía todo con los ojos y eso hacía que el cuerpo de Bella respondiera generando calor. Bella sabía lo que iba a pasar, era inevitable, tan natural como respirar. Hacía años que no sentía ese deseo que le secaba la boca, el calor de la excitación sexual, todos sus nervios sensibilizados al máximo. Se sentía tensa, como si el más mínimo roce de los dedos de Harvey pudiera hacerla vibrar como la cuerda de una guitarra, y como si dichas vibraciones fueran a hacer que todo su cuerpo se pusiera a cantar. Lo deseaba aquí y ahora, sin una sola palabra. Deseaba tenerlo sobre la mesa, contra la pared. El deseo partía de su ser más elemental, era un deseo primitivo que no podía obviar.

Harvey pagó con una sonrisa de medio lado y le ofreció la mano. Ella le dio la suya, sabiendo perfectamente lo que estaba a punto de ocurrir, aunque no tenía ni idea de adónde iba a llevarla. Lo que sí tenía muy claro era lo que ocurriría una vez llegaran allí. Un encuentro clandestino en el guardarropa o en el lavabo de caballeros, a Bella le daba igual. Tan solo necesitaba que fuese cuanto antes, urgentemente, que fuese algo sudoroso y profundamente satisfactorio. Él la conducía de la mano. Se acercaron al maître. Harvey dijo algo tan bajo que Bella no lo pudo escuchar, tan solo vio cómo Harvey dejaba dinero en la mano de aquel hombre. Este asintió y los condujo a través de una discreta escalera de caracol hecha de hierro que se encontraba en la parte posterior y que Bella no había visto. Marcó un código para abrir una puerta y luego la cerró detrás de ellos.

Estaban en un cuarto iluminado con luces rojas muy tenues. Una música suave salía de algún altavoz colocado en el techo, era jazz lento que parecía creado expresamente para fornicar. Bella se estremeció de excitación mientras Harvey levantaba su mano para llevársela a la boca y besarle la palma. Su lengua bajó hacia el interior de la muñeca, deslizándose sobre el pulso que latía acelerado en aquel lugar.

Bella abrió la boca para decir algo... No tenía ni idea de lo que quería decir, pero sabía que iba a hablar cuando la lengua de Harvey le llenó la boca. Los profundos movimientos de la lengua de él la derretieron, la hicieron temblar y aferrarse a la camisa de él. La boca de Harvey pasó al cuello de Bella y ella gimió mientras las lágrimas se le acumulaban en los ojos.

Había pasado tanto tiempo desde que él la había tocado por última vez, él era el único hombre que la había tocado de verdad. Con Max era aburrido. Pasos marcados sin variación, como si fuera algo que él hubiese memorizado sin comprender. Bella tenía que fingir un placer que no sentía. Ahora la lengua de Harvey se deslizaba debajo de su oreja, levantándole un latigazo de placer que Bella no había sentido ni tras una noche entera con Max esforzándose sobre ella.

–Esta es nuestra segunda oportunidad –dijo Harvey–. Siempre soñé que la tendríamos.

–Yo nunca pensé que tendríamos una segunda oportunidad para hacer el amor.

–Quiero aprovechar al máximo cada segundo.

Bella entrelazó los brazos alrededor del cuello de Harvey y echó la cabeza hacia atrás, rindiéndose sobre el brazo de él. Sus piernas parecieron abrirse por sí solas, deseando sentir a Harvey entre los muslos. Bella tenía la boca abierta, los pezones duros y erguidos y Harvey no había hecho más que empezar. Bella sabía que aquello no era más que el principio porque ya había estado muchas veces con él y reconocía la manera que Harvey tenía de acariciarla hasta que ardía en llamas. Sin embargo había pasado demasiado tiempo. Bella no lo podía resistir, iba a correrse en cuanto la boca de Harvey rozara

su pezón o en cuanto el dedo de él la acariciara entre las piernas. Con Harvey le resultaba imposible contenerse. Se arqueó contra él, con urgencia, con desesperación. Él le pasaba las manos por el pelo revuelto, luego le sujetó el cuello para besarla.

–Ahora. Por favor –gimió Bella contra su boca–. No puedo esperar.

–Ha pasado demasiado tiempo –dijo él con voz profunda, recogiendo el vestido de Bella con las manos–. Quiero desnudarte y hacerlo bien, pero yo tampoco puedo esperar. Necesito tenerte ya.

Harvey le bajó la parte de arriba del vestido y su boca atacó sus pechos, caliente, hambrienta. Bella jadeaba mientras él la acercaba más, mordisqueándole un pezón con los labios, lamiéndolo, chupeteándolo hasta que estuvo duro y erguido, haciéndola sentir latigazos de placer en el estómago.

Los brazos de Bella habían quedado inmovilizados por los tirantes del vestido de los que Harvey había tirado, así que no podía sino quedarse quieta e intentar no retorcerse demasiado mientras él le producía placer. Movía la cabeza hacia adelante y atrás, la balanceaba sobre el muro contra el que Harvey la había puesto. Ahora la mano de él dibujaba una curva entre las piernas de Bella, levantándola por la entrepierna hasta sentarla en el reposabrazos de un sofá. Bella estuvo a punto de correrse ante el calor de la mano de él en aquella parte que moría de deseo. Él le bajó las braguitas de encaje con un movimiento repentino y estas acabaron rasgándose entre sus dedos. Un trozo de encaje rosa cayó al suelo sin hacer ningún ruido, mientras los dedos de Harvey se hundían en el pasaje caliente y húmedo de Bella, que se hinchaba ya de anticipación. Harvey le metió tres dedos y ella se dejó caer contra él jadeando.

–Tú. Te quiero a ti –le rogó, casi al límite.

Bella tan solo podía aferrarse a los costados de Harvey con las manos, ya que sus brazos aún estaban atrapados. Harvey la besó en los labios, despacio y de forma deliciosa, su lengua deleitándose en su boca y provocando suaves gemidos de placer. Bella descubrió que podía mover las manos lo suficiente para acariciar la parte frontal de los pantalones de Harvey. Y allí lo encontró, grande, duro, listo para ella. Harvey gemía mientras ella lo acariciaba. Él se bajó la cremallera y su erección salió disparada, Bella la sintió contra su muslo desnudo y se sintió mareada y sin respiración por el deseo.

–Sí –susurró sobre la boca de él–. Sí, eso. Sí, te quiero a ti.

Harvey le cogió la mano y la frotó a todo lo largo de su erección para que Bella pudiera sentir lo excitado que estaba. La gota de humedad en la punta hizo que Bella cerrara los ojos. Olía el aroma almizclado de Harvey, casi podía sentir el sabor salado de aquella gota. Se le encogió el estómago, se había quedado sin voz para rogar más. Él siguió moviéndole la mano, acercándose a ella para que lo sintiera entre las piernas. Aquella gota, húmeda y fresca, se restregó contra la intimidad de Bella. Se acercó a él para morderle el labio inferior y chupárselo. Harvey se colocó entre sus piernas y entró en ella de golpe.

–Al fin –dijo ella, disfrutando cada centímetro de él.

Empujando con las caderas contra él en cada embestida, buscando aire cada vez que él salía, Bella encontró el ritmo que siempre habían compartido, volvió a sentirse perfectamente sincronizada con Harvey, con la forma en la que el cuerpo de él entraba, se abría paso y salía de ella. La humedad de Bella lo abrazaba, ella sentía el calor ardiente de él en su interior. Harvey le abrió con la mano las piernas un poco más para poder llegar más al fondo y tomarla por completo.

Bella sentía los dedos de Harvey aferrándola con fuerza para que no se moviera mientras las potentes embestidas de su polla la perforaban una y otra vez, hasta que notó aquella ola de placer que se acumulaba dentro de ella como un relámpago. Se balanceó hacia atrás y resbaló del reposabrazos del sofá, aterrizando en los cojines al perder el equilibrio.

Cuando abrió los ojos aún temblaba por el orgasmo. Vio a Harvey curvado sobre ella, aún dentro de ella, sacudiéndose con violencia en su interior. Bella notó el grito que se le formaba en la garganta y tuvo otro orgasmo provocado por la imagen del deseo animal que él sentía por ella. Harvey hizo que se volviera a correr con las manos y con la polla. Bella se arqueó hacia atrás y gritó mientras sentía cómo él

se vaciaba dentro de ella. Oyó su grito grave, luego él se dejó caer con la camisa abierta y la corbata puesta.

Bella se enrolló la corbata alrededor de la mano y la usó para tirar de Harvey y hacer que quedaran cara a cara. Lo besó en los labios, conteniendo todos los secretos. El peso de él la aplastaba contra los cojines del sofá, haciendo que se le marcaran en la piel los botones del tapizado. Harvey permanecía acurrucado entre los muslos húmedos de ella, que solo podía pensar en lo maravillosa e irresistiblemente perfecta que era aquella sensación. La erección debería haber desaparecido en el interior de Bella pero, por el contrario, sintió cómo se recuperaba y volvía a ganar dureza. Parecía imposible que Harvey estuviera excitado otra vez, después de la fiereza con la que se habían unido, pero la evidencia se hacía cada vez más gruesa, más larga dentro de Bella.

–Oh, Harvey –le dijo contra la boca.

Él se levantó y la movió lo justo necesario para poder quitarle el vestido. Su boca le atrapó un pezón y Bella no pudo contener el chillido que las olas de placer le arrancaron al sentir los labios húmedos de Harvey y el filo de sus dientes.

–Eres mía –le susurró él con palabras que ardían sobre su piel desnuda. El ritmo de la música aumentó y Harvey le sujetó a Bella las manos sobre la cabeza–. Mía.

Sus dedos le acariciaron el cuello y luego se lo envolvieron, aferrándole la garganta con suavidad pero con firmeza mientras la penetraba.

Bella arqueó la espalda, levantó la cadera para encontrarse con su potente lanza. Con la otra mano, Harvey le sujetó las dos muñecas sobre la cabeza. Bella tragó con dificultad debido a la mano de Harvey en su garganta. Ese control le parecía erótico, deseaba más. Se lamió la esquina de la bota y él le pasó el pulgar sobre los labios, dejando que ella se lo lamiera y se lo metiera en la boca. Harvey le soltó la garganta y dejó que Bella de chupara el dedo mientras la penetraba moviéndose dentro y fuera de ella. Bella liberó sus muñecas y se incorporó para poner una mano sobre el pecho de Harvey y detenerlo.

–Espera –le dijo–. He soñado con esto. Contigo. Cuatro años. Espera.

Con descaro Bella se levantó, le dio la espalda y se puso a cuatro patas para ofrecerse a Harvey. Esperó conteniendo el aliento, preguntándose cómo iba a reaccionar él. Harvey metió la mano entre las piernas de Bella, le acarició la tripa y fue bajando, luego la acarició y la mantuvo en suspense.

Después se puso de rodillas detrás de ella y, con la otra mano, le acarició el largo pelo dorado que le cubría a Bella la espalda. Lo enrolló en su mano para tirar con suavidad. Bella sentía las sensaciones despertándose en su cuero cabelludo, en su columna, mientras él tiraba del pelo en el punto justo para que ella echara la cabeza hacia atrás. La otra mano volvió a posarse sobre la tripa de Bella, que notó cómo él jugaba metiéndole solo la punta. Bella gimió ante aquella sensación, ante la mano de Harvey sujetándole el pelo, por su polla rozándola con tanta suavidad.

Se quedó sin respiración por la anticipación, era incapaz de creer que su fantasía se hubiese hecho realidad. Harvey Carlson en una habitación en penumbras, con la mano enredada en su pelo, tomándola por detrás. Todo parecía desarrollarse en cámara lenta. La forma en la que él se movía, cómo se detuvo para hacer que Bella se girara y poder mirarla y besarla. Cómo se sentó y luego hizo que ella se sentara sobre él para que las piernas de ambos se entrelazaran y pudieran moverse hasta llegar a un final explosivo. Un final que resultó aún más dulce debido a la forma en la que él le acariciaba la cara y la abrazaba contra su cuerpo, regalándole a la vez la mayor ternura y una palmada traviesa en las nalgas. Resultaba tan seductor montarlo de aquella forma, con la cara de él perdida entre los pechos de ella, apoyándose en las rodillas para poder moverse entre gemidos.

Harvey la envolvió en sus brazos y la sostuvo encima de él, besándola en las mejillas y en la frente.

–Dime que lo nuestro no se ha terminado. Que esto no es tan solo un episodio que tenías pendiente. Dime que no vamos a volver a dejar esto en el pasado –pidió.

–No puedo, Harvey. No puedo acostarme con mi jefe. No voy a poner en peligro mi carrera

profesional solo porque seas muy, muy bueno en la cama. De verdad –dijo Bella casi sin aire, ocultando la cara en el cuello de Harvey–. No puedo estar contigo. Siento haber hecho esto, no debería. Me dejé llevar.

–¿Como en aquella noche en la piscina de Phoenix? ¿O en el globo aerostático? ¿O como tantas otras veces? Esto es lo que somos nosotros juntos, lo que hacemos, Bella. Nos pertenecemos el uno al otro. La atracción entre los dos siempre ha sido innegable.

–Por supuesto que siento algo por ti, Harvey. Es imposible no sentirlo. Eres inteligente y divertido y endemoniadamente sexy, pero no eres para mí. No quiero ser de esas chicas que se lían con el jefe o que se aprovechan de un antiguo novio para trepar.

–¿Qué dices de trepar? ¿La gente sigue usando esa expresión?

–Esto fue... una vieja chispa. Algo que sentí cuando te vi en el escenario en aquella fiesta de jubilación. Una idea fija. Supongo que tenía que quitarme las ganas y ya está. Ha sido... En fin, ha sido cruel de mi parte hacerte esto.

–¿Estás diciendo que soy incapaz de superar los nuestro?

–Digo que me he aprovechado de ti, de que flirteabas conmigo, de tu buena voluntad.

–¿Sugieres que me has seducido sin que me diera cuenta? Porque he sobornado al maître para que me dejara subir contigo a la sala VIP y te aseguro que no lo hice para hablar de los viejos tiempos. Hace años acabamos de forma abrupta, supongo que podemos considerar que este es el cierre. Una resolución.

–Ha sido fenomenal y lamento que no pueda ser más que una sola cosa puntual.

–Lo hemos hecho dos veces.

–Claro. Dos cosas puntuales –dijo ella poniendo los ojos en blanco con humor, profundamente agradecida de que Harvey estuviese dispuesto a verlo también reírse y no le guardara rencor.

–Has dicho que tenías fantasías conmigo... ¿Eso significa que cuando estás con Max piensas en mí? –bromeó.

–Eso significa que cuando estoy con Max pienso en ti o en el trabajo o en la lista de la compra. Max es un buen hombre, no quedan muchos como él. Pero no es...

–¿Yo? ¿No soy yo? –dijo pillándola.

Bella meneó la cabeza, aunque Harvey no se equivocaba.

–No es excitante, eso es lo que iba a decir. No es de esos chicos que, ya sabes, que me rompen las braguitas.

–Puedes pedirle que lo haga.

–No quiero que lo haga, Harvey. Es una relación tranquila y no veo ninguna razón para hacerla más apasionada.

–¿Estás por estar con él?

–No. Él... Está bien para ir a cenar, para tener a alguien con quién salir. Ya está. Es algo tranquilo.

–¿Y eso es lo que quieres?

–Es todo lo que busco en él. Oye, estoy desnuda y estamos teniendo esta conversación conmigo sentada sobre tus piernas, resulta un poco incómodo.

–No te muevas –dijo él, rodeándole la cadera con un brazo–. Este es el lugar perfecto para hablar de esto. Así que eso es todo lo que buscas en Max. ¿Y era eso lo que buscabas en mí?

–Contigo lo quería todo y lo sabes. Tenía veintidós años y era una tonta. Ahora soy mayor y creía que era más sensata, antes de meterme en esta situación contigo.

–Quizás esto sea lo más sensato que has hecho. Así que aquí va la pregunta importante: ¿qué quieres de mi ahora?

–Todo, pero soy lo suficientemente inteligente para saber que no puedo tenerlo. Pude tener esto y ha sido maravilloso, ha sido el tipo de noche que habría querido para el resto de mi vida.

–¿Y por qué no tenemos más noches como esta? ¿Por qué no te mudas a mi apartamento, con vistas a

la bahía y pasas todo tu tiempo libre sobre mis piernas? Yo voto por ello.

–Tú no me quieres, Harvey. Nunca me has querido, yo era demasiado joven para darme cuenta. Confundí un sexo extraordinario con sentimiento y salí quemada. Nos hice daño a los dos, creo, y no volveré a hacerlo.

–Confundir sexo y amor puede dar como resultado sensaciones alucinantes –dijo él.

–La sensación puede ser alucinante, pero la caída es horrible.

Bella se levantó y se puso el vestido negro. Recogió sus braguitas rotas y las tiró a la basura. Solo entonces se dio cuenta de que aún llevaba puestos los zapatos.

–Sí que te quería –dijo Harvey–, antes, cuando estábamos juntos. Nunca he querido a nadie así, por eso necesitaba acercarme despacio. No podía ir en serio tan rápido como tú querías y lo siento. Supongo que era muy inmaduro emocionalmente.

–Tú no eras el más inmaduro en aquella relación, pero te agradezco que lo digas. Ojalá yo me hubiese portado mejor para que hubiésemos podido quedar como amigos.

–¿Amigos que follan en globos aerostáticos y en salas VIP?

–Vale, puede que no sea buena idea. De todas formas agradezco que estés siendo tan... Que te estés tomando esto tan bien. Lo de que no quiera tener una relación contigo. Porque eres mi jefe y por la historia que compartimos.

–Cuando quieras recordar viejos tiempos dímelo –dijo él.

Bella se acercó para alisarle la corbata y lo besó apasionadamente.

–Intentaré controlarme.

–Te acompaño hasta el coche. Pero como sé que no llevas bragas, que sepas que me va a resultar muy difícil comportarme.

–Puedo encontrar mi coche yo sola.

–Prefiero acompañarte, como precaución.

–Muy galante de tu parte –dijo Bella mientras él se subía el pantalón y se abrochaba el cinturón.

–No he usado preservativo –dijo bajito–. ¿Tomas la píldora?

–Es un poco tarde para que me lo preguntes –dijo Bella antes de darse cuenta–. No te preocupes. Soy mayorcita y sensata, ¿recuerdas?

–Cuando estábamos juntos, ¿tomabas algún tipo de precaución? Porque nunca... Nunca usamos condón.

–Conversaciones que llegan muy, muy tarde.

–Me lo habrías dicho si no tomabas nada –dijo Harvey.

Bella no tuvo corazón ni valor para corregirlo.

Caminaron hasta el coche de Bella y ella lo abrió. Él le rodeó la cadera con el brazo y tiró de ella.

–Voy a quererte una y otra vez, ¿hay algún problema? –dijo contra la boca de Bella.

–Podrías poseerme aquí mismo. Nunca he logrado decirte que no, Harvey. Lo he intentado, pero no puedo –Bella soltó el aire.

–Te quiero aquí mismo.

Harvey la apoyo contra la puerta abierta del conductor. El vestido de Bella era tan solo una silueta desdibujada contra el Corvette negro y la oscuridad que los rodeaba. A lo lejos se oía el tráfico y algunas voces, había una farola en la esquina, pero no había nadie cerca.

–Tengo que aprender a decirte que no –dijo ella abandonándose, ya sin respiración, mientras él pasaba una mano por debajo de su rodilla para levantarle la pierna hasta la cadera.

La mano de Harvey levantó el borde del vestido y recorrió la sensible y caliente piel del interior del muslo hasta llegar a la entrepierna. Bella se mordió el carnoso labio inferior y separó las piernas para que pudiera maniobrar.

Los hábiles dedos ya estaban trabajando en ella, acariciándola con suavidad, luego Harvey le plantó

un beso ligero en la oreja.

–No. Todavía no –dijo.

Bella tembló con una mezcla de alivio y frustración. Era estúpido liarse con él. Debería haberse ido a la otra punta del país en cuanto supo que él iba a estar al frente de la empresa en la que ella trabajaba. No debía haber caído en la tentación.

Temblando, le dio las buenas noches y se marchó conduciendo con la tensión en los puños, que se aferraban con fuerza al volante de cuero. Mierda, pensó. ¿Tenía que acostarme con él? ¿Dos veces? Menos mal que esta vez sí estaba tomando la píldora.

Su móvil sonó en el instante en el que entraba en el garaje de casa. Max. Hizo una mueca y contestó.

–¿Cómo te sientes? –preguntó Bella.

–Solo. ¿Hay alguna posibilidad de que quieras venir a verme?

Bella se rió bajito, justo esta noche.

–Lo siento, tengo una reunión mañana temprano.

Le dio las buenas noches y entró en casa para dormir.

Capítulo 14

El acuerdo con Smith Gibbons avanzaba a buen paso y Bella tenía toda la admiración del cuadro ejecutivo por ello. Gracias a sus atenciones, cabía la posibilidad de que se cerrara un contrato de éxito. Bella se marchó temprano para ir al mercadillo del hogar para niños. Los gemelos estaban en casa de un amigo y María los recogería para darles de cenar y bañarlos. Bella llegaría a casa a tiempo para leerles un cuento antes de dormir. Solo se saltaba el ritual de ponerlos en la cama cuando era absolutamente necesario. Los días estaban siendo de lo más ocupados.

Bella se puso unos vaqueros y la camiseta de la fundación, se recogió el pelo en una coleta alta y condujo hasta el parking en el que se estaban montando los puestos del mercadillo. Había un castillo hinchable con tobogán, un par de juegos de carnaval y un puesto para jugar con pistolas de agua. Una iglesia había contribuido poniendo un puesto de venta de tartas y alguien estaba colocando un puesto de limonada.

Eran todo cosas muy sencillas que seguramente recaudarían pocos fondos, pero era lo que podían permitirse con los vendedores que quisieron colaborar. Al parecer todo el mundo quería cobrar por montar atracciones. Nadie estaba dispuesto a hacerlo gratis por una buena causa. Bella se encontró con Robin, la coordinadora, que suspiraba ante el montaje. Estaba poniendo extensiones para enchufes y colocando los vasos de papel para la limonada. Cuando llegó la hora de empezar, resultó obvio que unos cuantos voluntarios no iban a aparecer.

El mago mandó un mensaje de texto para decir que estaba en un atasco, lo cual debía traducirse por “me ha salido un cumpleaños en el que me pagan” y el chico que se había apuntado para llevar el puesto de pistolas de agua no respondía a los mensajes y hacía ya más de una hora que debería haber llegado. Los niños del hogar infantil estaban pegando botes en el castillo hinchable y bebiendo limonada, comían perritos calientes y se divertían. Eso era importante, pero también lo era recaudar dinero y resultaba difícil vender tickets para un espectáculo de magia que no iba a tener lugar y pases para el puesto de pistolas de agua que nadie atendía. Bella habría podido hacerlo, pero no llevaba un sujetador adecuado y no quería convertir una feria de recaudación de fondos para los niños en un evento triple-X de camisetas mojadas. Robin estaba al teléfono, intentando que alguien viniera a echarles una mano. Bella le puso ketchup al perrito caliente de una niña y se giró, entonces vio a Harvey Carlson que se acercaba.

–Creía que te ibas a Irlanda –dijo ella.

–Tenía mejores planes. Me han dicho que hay un puesto de pistolas de agua.

–Ya no. Nuestro voluntario nos ha fallado.

–¿Esto es todo lo que tenéis? –dijo Harvey echando un vistazo con cara de pena.

–Sí, ¿por? –dijo ella a la defensiva. Había hecho todo lo que había podido con un presupuesto reducidísimo que incluía los 250 dólares que salieron de su bolsillo para el castillo hinchable y tobogán.

–Esto es un parking con dos atracciones hinchables.

–Verás, no podíamos permitirnos alquilar el paseo marítimo para los niños, ¿vale? Estamos intentando recaudar fondos y no lo estamos logrando.

–Así no lo vais a lograr. Si necesitas un voluntario para las guerras de agua, cuenta conmigo. También se me da muy bien hacer animales con globos en caso de emergencia.

–¿Por qué?

–Estuve en una fraternidad y es mejor que no te cuente cómo aprendí ni lo que usábamos en vez de

globos, pero confía en mí.

Harvey le guiñó un ojo y Bella sonrió a pesar de que habría deseado no hacerlo. Era tan encantador y se estaba ofreciendo a ayudar.

Tras susurrarle a Robin que una de las crisis estaba solucionada, se giró y vio a Harvey quitándole la mostaza al perrito caliente de un niño con un gesto muy serio. Hizo reír al niño y luego le revolvió el pelo. A Bella se le encogió el corazón, se lo imaginó con Caden, con Corinne. Vio en él una calidez y una naturalidad en su trato con los niños que ni siquiera había sospechado.

Harvey bromeó con un par de familias y los invitó a comprar tickets para probar su suerte. Luego cogió un micrófono portátil y anunció un sorteo con un premio de mil dólares en efectivo. Sacó diez billetes de cien de su cartera y se los dio a Robin, indicándole que se pusiera a vender tickets, a diez dólares cada uno. La gente formó una cola, sacando sus billetes de veinte para ver si tenían suerte y ganaban mil.

Harvey se puso en el puesto de tiro al agua y Bella observó cómo varios adolescentes le tiraban pelotas intentando hacerlo caer a la piscina. Él se reía y les hablaba poniéndose a su nivel, con lo que en seguida se juntó bastante gente a su alrededor. La cola para los tickets del sorteo crecía y pronto Robin estaba sonriente por lo mucho que estaban vendiendo. Había gente que llamaba a sus amigos por el móvil para avisarles de que vinieran a aprovechar la oportunidad de ganar dinero en efectivo. En aquel barrio no se veía esa cantidad de dinero junta salvo si la llevaba algún traficante de droga en una mano y en la otra una pistola. Así que la gente estaba muy animada.

Bella se alegró de ver la cantidad de gente reunida en la cola de los tickets para el sorteo y en el puesto de tiro al agua. Harvey estaba empapado, su perfecto pelo rubio arena le chorreaba en los ojos mientras él reía con buen humor. Era tan buen chico, pensó. Cuando algún niño pequeño fallaba los tres tiros que tenía, Harvey sacaba su cartera empapada y le daba un billete de diez dólares.

–Prueba otra vez –decía–. Puedes lograrlo.

A Bella se le encogió el corazón una vez más. Habría sido tan buen padre si las cosas hubiesen sido de otra manera.

Un par de horas más tarde, Robin la llevó a un rincón.

–Tenemos más de tres mil dólares, Bella. Nunca hemos recaudado tanto. No dejes escapar a tu chico.

–No es mi chico, es mi jefe –dijo ella con voz alegre.

–Sí, claro, a otro con ese cuento. Tengo ojos, chica.

–De verdad, no es como piensas.

–Claro que es como pienso –Robin le dijo bromeando y dándole una palmada en el hombro–. Los niños se han divertido un montón y tenemos dinero suficiente para la excursión al zoo y para llevarlos a un restaurante de verdad el próximo mes. Vendrás con nosotros, ¿no?

–Iría, pero tengo que trabajar –dijo.

–Iremos un sábado.

–Gracias, pero estoy muy liada los fines de semana –dijo disculpándose.

En realidad le habría encantado llevar a los gemelos, pero no podía permitir que alguien que conociera a Harvey la viera y se diera cuenta de que los niños tenían edad para ser suyos. Además, es que eran idénticos a él. Bella suspiró lamentándolo.

Al caer el sol, la gente empezó a marcharse. Bella se despidió de Robin y fue a darle las gracias a Harvey. Se estaba secando con una toalla después de estar en el puesto y aceptó la limonada que ella le ofreció.

–Gracias por lo que has hecho, ha sido genial. Has ayudado mucho a los niños, les has levantado el día.

–Yo también lo he disfrutado mucho. Te acompaño al coche. Este no es un barrio muy bueno, por si

no te has dado cuenta.

–Me he dado cuenta. Me sorprende que no hayas aparecido con un ejército de guardaespaldas.

–No había muchas probabilidades de que la gente me reconociera por aquí.

–Hasta que empezaste a abanicarte con billetes. No se puede decir que haya sido lo más inteligente.

–Quise correr el riesgo. En mi experiencia, si eres generoso y divertido es poco probable que la gente intente robarte porque quedaría fatal con los demás. La mejor defensa es caerle bien a la gente.

–Intentaré recordarlo y no ser una idiota en los barrios malos.

–Me alegro de que aceptes mi consejo.

–¿De verdad has venido en el Maserati?

–No, en taxi.

–¿Quieres que te lleve a casa? Es lo mínimo que puedo hacer después de que hayas salvado la feria tú solo.

–¿No te importa que moje los asientos de cuero?

–El coche no es mío, es un préstamo de mi jefe y estoy segura de que se puede permitir mandar limpiar los asientos –replicó ella.

Harvey se quitó la camiseta mojada y la exprimió sobre el suelo mientras ella admiraba su cuerpo. Tenía el pecho de uno de esos anuncios de gimnasio y un tatuaje en la espalda que Bella no recordaba. Era interesante, por decir poco. A Bella le gustaba la idea de descubrir cómo había cambiado. Luego recordó que ella también había cambiado y ello implicaba haber parido a sus hijos en secreto, lo cual debía seguir siendo un secreto, por muy atractivo que encontrara a Harvey. No había lugar para la discusión, él era atractivo, pero nada más.

Harvey era el tipo de chico adecuado para el Batimóvil si Bruce Wayne hubiese sido un ligón californiano sin camiseta en vez de un tipo serio de Gotham. Después de lo de esta tarde Bella podía empezar a creer que Harvey también era un héroe, desde luego lo había sido para los niños.

Abrió el coche y entró. Mientras Harvey colocaba la toalla en el asiento del pasajero para protegerlo, ella no dejó de mirarlo, ¡qué considerado! En cuanto se sentó, Bella se acercó a él para besarlo.

–¿Y eso? –preguntó él.

–Por lo maravilloso que has sido hoy.

–Suenas a canción de Eric Clapton.

–Sabes a qué me refiero. Te agradezco que te hayas ofrecido voluntario y que hayas renunciado a Irlanda por estar en un puesto de tiro al agua en un parking.

–Admito que cuando lo decidí esperaba encontrar un mercadillo más complejo, pero me alegro de haberme quedado. Quería verte. Probar mi suerte.

–¿Crees que tienes buena suerte?

–Sé que la tengo –dijo él poniéndole la mano en la nuca para besarla–, especialmente si estos asientos se reclinan.

–Se reclinan.

–Ven aquí –le dijo él, tirando de ella para sentarla en sus piernas.

Bella buscó debajo del asiento la palanca para reclinarlo. Se tumbó sobre él y lo besó. Los vaqueros mojados de Harvey se sentían fríos a través de los vaqueros secos de ella y en la piel de la tripa cuando él le quitó la camiseta. Los pechos quedaron libres sobre la cara de Harvey y él aprovechó para atrapar uno entre los labios y chuparlo, pasando del derecho al izquierdo, manteniéndola con una sensibilidad que hacía desear frenéticamente su boca.

No tardaron en enrollarse, haciendo que los cristales del coche se empañaran como si fueran dos adolescentes en una cita caliente a altas horas de la noche.

Bella tenía que mover la pierna porque estaban en un espacio muy reducido. Al echarse hacia atrás

desabrochó el cinturón de Harvey y le bajó la cremallera. Él ya había metido la mano por detrás de los vaqueros de ella y Bella se levantó lo necesario para poder desabrocharse, luego se preguntó cómo iba a hacer para bajárselos si no tenía apenas sitio para moverse ni para poner las piernas. Apoyando el trasero en el tablero del coche, se revolvió y tiró y luego le dio por reírse al pegarle a Harvey sin querer en el estómago. Bella jadeaba al intentar bajarse los vaqueros en el reducido espacio del frente y murmurando palabrotas.

–Al asiento de atrás –dijo con desesperación y saltó hacia él.

Se sintió aliviada al poder estirarse, era un lujo comparado con el frente. Así se quitó al fin los vaqueros y emitió un sonido de triunfo a la vez que le daba la bienvenida a Harvey. Este se echó a reír y reclamó su premio desnudo, se tumbó en el asiento de cuero del Corvette.

–¿Estás segura de que así lo hace Bruce Wayne? –bromeó.

–Supongo que en la Baticueva tiene más espacio.

–Bueno, nosotros tendremos que apañarnos con esto. Salvo que quieras llevarme a tu casa y mostrarme dónde vives.

–No –Bella meneó la cabeza, conservaba la sensatez a pesar del deseo–. Esto es mejor porque así no tengo que esperar.

Harvey se dio por satisfecho con aquella respuesta y se puso manos a la obra besándole el cuello como siempre le había gustado a ella. Posó la boca en la clavícula de Bella mientras ella lo rodeaba con las piernas, notando la aspereza de los vaqueros sobre sus muslos sensibles. Así, lograron una limitada aunque satisfactoria posición del misionero en la parte trasera del coche de la empresa.

Harvey hizo que Bella entrelazara las piernas detrás de su espalda. Las embestidas eran cortas porque con la primera, que fue profunda y potente, se dio en la cabeza contra el techo del coche. Cada vez que se daban con algo se reían; con cada codo atascado, cada pie o cada mano que chocaba contra el coche. De hecho, cuando Bella llegó al orgasmo, estiró una pierna y su pie descalzo se encontró con la fría ventanilla.

Harvey le dio un beso en el hombro al acabar.

–¿Sabes? Al taxi que me trajo no tuve que pagarle en carne, tu tienes precios mucho más elevados.

–Bueno, la próxima vez tendrás que acordarte de traer chófer. Si no, te tocará pagar así el transporte –bromeó–. Au, te estás apoyando en mi pierna.

–Lo siento. No hay mucho espacio. Si hubiera sabido que íbamos a usar el coche de empresa para esto te habría comprado un Escalade o algo donde tuviéramos más espacio para movernos.

–¿Te parece que no ha estado bien?

–No, tan solo digo que quizás tenga un calambre más tarde por la postura en la que hemos estado.

–Ay, ¿el pobre viejecito va a tener un calambre? –dijo Bella.

–No, el joven y viril hombre cuya enorme masculinidad no cabe en el asiento trasero de un Corvette.

–Resulta extraño que un coche que es famoso por ser el que usan los viejos para ligarse y tirarse a chicas jóvenes no tenga más espacio en el asiento trasero.

–Supongo que es porque dichos viejos suelen ir a un motel. Tienen que esperar unos cuarenta minutos a que el Viagra les haga efecto. Podrían partirse la cadera intentándolo en el coche. Si yo no estuviera tan fuerte y no fuera tan ágil...

–Sí, sí, aquí el tío cañón –bromeó ella.

–A ver si encuentras otro hombre que pueda hacer mejor lo que yo acabo de hacer. A ver si te lleva al orgasmo en este hueco ridículamente reducido.

–Vale, tú ganas.

–¿Max ha hecho algo similar alguna vez?

–No.

–¿Qué pasa?

–No me gusta hablar de él. No estoy siendo justa con él y eso me hace sentir muy incómoda.

–Entonces déjalo marchar. Tú y yo no podemos mantener las distancias, así que no hay ningún motivo para que arrastres al chico con una cuerda. No puede competir con mis fabulosos encantos.

–No es ninguna broma.

–Yo bromeaba solo en parte. Deja libre al pobre hombre. Si lo quisieras no estarías desnuda en un coche conmigo.

–Lo sé.

–¿Y entonces por qué estás con él?

–Porque no quiero estar sola, ¿de acuerdo? He estado sola y es horrible. Prefiero estar con alguien que me gusta un poco que estar totalmente sola.

–¿Y estar conmigo? Ya me has dicho que has encontrado una casa que te gusta, pero sabes que podrías venirte a vivir conmigo. Ya vivimos juntos una vez y nos fue bien.

–¿De verdad quieres que me vaya a vivir contigo? –preguntó ella con escepticismo.

–Sí. Las camas son mucho más cómodas que este rollo adolescente. Podríamos dejarnos caer en sábanas de seda y dejar que la naturaleza siga su curso.

–O yo podría conservar mi piso y tú podrías tener el tuyo. Nos veríamos en el trabajo y seríamos profesionales. Esto ha sido un extra. Fuiste tan generoso en la recaudación que se me fue la cabeza...

–No solo la cabeza.

–Me excité, ¿vale? Lo importante es que esto no va a volver a pasar.

–De acuerdo. Entonces verme en acción y al mando en una reunión del Consejo no te va a poner húmeda.

Bella puso los ojos en blanco.

–Ya he visto tus Powerpoints y no me excitan.

–Tienes fantasías con todas esas tablas y gráficos y lo sabes. Te pone la forma en la que señalo los datos.

–¿Esto se consideraba charla de alcoba en Wharton?

–Había muy poca charla de alcoba en Wharton. Tenía mucho que estudiar.

–Voy a llevarte a casa en cuanto encuentre mi camiseta.

–Está en el suelo, de lado del conductor, creo –dijo Harvey con picardía.

–Gracias.

Bella saltó con incomodidad al asiento delantero, se alegraba de que la falta de luz ocultara su estrías. O él no las había visto o había sido lo suficientemente considerado para no mencionarlas, pero ella tenía estrías en la cadera y el abdomen, así como una cicatriz de la cesárea. Seguramente él pensaba que era de una apendicitis, ya que los ligones como Harvey no suelen salir con mujeres que tengan hijos. Bella se puso la camiseta y arrancó. Harvey le dio indicaciones para llegar hasta el exclusivo complejo cerrado con una reja, donde ella lo dejó, despidiéndose de él con la mano.

Durante todo el camino de vuelta a casa se reprendió. Liarse con el jefe, ¿con el padre de sus hijos? No entendía por qué volvía una y otra vez con él cuando todos sus impulsos racionales le decían que se alejara tanto como pudiera.

Capítulo 15

Era obvio que no se les iba a pasar.

Había señales de peligro. El nuevo estatus de follamiga que tenía con Harvey era como una enorme señal de neón intermitente. Él insistía en decir que eran amigos con derecho a roce y ella le repetía que nunca habían sido amigos. Flirteaban, se acostaban y nada más. No tenían más que un círculo constante de seducción y satisfacción. Bella insistía en que si necesitaban sacudirse la atracción que sentían mantendrían al margen sus vidas privadas. Trabajaban juntos, podían acostarse de vez en cuando, pero no se harían preguntas personales. Podían salir con otras personas, de hecho eso era lo más recomendable para que ninguno de los dos pensara que lo que tenían era una relación de verdad.

Luego Robin, del hogar infantil, llamó.

–Hola, Bella ¿sabes lo que ha hecho tu príncipe azul no-tengo-nada-con-él? Acaba de mandar un camión lleno de cosas. Tenemos ceras para colorear, rotuladores, cuadernos, cajitas de zumo, sábanas y toallas nuevas. Es como si hubiera llegado la navidad. ¿Vas a decirme que no has tenido nada que ver?

–Créeme, ojalá tuviera algo que ver. Me encantaría colgarme la medalla por haber hecho que se gaste la pasta en algo que vale más la pena que su buga italiano...

–¿Pero?

–Pero nada. De verdad, es mejor que no sepas nada. Me alegro de que os haya mandado cosas que podáis usar. Estoy segura de que Harvey podrá deducirlo de su declaración y que además beneficia a los niños. Me paso por ahí la próxima semana para escribir notas de agradecimiento.

–Detergente. Detergente y suavizante para las toallas y las sábanas. ¿Qué hombre piensa en eso?

–Él no. Seguramente su secretaria Greta es la responsable. Voy a llamarla. ¿Me mandas una foto? Me gustaría mandársela a Greta.

–Claro que sí, cariño –dijo Robin y colgó.

Segundos después, Bella estaba mirando una foto de Ben, un niño afroamericano de seis años al que le faltaban los dientes de enfrente, estaba tumbado sobre una pila de toallas azules nuevas, sonriendo de oreja a oreja. Bella corrió al despacho de Greta para enseñarle la foto del niño disfrutando las donaciones que el orfanato acababa de recibir.

Greta estaba al teléfono, pero sonrió cuando Bella le mostró la foto. Greta asintió y le indicó a Bella con la mano que entrara al despacho de Harvey. Lo encontró en el rincón más alejado con un palo de golf de titanio en la mano, practicando sobre el pequeño green.

–¿Hay algún tipo de obligación contractual por la cual haya que poner un mini green para presumir de lo grande que es un despacho? Porque si no es así, podrías mejor poner una piscina olímpica, podrías presumir más –dijo Bella.

–Buenos días, Bella. ¿Cómo estás?

–Sorprendida y feliz. Robin, del hogar para niños, acaba de llamarme para contarme que acaba de recibir una enorme donación.

–¡Qué afortunada! Dile que revise los albaranes para asegurarse de que le hayan entregado todo. Y que los guarde, porque aunque se trate de una ONG podrían hacerles una auditoría.

–Le pasaré la información. Oye, estoy aquí porque...

–¿Porque trabajas aquí? ¿Porque me encuentras irresistible? ¿Por las dos cosas?

–Porque sé que has mandado los rotuladores y las barritas de cereales y ordenadores y todo lo

demás por mí.

–¿No puedo haber hecho la donación simplemente porque soy un buen ser humano y he visto que lo necesitaban?

–No quería ser egocéntrica. Supongo que ha sonado muy vanidoso de mi parte. Sé que no soy el motivo de la donación. Ha sido tu generosidad. Venía a darte las gracias por haberle mandado todo eso a Robin, pero pensaba que había algún motivo personal.

–Estaba de broma. Lo hice para que me prestes atención, Bella. Sí, fui generoso y también vi que lo necesitaban pero lo hice porque quiero gustarte, siempre has sido una mujer difícil de impresionar. Me diste una patada en las pelotas con lo del Corvette. Pensé que con esto había menos posibilidades de que te indignaras.

–¿Por qué me iba a indignar que les dones material de papelería a unos niños que lo necesitan?

–No lo sé. ¿Por qué te iba a ofender que te diera un coche?

–¡Porque puedo comprarme mi propio coche! Soy una ejecutiva de marketing, ya no soy la chica de la limpieza. Además, en aquella época no podía ni pagar el seguro del puto coche rojo que me compraste cuando... Joder. Harvey, no quiero discutir contigo. Gracias por la donación –Bella levantó los brazos al aire por la frustración.

–No tengo ni idea de por qué te sientes tan amenazada cada vez que hago algo por ti. Es como si no pudieras aceptar nada bonito.

–No es verdad. He aceptado los libros de pegatinas y los snacks de fruta.

–No son para TI. Son para niños necesitados. Como no se trata de aceptar que hayan dado algo, puedes decir gracias. Pero si fuera para ti ya estarías a la defensiva. Me pregunto por qué.

–Supongo que es un rasgo negativo de carácter. No tuve mucho de pequeña y no aceptábamos caridad. Tengo un punto de independencia, siempre lo he tenido.

–Ya me he dado cuenta. La mayoría de la gente que conozco, hombres y mujeres, habrían estado encantados si les regalaban un coche, pero tú te pusiste furiosa.

–Sentí que te debía algo. Como si estuviera obligada a ser... A aceptar tus coqueteos o algo porque me habías regalado un coche.

–No me debes nada. No era esa la intención. Te lo di porque quería.

–Estoy segura de ello. Tus motivaciones no tenían mucho que ver con cómo reaccioné. Sé que es una tontería que no pueda decir “gracias” sin más y seguir adelante. Pero soy así.

–Lo sé. Y resulta que me gusta cómo eres. Me gusta que saltes –explicó Harvey y, al decirlo, las palabras cobraron un tinte apasionado.

–Bueno, vamos a dejarlo. Como has sido tan generoso con los niños creo que te debo una cena.

–¿Vamos a comer perritos calientes con chile en el Batimóvil?

–No puedes comer foie gras en todas las comidas. Deberías ampliar tus miras.

–Vale, esta noche tú puedes ampliar mis miras.

–¿A las siete?

–Sí. ¿Quieres que quedemos en algún sitio o voy a poder entrar a tu guarida porque al fin me vas a decir dónde vives?

–Lo siento, la Baticueva es un secreto muy bien guardado.

–Ya veo. Voy a tener que convencerte para que sueltes algunos de tus secretos.

–Soy muy discreta. Ni un hombre con tus particulares habilidades podría echar abajo mi férrea voluntad.

–¿Ah, sí? Puede que no conozcas todas mis habilidades –dijo él con un tono sugerente.

–Veo que te lo tomas como un reto.

–Tu férrea voluntad podría venirse abajo con un tormento dulce. Pero de momento voy a respetar tu deseo de ocultarme algunas cosas. Hasta que te des cuenta de que no estoy jugando.

–¿Ah, no? ¿No estamos hablando de una simple aventura con un riesgo más elevado a nivel profesional del que me gustaría asumir?

–Es mucho más que eso y te lo voy a demostrar.

–Solo será una cena de agradecimiento.

–Ya veremos –dijo él.

Un río de sensaciones inundó el cuerpo de Bella. La voz de él bastaba para excitarla, su sonrisa de medio lado, la forma en la que estaba de pie, cómo la miraba. Como si pudiera arrancarle la ropa y lamerla por todas partes. Bella se quedó parada junto a la puerta como una tonta.

–Tengo quince minutos –susurró Harvey–. Cierra con llave.

Bella obedeció como si no pudiera negarle nada. Caminó hasta la puerta y echó la llave. Harvey le dijo a Greta que no le pasara llamadas. Luego, en aquella altura, mirando hacia el tráfico de la calle y a los otros edificios que había por debajo, Bella apoyó las manos en el gran ventanal, mareándose tanto por la altura como por la cercanía de Harvey.

Él llegó por detrás, le puso la mano en la tripa. Sus dedos le bajaron las bragas. Bella jadeaba, ya estaba húmeda, ya lo deseaba. Harvey le besó la nuca, junto al nacimiento del pelo, mientras con la otra mano le desabrochaba la chaqueta para acariciarle los pechos. ¡Oh, cuánto lo deseaba! Bella sentía deseo en todos sus nervios. Cada respiración, caliente, pesada, le llenaba los pulmones de deseo.

Mientras él la acariciaba y ella se sentía más y más caliente, Bella se bajó las bragas y se quitó apresuradamente la chaqueta. Se giró y casi rompió los pantalones de Harvey al abrírselos para llegar a él. Harvey la levantó y posó su trasero desnudo sobre el escritorio, luego dejó caer las bragas al suelo. La besó en los labios, la lengua de Harvey en su boca la hacía gemir. Los dedos de Bella bajaron hasta su propio sexo para incrementar su excitación. Él le retiró la mano.

–Eres una niña muy mala –la reprimió con firmeza–. Eso es cosa mía.

Harvey colocó sus grandes manos sobre la cintura de ella para sujetarla y le metió su larga polla de un solo tirón. Ella gritó, se apoyó en el escritorio con los codos. El pelo se le soltó cuando echó la cabeza hacia atrás. Bella se contraía y gemía mientras él bombeaba con un ritmo furioso. Los papeles volaban de la mesa y caían al suelo en la batalla de sus movimientos.

Sin respiración, Bella se tumbó en el escritorio y Harvey le levantó las piernas para que las rodillas se apoyaran sobre sus hombros. Así entró más a fondo, empujando adentro y afuera hasta que ella se corrió, con las manos sobre sus propios pezones llenos de deseo, acariciándoselos mientras él la embestía. El grito entrecortado de Bella, la forma en la que retorció la cadera mientras las olas de placer se desataban en su interior hicieron que él también acabara.

Cuando él se apartó, ella se quedó tumbada y agotada un momento sobre el escritorio. No podía creer lo que acababa de hacer. En plena luz del día. En el despacho de él. El despacho de su jefe. Con su jefe. Los pliegues de Bella se encogían y latían por el reciente orgasmo, su piel aún conservaba la humedad de él.

Avergonzada, se esforzó por ponerse de pie, pero él se lo impidió. Con mucha delicadeza, le pasó un dedo por la entrepierna, deslizándolo sobre su sexo hinchado y acariciando después con el pulgar su clítoris. Harvey se acercó para besarla en la boca.

–Eres mía, ¿lo sabes?

Ella asintió.

–Te tomaré cuando quiera y donde quiera –añadió y ella volvió a asentir, sintiéndose rendida, afortunada y satisfecha.

Harvey la ayudó a levantarse. Bella se puso la chaqueta y buscó sus braguitas. No se dio cuenta de que Harvey acababa de sentarse en su silla. Pero luego él le levantó una pierna y se la pasó sobre el hombro para abrirla y poder probarla. Bella emitió un grito agudo cuando él le puso la boca sobre el sexo.

La besó allí, tal como la habría besado en la boca, apartándole los labios, metiéndole la lengua y moviéndola despacio primero. Luego la buscó con los dedos hasta encontrar su clítoris endurecido. Bella se contrajo con un pequeño salto contra la boca de Harvey, jadeaba, incapaz de respirar debido al ataque de su lengua hambrienta.

Bella se sujetó a la orilla de la mesa, temía caerse porque estaba mareada de placer. Él le sujetó los muslos para que no se moviera, para que no pudiera escapar. No es que Bella hubiese deseado hacerlo; quería quedarse así para siempre, con la cara de Harvey entre las piernas, su boca ardiente volviéndola loca. Cuando él empezó a meterle los dedos, ella dijo:

–¡No! –Se apartó–. Te quiero a ti –pidió.

Harvey respondió bajándose la cremallera del pantalón y mostrándole la dura erección que tenía para ella. Bella pasó a la silla de piel apoyando las rodillas a ambos lados de Harvey. Bajó sobre su palo duro, dejando que la penetrara. Gritaba ante cada empuje porque la sensación era maravillosa. No entendía cómo Harvey podía estar listo otra vez tan rápido, cómo un hombre se podía recuperar tan deprisa, pero en el fondo se sentía encantada de ser capaz de excitarlo tanto. Bella lo montó tanto que los dos estaban empapados de sudor, besándose con desesperación.

Greta llamó para decirle que su cita estaba esperándolo.

–Cinco minutos –gimió él ante el altavoz del teléfono, mientras Bella se movía bombeando sobre él y contenía la risa con las manos apoyadas sobre su musculoso pecho.

Él le pasó el brazo por el trasero para moverla arriba y abajo a placer hasta que ambos terminaron. Temblando, sin respiración y pegajosos, seguían abrazándose en la silla, la boca de él pegada al cuello de ella, insaciable. Las manos de Harvey recorrían las nalgas desnudas de Bella, sus piernas, su boca se pegó a uno de sus pezones. Bella meneó la cabeza.

–Tienes una reunión –susurró, intentando no reírse por lo traviosos que eran.

–Prefiero esto.

Durante todo el día, mientras Bella hablaba por teléfono, iba a reuniones y hacía su trabajo, no pudo pensar más que en Harvey y en la cita que tenían por la noche. Especialmente después del sucio encuentro que habían tenido sobre la mesa de él. Quería que la aventura terminara. A pesar del obvio placer físico, era demasiado arriesgado. Estaba segura que después de habérselo follado dos veces aquella mañana conseguiría superar la cena sin que hubiera ningún tipo de acercamiento sexual. Se regañó: era adulta, no una adolescente salida. Estaba decidida a hacer que la cena fuera solo de agradecimiento. Ni siquiera pensaba cambiarse de ropa. Llevaría el mismo conjunto de chaqueta roja y el pelo recogido.

Intentó no pensar en lo que Harvey le había hecho vestida así, en la huella que había dejado en sus bragas y en su piel. Cerraba los ojos y aún sentía la boca de él, caliente sobre su cuello.

No había nada que le diera un significado personal a la cena. Nada intencionadamente sexy, nada social. Se puso un poco más de delineador y se miró nueve veces al espejo, pero no era por Harvey.

Le mandó un mensaje con información sobre el restaurante y diciéndole que se veían allí. Él le respondió que como ella lo invitaba a cenar para agradecerle su generosa donación, él debía poder escoger el sitio. Bella estuvo de acuerdo.

Harvey le mandó una dirección por mensaje y ella la puso en el GPS. Pronto su Corvette se encontró en un bonito edificio alto, pero no había restaurantes a la vista. Le mandó un mensaje.

“Aquí no hay restaurantes”

“Coge el ascensor. Pulsa la P y luego 71469 en el teclado de códigos”

Bella siguió las instrucciones y la puerta del ascensor se abrió en un enorme y sofisticado salón.

Al principio, Bella pensó que se trataba de un local, pero pronto se dio cuenta de que era un piso. Veía la cocina en un extremo del amplio espacio. Su vista se fue hacia la pared de cristal que ofrecía vistas de la ciudad; las luces de las calles parpadeando y pequeños puntitos de luz que no eran otra cosa

que el tráfico en movimiento.

Las vistas eran espectaculares y el resto de la habitación claramente había sido diseñada por alguien que sabía cómo sacarle todo el glamour a un gran espacio. Un sofá largo y bajo de mediados de siglo había sido colocado para poder disfrutar las vistas. Había una chimenea amplia de ladrillos blancos que caldeaba el ambiente con sus llamas y el crujido de la madera. Casi todo en aquella habitación de iluminación tenue era blanco, incluso la suave alfombra. Bella pensó que debería haberse quitado los zapatos para no manchar los suelos blancos.

Se giró al oír unos pasos y vio a Harvey salir de la cocina con una botella de vino y dos copas. Las puso en una mesa lateral y sirvió.

–Por mí y mi enorme generosidad –dijo–. Por ti y por tu primera visita a mi hogar.

–¿Ya no tienes la casa de Arizona? –preguntó ella con cierta tristeza.

–Aún la conservo, pero ya no voy tanto como me gustaría. Ahora esta es mi base.

–Es preciosa –dijo Bella, pero su mente voló a los días soleados de Arizona, a los besos apasionados en la piscina a la luz de la luna. Sabía que todo aquello era parte del pasado, pero a veces lo sentía tan inmediato como si hubiese sido ayer o tal vez una semana atrás.

Bella le dio un trago al vino y asintió para aprobarlo.

–Veo que tus gustos han mejorado –dijo Harvey–. Antes te gustaba el vino de tetrabrick, el de la cajita rosa.

–Era el único que conocía, Harvey. Todos cambiamos cuando crecemos. Ya lo sabes.

–Yo no, yo soy el mismo –dijo entre risas.

–Y eso es exactamente lo que me da miedo. Ahora, ¿adónde te voy a llevar para celebrar tu donación al hogar infantil?

–He pensado que podemos pedir comida por teléfono y podrías quedarte un rato. Quería ver si te gustaba mi piso.

–A cualquiera le gustaría. Es fabuloso –dijo Bella mientras sus ojos no miraban las vistas sino la instalación eléctrica al descubierto, la escultura claramente cara que había junto a una columna; todo lo que había en este ático era inadecuado para los niños. Aunque Harvey no sabía nada de los hijos de Bella, de los de los dos. Bella bebió un poco más.

–Aún pienso en aquella excursión en Jeep que me regalaste –dijo Harvey–. ¿La recuerdas?

–Sí, ¡fue genial!

–Me cambió la vida. Bajé el ritmo. Siempre he pensado en lo que dijiste aquel día sobre tomarme el tiempo para disfrutar. Desde entonces he disfrutado de la vida, me he ido de vacaciones para desconectar por completo del trabajo.

–¡Eso es maravilloso!

–Me dejaste muy marcado.

–Así que fui una de las afortunadas a las que no has olvidado.

–Eres la única mujer que sobresale. Y ya me he cansado de que no me des la oportunidad de pasar más tiempo contigo. Unas cuantas horas no son suficientes. ¿Te quedas a dormir?

–La, la oferta es muy amable, pero quería que esto fuera una cena entre compañeros de trabajo, no quedarme a dormir. Tengo que volver a casa... Por mi vecina. Se rompió la cadera y me paso a verla todas las noches para asegurarme de que se tome la medicina –mintió.

–Claro. ¿Desde cuando tenemos que poner pretextos tipo “tengo que lavarme el pelo”? Si no te interesa dímelo.

–Es... No es que no me interese. Por supuesto que me interesa. Eres tú. Somos nosotros otra vez. No puedo permitirme otra ruptura contigo, Harvey. La primera ya fue un infierno. Y tengo que pensar en mi carrera. No quiero poner en peligro el éxito por el que tanto he trabajado solo por follarme a mi jefe y luego tener una horrible ruptura.

–Ya estás acostándote con tu jefe, Bella. Pero no tendrás una horrible ruptura. No habrá ruptura. Te quiero, Bella. Por eso te he traído aquí. Quería ver el aspecto que tenía mi casa contigo y puedo decirte que se ve mejor. Creo que deberíamos hablar en serio.

–Tengo que hacer una llamada rápida –dijo Bella.

Se marchó a la otra habitación y le preguntó a su hermana si podía quedarse con los gemelos. Ella le dijo que sí y Bella volvió.

–Por favor dime que no estás casada –dijo Harvey.

–No lo estoy. Todas estas cosas que me dices... ¿De verdad eres Harvey Carlson? ¿No hay un doble en tu lugar? El Harvey Carlson que conocí en Arizona habría preferido llevarse un disparo en la cara que hablar de sentimientos.

–Puede que yo también haya madurado.

–Acabas de decirme que eres el mismo.

–Bromeaba. Nadie permanece igual. La experiencia nos hace cambiar, esperemos que para bien. Quiero ser mejor, quiero que esta vez lo nuestro funcione. Cuando te vi desde el escenario supe que era mi única oportunidad para arreglar las cosas contigo. Por favor, déjame hacerlo.

Antes de que Bella pudiera decir una palabra él le quitó la copa y la estrechó entre sus brazos. Se besaron con pasión, con desesperación, las horquillas del pelo de Bella cayeron y su chaqueta se abrió para mostrar su sujetador de encaje negro. La boca de Harvey se posó, caliente, sobre su cuello. Ella se deshacía en deseo, olvidando la cena, olvidando sus propósitos de profesionalidad platónica, todo quedó en nada por el deseo.

Harvey la tomó de las manos para ponerla de pie y llevarla al dormitorio. La habitación era de color morado oscuro, con una gran cama que probablemente era antigua. Todo esa suntuoso y ciertamente disoluto, como si se tratara de una guarida maravillosa para hacer travesuras. Bella se dejó caer sobre la colcha de terciopelo morado, con su pelo dorado alrededor de ella.

–Te quiero –dijo Harvey.

Capítulo 16

Harvey Carlson al fin la tenía en su cama. Su pelo claro brillaba sobre las oscuras sábanas y almohadas. Él había escogido aquella cama con su decoradora, una pieza antigua con preciosos tallados, porque era más sensual que las camas modernas que le habían enseñado. Aquella cama tenía un diseño único, era como la que Enrique VIII habría elegido como lugar ideal para desflorar vírgenes.

Así que la idea de que Bella estuviera allí se le pasó por la cabeza una docena de veces. Ahora que ella estaba allí, Harvey prácticamente no se atrevía a moverse por la belleza tan perfecta que había en su cama. No se había permitido pensar en lo mucho que deseaba llegar a este momento, traerla a casa, estar con ella como debe ser y no contra una pared, en el sofá de algún local nocturno o en el asiento trasero del Corvette. Habían pasado años desde que había estado con Bella James en la cama y ahora no sabía cómo iba a poder dejarla marchar.

Harvey se obligó a ir despacio, a seducirla como ella se merecía, sin prisas por acostarse con ella de manera urgente. Esta era una oportunidad para que los dos fueran despacio, para hacer el amor, para que se disfrutaran el uno al otro, no para perseguir con prisas el final. Harvey le quitó la chaqueta, dejándola con su sujetador negro de encaje que tan bien enmarcaba sus atributos. No se permitió rozar siquiera con un dedo aquellas curvas porque sabía que eran el camino directo a la locura. Si quería ir despacio y saborearla no podía empezar por los pechos de Bella o acabaría deprisa, en un frenesí desbocado. Era una cuestión de resistencia y seducción, de llevarla al éxtasis con un tormento delicioso.

Harvey le pidió que se pusiera bocabajo, aunque le doliera que aquellos pechos quedaran ocultos. Sacó del cajón el aceite lubricante con sabor a vainilla y se echó un poco en la espalda. Bella emitió un ruido de placer cuando él le pasó las manos, subiendo y bajando por la espalda. Le desabrochó el sujetador para subir hacia los hombros y masajearlos, luego sus manos bajaron. Notó cómo la tensión desaparecía en Bella a medida que él le masajeaba la espalda.

–Mmm, huele a vainilla –dijo ella con un suspiro lleno de relajación y felicidad.

Harvey abandonó un momento la cama para encender unas velas. Las negras en vasos de cristal que tenían aquel profundo olor a sándalo con un ligerísimo toque de vainilla de Madagascar. Era un aroma vainilla, un olor sensual. La luz además añadía sombras misteriosas y creaba un ambiente agradable. Harvey meneó ligeramente la cabeza; allí estaba él, encendiendo velas para una mujer, intentando que la noche fuera mágica e inolvidable. Admitió ante sí mismo que quería encandilarla, que estaba tendiendo una trampa erótica elaborada para atrapar a Bella James.

Se arrodilló junto a ella, acariciándole la espalda con sus manos fuertes. Cuando Bella estaba totalmente relajada, casi fundida con aquella suntuosa cama, él le pasó la punta de la lengua sobre la línea de la columna vertebral, saboreando el aceite de vainilla que se mezclaba con el sabor salado de su piel caliente. Con satisfacción, sintió el estremecimiento con el que respondió Bella. La boca de Harvey bajó sobre la espalda hasta que los labios llegaron a la suave piel del interior de los muslos, luego siguieron bajando para lamer las corvas.

La estaba haciendo esperar porque sabía que Bella presuponía que él la iba a llevar directamente al orgasmo. Pero aquella noche el plan que tenía en mente era más elaborado. Quería llevarla hasta el borde del placer una y otra vez, parando siempre en el último segundo para volver a excitarla después e intensificar así las sensaciones. Estaba decidido a ser el mejor amante que ella hubiese conocido.

Se tomó su tiempo, usó las manos y la boca para encenderla hasta que todos los sentidos de Bella

ardieran de deseo por él. Los dedos de Harvey se deslizaron entre las piernas de ella el tiempo justo y necesario para hacerla temblar, para que se alzara contra él pidiéndole más. Entonces retiró los dedos, le acarició una pierna y luego la cadera. Harvey le dio la vuelta y le besó la tripa, metiéndole la lengua en el ombligo. La piel suave de Bella era como un caramelo celestial en su boca y no tardaron mucho sus manos en hacerse con aquellos generosos pechos por encima del sujetador de encaje.

Cada caricia hacía que Bella se quedara sin aliento. Ella le rodeó un costado poniéndole la pierna encima y luego se removió debajo de él. Harvey notaba el deseo de Bella por cómo era incapaz de quedarse quieta bajo sus manos y su boca. Bella decía su nombre entre jadeos. Le cogió la mano y se la puso entre las piernas. Prácticamente la tenía rogándole y esa era una sensación maravillosa.

Harvey se negó ante los intentos repetidos de Bella de hacer que le metiera los dedos y ella emitió un ruido de frustración y cabezonería, luego entrelazó las piernas sobre el muslo de Harvey para frotarse contra los músculos de su pierna en un intento de correrse. Él casi se echó a reír ante la determinación de Bella por acabar cuando él intentaba prolongar su placer.

Le metió los dedos y ella gimió inmediatamente, temblando. Su humedad y su olor casi hicieron enloquecer a Harvey. Tras unas cuantas caricias, cuando Harvey notó las contracciones que empezaban a extenderse por el cuerpo de Bella, se apartó y la oyó emitir lo que fue casi un gruñido primario.

La besó en los labios para tranquilizarla y notó cómo ella se relajaba un poco, luego volvió a acariciarle los pechos para excitarla una vez más. Bella se frotó contra él con determinación para hacerle saber lo deseosa que estaba de tenerlo. Lo acariciaba por todas partes, lo besaba en la boca. Bella le desabrochó el pantalón y Harvey tembló, intentando apartarse porque el más mínimo roce podía hacer que el juego de seducción terminara. No quería acabar en cuanto ella lo tuviera entre sus manos.

La estrechó entre sus brazos y la besó. La mano de Bella quedó así atrapada en la cinturilla de los calzoncillos. Harvey sentía los pechos de Bella contra su pecho desnudo, su tripa contra la de él. Era una sensación de posesividad que lo recorría de arriba abajo. La besó en el cuello, junto a la oreja y Bella le bajó los calzoncillos. Harvey se los quitó de una patada y se colocó sobre Bella apoyándose en los brazos. Se detuvo para mirarla, era ella, Bella, después de tanto tiempo. Le dio un beso en la frente.

–Te quiero, siempre te he querido –le dijo.

Las lágrimas se desbordaron de los ojos de Bella y ella sacudió la cabeza.

–Por favor no digas eso, tan solo bésame.

–¿Estás... –Harvey se detuvo, tenía que saberlo pero al mismo tiempo le daba miedo oír la respuesta–. ¿Estás casada? ¿Vives con alguien? ¿Tienes una relación seria? ¿Por eso no quieres quedarte conmigo ni decirme que me quieres?

–¡No! –dijo ella–. En realidad nunca ha habido nadie más que tú.

–Me cuesta creerlo, tal como te veo ahora. Cualquier hombre que no quiera atraparte y quedarse contigo es un completo idiota, yo mismo lo fui.

–No estoy casada. Nunca he estado prometida.

–Salvo conmigo.

–Nunca lo estuvimos. Era un acuerdo de negocios.

–Lo nuestro nunca ha sido solo un negocio. Me alegro de que no estés casada, porque te quiero y eso sería un problema.

–Quiero que esto sea tan solo... Lo que es. Una aventura secreta, a puertas cerradas, lejos de la vida real.

–Cuando dices esas cosas suena como si estuvieras casada.

–No lo estoy. Te lo juro. Es solo que... –Bella lo besó y parecía desesperada.

Harvey no podía aguantarlo más. Sintióse aliviado de que no estuviera casada; teniéndola allí, en su cama, entre sus brazos, la necesitaba. Necesitaba estar dentro de ella, tenerla aunque solo fuera de esta manera, si es que otra forma no era posible.

Le lamió los pezones hasta que se endurecieron, le pasó la mano por el abdomen y dejó que sus dedos bajaran hasta situarse entre sus piernas. Bella estaba suave y húmeda, lista para recibirlo. La besó en la frente, en la nariz, en los labios. Harvey le abrió las piernas con las manos y se colocó entre sus muslos. Con un potente temblor en los brazos, se acomodó dentro de ella, sintiendo una explosión de placer que le recorría el sexo mientras se movía en su interior.

–¡Ah! –gritó Bella cuando él entró y le rodeó la espalda con los brazos.

Harvey la embestía con fuerza, rápido. A la porra todas las ideas de ir despacio y hacer que fuera algo dulce. La necesitaba ya, tenía que poseerla y ser el único que lograra hacerla sentir así. Una furia llena de celos se había apoderado de su mandíbula, de su mirada, mientras penetraba a Bella con el deseo de borrarle el rastro de cualquier otro hombre que la hubiese tenido así. Ella se quedó rígida debajo de él, sus uñas le arañaron la espalda mientras gritaba el nombre de Harvey. Aquel sonido, el grito cerca del oído, pareció reverberar a todo lo largo del cuerpo de Harvey y lo llevó al orgasmo.

Él balbuceó el nombre de Bella y la apretó entre sus brazos. La besó, retirándole el pelo húmedo de la cara y ella correspondió a sus besos con el mismo entusiasmo. Los brazos y piernas de ambos estaban entrelazados mientras se besaban. Estaban sudados, agotados por la intensidad del encuentro. Harvey le besó la cara.

–Te quiero –dijo Bella.

–Yo también te quiero.

Siguieron besándose hasta que Bella se quedó dormida, exhausta en brazos de Harvey. Él la miraba, pensando que besarse con ella después del sexo era la cosa más sensual que había probado en su vida. Había intimidad en aquel deseo de seguir besándola después del acto. Era algo nuevo, extraño, innegable. Le había dicho que la quería, y la quería de verdad. Pero esto... En fin, iba a peor.

Capítulo 17

Bella se despertó en una habitación desconocida. Se sentó de golpe, el corazón le galopaba casi en pánico mientras miraba a su alrededor. Una cama con postes tallados, una colcha morada, unas vistas maravillosas desde las alturas. Respiró hondo, estaba en el ático de Harvey. Por supuesto. Sacudió la cabeza y se alisó el pelo. Salió despacio de entre las sábanas y se escurrió hasta el salón para coger el móvil. Le mandó un mensaje a la niñera para decirle que lo sentía, que estaba bien, que no se preocupara. Su hermana se había quedado con los niños por la noche.

Era temprano, podía volver a casa, ducharse y vestirse para ir a trabajar. Se quedó parada, dudando. Si se iba ahora, a las cinco de la mañana, podría ponerle el desayuno a sus hijos y llevarlos al autobús de la ruta, recuperar cierto sentido de normalidad. No quería que se dieran cuenta de que su mamá no había vuelto a dormir. Se sentía fatal de solo pensarlo. Pero en la otra habitación Harvey estaba dormido y no sabía que ella se iba a marchar, y eso la hacía sentirse rota y culpable. Una parte de ella quería quedarse en la cama con él, durmiendo, besándose, haciendo el amor e ignorando el mundo real.

No era justo. Bella quería lo mejor de los dos mundos; a sus hijos y al hombre al que amaba. Aquello debería ir junto. Él era su padre. No había ninguna complicación, salvo que ella había mentido. Durante años. Se los había llevado porque tenía miedo. Si pudiera echar el tiempo atrás y llamarlo desde Tulsa cuando aún estaba embarazada, intentar arreglar las cosas con él, pedirle que controlara a su hermano y a su madre y ver si la historia entre ellos podía funcionar... Pero existía la posibilidad de que le hubiese quitado a los gemelos y de que otra persona los criara. En el pasado Bella no podía correr ese riesgo, sabía que ahora tampoco podía hacerlo. Tenía que aceptarlo y dejar de jugar con fuego. Lo más peligroso en la vida que se había construido era el hombre que dormía en la otra habitación.

Bella se vistió y se puso los zapatos. No se duchó ni se peinó, nada. Salió deprisa hacia su coche y condujo en el amanecer hasta su casa. Entró y logró ducharse y secarse el pelo antes de que Caden entrara con su pato de peluche favorito para abrazarle las piernas.

Bella se agachó para levantarlo y darle un beso:

–Te quiero, bebé. ¿Has dormido bien?

–Ah-hah. Tengo que contarte algo, mamá.

–¿Qué es? –preguntó ella.

–Necesito que papá venga al comedor.

–¿Cómo? Cariño, tu papá no puede ir, ya lo sabes.

–Pero todos los demás niños tienen papá y lo van a llevar al comedor del cole el Día del Padre y van a comer juntos –dijo Caden mientras sus ojos azules se llenaban de lágrimas–. ¡Quiero a mi papá!

–Ya lo sé, mi amor. Lo siento –dijo, sintiendo el dolor y la desilusión de su dulce pequeño mientras lo abrazaba y lo consolaba.

Él se puso rígido y empezó a chillar, entonces Bella supo que el berrinche estaba cerca. Lo sentó en la cama e intentó hablar con él, pero no había nada que lo pudiera tranquilizar. Le acarició los rizos sudados sin poder hacer nada más, le dijo que lo quería y, al final, María entró para llevárselo con la promesa de ponerle cereales y los dibujos en la tele.

Sollozando, dejó que la niñera se lo llevara y Bella se sintió fatal. Entró a la habitación de Corinne y le dio un beso a aquella carita angelical; su hija estaba durmiendo. Se sintió egoísta por guardarse todo aquello solo para ella, cuando Harvey podría estar allí, abrazándola, admirando la serenidad de su

pequeña dormida mientras su hermano gritaba de felicidad por Bob Esponja en la otra habitación.

Si la vida fuera perfecta, Harvey y ella compartirían aquello. Pero la vida no lo era y Bella no podía tenerlo todo.

Se sintió muy triste en el trabajo. Sabía que tenía que romper con Harvey. Había sido cruel dejar que las cosas siguieran. Tenía que ser más inteligente, protegerse a sí misma y a los niños. Era como si con Harvey no se pudiera controlar. Como si estuvieran destinados a estar juntos y como si no importara con cuánta claridad supiera que tenía que mantenerse alejada de él, siempre acababa en sus brazos. Decidió que lo suyo era una estupidez total.

Esperó a terminar su última *conference call* para subir al despacho de Harvey y hablar con él. Lo pospuso tanto como pudo. Bella charló un minuto con Greta y finalmente preguntó si podía ver a Harvey.

–No está. Se ha marchado hace un minuto. Vas a tener que llamarlo, si no ya lo verás mañana.

–De acuerdo, gracias –dijo Bella, sintiéndose como si la hubieran indultado.

Ahora podía pasar por la floristería para recoger el ramo para el recital de Corinne. Iba a darle una sorpresa a su pequeña bailarina con una rosas rosa después de la actuación.

Corinne solo llevaba unos cuantos meses en su clase de baile, pero le encantaba. Estaba convencida de que todo el recital existía tan solo para ella, para mostrar su número en el principio del mismo con su canción de Aladdin. Había pasado semanas paseándose por la casa con su traje vaporoso color azul, tarareando la música y haciendo unas piruetas tan exageradas que no podían ser parte de la coreografía. La técnica de la que carecía la suplía con entusiasmo, eso era lo que había dicho la profesora con una risa indulgente. Así era Corinne. Hacía lo que le venía en gana y si alguien le decía que no lo estaba haciendo bien lo miraba poniendo los ojos en blanco con unos aires más propios de una adolescente que de una niña pequeña. Ya tenía muy claro quién era.

Caden tenía menos seguridad, era tímido y nervioso a veces, no tenía tan claro lo que quería ser. Bella hizo que fueran a clases separadas al inicio del curso con la esperanza de que él dependiera menos de su hermana. Corinne a menudo elegía por él, hablaba por él y lo protegía. Él tenía que encontrar su propio camino y no ser tan solo la mitad de dos; la mitad callada. Aún dormía con su patito y con su mantita de bebé, aún se le saltaban en seguida las lágrimas cuando se sentía frustrado. De los dos gemelos, era a él a quien Bella entendía mejor porque era como había sido ella de pequeña, sensible y algunas veces superado por las circunstancias.

Mientras que Corinne iba a baile y también quería probar la gimnasia, Caden prefería quedarse en casa y jugar con su tableta LeapFrog o ver dibujos en la tele. No le gustaba estar entre mucha gente, lo contrario de su hermana, que se sentía como pez en el agua. A veces Bella sonreía, pensando lo mucho que la personalidad de la niña se parecía a Harvey.

Bella se permitió imaginar cómo habría sido Harvey con ellos. Le gustaba pensar que le habría enseñado a Caden a lanzar la pelota, que habrían jugado durante horas al fútbol en el parque que tenían cerca. En cuanto a Corinne, Bella siempre se imaginaba a Harvey leyéndole cuentos de hadas a la hora de dormir, con la lamparita rosa iluminándolos con calidez. Harvey sentado sobre la colcha de princesas, con la corbata aflojada y en mangas de camisa, leyéndole un cuento mientras ella miraba los dibujos con avidez, pensando que su papá es mejor que cualquier príncipe de cuento... Bella, desde la puerta, habría pensado exactamente lo mismo. Harvey habría sido un padre magnífico. Si tu fuera unida a él la amenaza de una batalla por la custodia, de perder a sus hijos por la riqueza de su familia, por su poder y por los prejuicios contra sus humildes orígenes. Ahora Bella tenía más recursos y podía permitirse un buen abogado, pero nada comparado con los cofres de dinero sin fondo y con las generaciones de influencia que tenían los Carlson.

Cerró los ojos apretándolos. No podía tenerlo todo. Podía tener a sus hijos o podía seguir yendo detrás de Harvey Carlson y quedarse con poco más que una visita algún que otro fin de semana. Nunca podría llevar a la cama a sus hijos, no se reiría al ver cómo Caden removía los Cheerios con la cuchara

para que se empapen de leche ni cómo Corinne se ponía de pie en la silla para decir que sus Cheerios los quiere con zumo de uva y no con leche. No podía perderlos, no podía poner en juego sus vidas y la única familia que los niños habían conocido. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había mirado siquiera en dirección a Harvey sabiendo todo lo que podía perder?

Bella marcó el número de su hermana.

–Sí –respondió su hermana.

–Hey, Maddy, aquí la idiota de tu hermana. La he jodido.

–¿Están bien los gemelos? ¿Te han echado?

–No, están bien, no es eso. Es que... Estoy teniendo una aventura y no es con Max.

–¡Me alegro por ti! Ya era hora de que pasaras del pringado ese y salieras corriendo antes de quedarte preñada. ¿Quién es el tío afortunado que te ha ayudado a volver a ser tú misma? –preguntó Maddy con entusiasmo.

–Esto, el pringado del que me escapé cuando me quedé preñada. También es mi nuevo jefe.

–¿Me tomas el pelo, Bella? ¿De verdad estás liada con él?

–Sí –dijo con tristeza.

–¿Él SABE de los niños?

–No. Ni lo sabrá. Yo solo...

–Deja que lo adivine, estás jugando con cerillas, pero lo tienes todo controlado. Bella, has trabajado muy duro para mantenerte oculta y para acabar la universidad y darles una buena vida a tus hijos, no lo tires todo ahora por un capullo.

–Él no es un capullo. Le quiero, Mad.

–Lo siento, cariño. No tengo paciencia para estas chorradas tuyas –dijo Madison con su característica bordería–. Te ayudé a cuidar a los gemelos mientras estudiabas. Los he llevado al médico mientras estabas trabajando. Durante dos años he compartido las tareas de la maternidad contigo. Para que pudieras darles la vida que se merecen, no para que acabaras follándote a tu ex y tiraras su vidas por el retrete.

–¡No es eso lo que estoy haciendo! –dijo Bella, ahogando un sollozo.

–Eso es exactamente lo que estás haciendo. ¿Recuerdas cómo crecimos? En casas medio derruidas, con la panda de los que se hacían llamar amigos de papá, mientras jugaban al póker toda la noche? ¿Te acuerdas de cuando nos quedamos dormidas en el asiento trasero de aquel coche en el que estábamos jugando, junto a la carretera, cuando ese tío se nos echó encima y tuve que darle una patada en la cara para sacarlo?

–Sí, todo eso lo sé. ¿Por qué me lo recuerdas ahora?

–Porque tú y yo acordamos que tus bebés no tendrían esa vida. Que tendrían estabilidad y una buena educación y que no iba a haber un montón de tíos entrando y saliendo de casa que pudieran hacerles daño.

–Se trata de su padre, Maddy, él no les va a hacer daño.

–¿De verdad? ¿Así que te has escondido durante seis años de este tío porque es una puta maravilla, tanto que debería salir en las tarjetas de San Valentín? ¿De verdad?

–No tengo intenciones de dejar que descubra lo de los gemelos. O quizás sí, porque es lo que debería hacer. No es ni un borracho ni un jugador como papá. Corinne y Caden nunca estarían solos donde algún hombre malo pueda atacarlos. Su papá es millonario, Maddy.

–Hay un montón de millonarios capullos que tratan mal a sus hijos.

–Él no es uno de ellos. Es un buen tío. Es el... El único hombre al que he querido. Quería contártelo porque me siento culpable, ¡no para que me pusieras a parir! Eres mi hermana. Esperaba que esperabas que hubiese hecho mejor las cosas pero que siempre me vas a apoyar.

–Si eso es lo que quieres escuchar es mejor que llames a otra persona. Yo estoy harta de chorradas. Sabes que haría cualquier cosa por ti y por tus hijos y eso incluye el ponerte las pilas cuando haces

estupideces. Ya no eres una niña, Bella. Tienes unos hijos en los que pensar, así que empieza a pensar, usa el cerebro.

–Lo intento. Es imposible con Harvey. Es... Lo amo.

–Sigues diciéndolo como si eso significara algo. Mira, entiendo que te ponga cachonda y que quieras que esto tenga un final romántico, pero la vida no es así. Ya escapaste de él una vez y pudiste hacerlo llevándote a tus niños. No volverás a tener tanta suerte. En cuanto él lo descubra, y lo hará, tu vida se va a poner de cabeza. Y también la vida de Caden y Corinne. Como poco van a tener que ir a ver aun tío desconocido a su casa, no habrá nada familiar ni nadie a quien conozcan. ¡Piensa cómo se van a sentir con eso! Que los saquen de su casa y los aparten de su madre y no poder saber si se los van a llevar para siempre. ¡Joder, Bella! –dijo Madison y Bella pudo oír las lágrimas en la voz enfadada de su hermana–. ¡No les hagas eso a los bebés! –le rogó.

Bella se ahogó en sus propios sollozos y colgó el teléfono. Se sentó en el coche, temblando, aterrorizada de haber arruinado su vida y la de sus bebés por puro egoísmo. Enamorarse de Harvey otra vez después de todos estos años era lo más estúpido que podía haber hecho. Debería haber resistido, haber sido responsable. Ahora estaba arrastrando a todo el mundo a lo que parecía un remolino de caos y lo único que podía hacer era permanecer en la orilla y ver cómo el maldito remolino se tragaba todo lo que ella quería para hacerlo desaparecer.

Permaneció sentada hasta que las lágrimas cesaron. Se limpió el maquillaje con una toallita húmeda y se puso más corrector debajo de los ojos para ocultar las rojeces que le habían quedado después de llorar. Se retocó el maquillaje de los ojos y respiró hondo. Bebió un poco de agua y se dijo que debía pensar. Era una mujer capaz. Había pasado de chica de la limpieza en un asqueroso motel de Arkansas a directora de un importante equipo de marketing en California. Podía encontrar una solución, saber cómo salir del lío en el que se había metido.

Sacó su libreta y empezó a hacer una lista. Pasados unos minutos de apuntar pros y contras llegó a la conclusión de que la única opción era marcharse y rápido. Irse de San Francisco y abandonar la carrera corporativa de ser necesario. Podía enseñar marketing y publicidad cuando hiciera el doctorado, ser profesora universitaria en algún pueblo perdido en Nueva Inglaterra a miles de kilómetros de la tentación que representaba Harvey Carlson. A los niños les iba a encantar jugar en la naturaleza y en la nieve. Tener cambios de estaciones les iba a resultar divertido y aún no llevaban tanto tiempo en el colegio como para haber hecho amistades importantes. Quizás pudiera educarlos en casa por si a Harvey se le ocurría buscarla. Así no tendría que registrarlos en ninguna escuela y su información no figuraría. Podía comprarse un móvil de prepago y dejar de usar tarjetas para que no pudiera encontrarla.

Tenía ahorros suficientes para vivir un par de años si era cuidadosa, no tendría que trabajar. Los niños no pasarían tiempo con otros niños de su edad, pero estarían a salvo. Caden probablemente se volvería más introvertido, eso fue como un golpe en el estómago. Había trabajado mucho para lograr hacerlo más sociable, más seguro de sí mismo. Encerrarlo en alguna granja apartada de Connecticut para proteger su secreto no era lo mejor para él. Se sorprendió al darse cuenta de que marcharse era otra vez una decisión egoísta que tomaba solo para sí misma. Los niños eran felices aquí, más felices de lo que habían sido nunca. Echarían muchísimo de menos a María, que los quería y mantenía la casa a flote con su organización, su calidez y su sarcasmo.

Bella meneó la cabeza.

No.

No podía sacar a los gemelos de la escuela, de su casa, de todo lo que representaba la vida feliz que tenían. Su niñera era maravillosa, tenían buenas maestras y Corinne adoraba sus clases de baile. Estaría muy mal privarlos de todo aquello solo porque ella, su madre, había vuelto a meter la pata. Se sentía tan avergonzada de no poder mantenerse alejada de Harvey. El único hombre que podía traer el desastre a su vida cuidadosamente planificada.

Decidió que no se iba a marchar de San Francisco. Tan solo iba a dejar la empresa. Cuatro *headhunters* habían contactado con ella en los últimos meses para ver si se la llevaban de JS por un mayor sueldo y más tiempo de vacaciones. Ella los había rechazado por permanecer leal a la visión de Jarvis y a Harvey. No había podido resistirse a estar cerca de él, ahora lo admitía. Al menos había guardado los números de los *headhunters*. Llamó a uno.

–Hola, soy Bella James, la directora de marketing de Jarvis... Ah, ¿sabe quién soy? Qué bien. Bueno, usted se puso en contacto conmigo hace unas semanas para preguntarme si estaría interesada en cambiar de trabajo. La respuesta es sí. o estoy. Estoy preparada para dejar mi puesto actual y sopesar otras oportunidades.

–Maravillosa noticia, señorita James. Mi cliente estará encantado de saber que está disponible. Prepararé una oferta y se la mandaré por email antes del lunes. ¿Le parece bien?

–Me parece perfecto. Estaré esperándola.

–Déjeme decirle que el paquete de beneficios es muy atractivo. No creo que tenga hijos, pero todos nuestros ejecutivos cuentan con pases de temporada a Disneyland, Anaheim, y pueden usar la casa de la playa que la empresa tiene en Carmel. Así que tendrá vacaciones y la oportunidad de usar el resort para disfrutarlas. El descanso es fundamental para la productividad y creo que el paquete de ventajas que le ofrecerá mi cliente le va a parecer superior al que tenga ahora.

–Tengo dos niños de cinco años, así que me parece genial. Tengo muchas ganas de estudiar la oferta. Gracias.

–Que tenga un buen fin de semana, señorita James.

–Gracias.

Bella suspiró aliviada. Ya estaba. No seguiría trabajando con Harvey. Podía tener un trabajo con beneficios maravillosos, como pases para Disneyland, que sus gemelos de morían por visitar. Una casa en la playa a la que podría a pasar los puentes, donde los niños podrían jugar con la arena mientras ella se bronceaba leyendo un libro. Se preguntaba cuándo podría empezar a usar las entradas de Disneyland. Sería maravilloso llevar pronto a los niños. Canturreaba mientras pensaba que podría sacar a Harvey de su vida en cuestión de una semana, conduciendo hacia e estudio de baile.

Bella le mandó un mensaje a Greta: “Siento soltarte esto, pero voy a presentar mi renuncia el lunes y tendrá efecto inmediato”.

La operación Escapar a Harvey Carlson estaba en marcha. Era un alivio maravilloso saber que no iba a tener que encontrárselo más veces por el pasillo. Nada de polvos furtivos ni de poner en riesgo la seguridad y felicidad de sus hijos. A partir de ese mismo momento iba a ser una adulta responsable.

Tras pensarlo un poco más decidió que le contaría a Harvey lo de los niños, había llegado la hora. En cuanto dejara el trabajo y firmara el nuevo contrato. Así ya no tendría más momentos extraños en el trabajo. Podría sentirse rara en casa, pero ya no en el lugar de trabajo.

Estaba decidida a contarle la verdad. En un par de semanas. Quizás pudieran ser una familia. ¿O estaba montando castillos en el aire? Sabía que en cuanto la verdad saliera de su boca se montaría la Tercera Guerra Mundial.

No importaba lo que pudiese ocurrir, Harvey tenía derecho a saberlo. Decírselo era lo correcto.

Capítulo 18

Harvey aparcó frente a los chalets pareados. Miró una vez más la dirección que había sacado de los archivos de personal. Tenía un ramo de lilas para pedir perdón por entrometerse en su intimidad. Tan solo quería saber dónde vivía Bella, que lo invitara a tomar una taza de café y quizás echar un polvo. Llamó a la puerta. Una mujer de pelo oscuro abrió y él preguntó por Bella.

–Oh, aún no ha llegado a casa. ¿Quién le digo que ha venido a verla? –preguntó la mujer.

–Harvey Carlson, ¿y tú eres?

–La niñera de Bella. María.

La confusión se apoderó de él.

–No sabía que Bella tuviera un bebé.

–Le gusta separar su vida privada y profesional.

¿Por qué demonios no le había dicho que tenía un bebé? ¿Pensaría que no la iba a aceptar por eso? Porque la aceptaría.

He oído su nombre, señor Carlson –dijo María–. Usted es su jefe, ¿verdad? Algunas veces oigo hablar de usted. Le cae muy bien a Bella. Le diré que ha venido y ella lo llamará, ¿de acuerdo?

Confundido, le dio las gracias. Justo entonces una pequeña niña rubia apareció detrás de la mujer.

–María, ¿quién es? –preguntó la niña. Llevaba un traje de baile azul claro con un gran tutú y tenía el pelo revuelto.

–Ven aquí inmediatamente, señorita. Adónde vas con esos pelos. ¡Tengo que hacerte un moño! –le dijo la mujer con seriedad–. Te perderás las fotos de antes del espectáculo y tu mamá se enfadará.

–¿El espectáculo de la escuela? –preguntó Harvey.

–Del Estudio de Baile Nadia.

–Lo conozco.

–Todo el mundo lo conoce. Es maravilloso.

La niña sonrió de oreja a oreja.

Harvey miró a la niña. No era un bebé, sino una niña. La niña de Bella, era idéntica a su madre, desde su piel sonrosada hasta sus grandes ojos azules. Pero tenía la barbilla de su padre y el mismo aire obstinado. Se le parecía muchísimo, Harvey no lo podía negar. ¿Era hija suya? Fue como un golpe en el pecho.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó, buscando una explicación.

Era pequeña, quizás solo tuviera tres años. No se le daba bien calcular la edad.

–Cinco.

Cinco. Bella estaba embarazada hace seis años. Cuando lo dejó en Arizona. Harvey apretó los puños.

–Voy a bailar en un espectáculo. ¿Quieres ver cómo hago piruetas? –preguntó.

Se abrió paso apartando a su niñera y empezó a hacer varias poses levantando los brazos y dando vueltas como loca. Luego hizo una genuflexión y sonrió expectante. Él se quedó mirándola.

–Tienes que aplaudir –le dijo la niñera con un suspiro–. Si no se va a quedar allí esperando hasta que lo hagas.

Harvey aplaudió un poco y ella se quedó encantada.

–Te ha salido muy bien. De verdad –dijo él.

–Corinne, ve al baño y moja el peine. Tengo que recogerte el pelo –dijo María–. Lo siento, señor Carlson, le diré a Bella que ha venido.

–Sí, gracias –dijo y volvió al coche con las lilas.

Se sentó en el coche con la cabeza entre las manos.

Pero, ¿qué cojones..?

Imposible. ¿Tenía una hija y no se lo había dicho? Bella nunca haría algo así. Debía ser su sobrina o algo, que vivía allí. La niñera era para su sobrina. Bella James no podía haber tenido una hija suya y guardarla en secreto.

Harvey siguió sentado en el coche sin saber qué hacer. Quería llamar a Bella, enfrentarse a ella, preguntarle qué pasaba. Pero no se podía mover. Vio cómo se abría la puerta del garaje y la niñera hacía montar en el coche a la bailarina. Luego volvió a la casa y salió con un niño pequeño de la mano. Un niño rubio de la misma edad que la niña. Tenían que tener la misma edad. Gemelos. ¡Gemelos! Le punzaba la cabeza y una mezcla de alegría y rabia en el corazón.

¡Harvey mismo tenía un gemelo!

Si Bella había tenido hijos suyos y se lo había ocultado la mataría... O se casaría con ella. Lo único de lo que estaba seguro era de que aquella misma tarde iba a averiguarlo.

Arranchó y fue al estudio de danza. Esperó fuera mientras la niñera entraba con los niños. Vio llegar el Batimóvil y a Bella entrar corriendo al estudio con unas rosas y las mejillas encendidas por la carrera.

Llegó más gente, arreglada y con flores, listos para el espectáculo. Harvey cogió su ramo de lilas y entró. Compró una entrada y pasó a la gran sala de suelo de madera, buscando una silla plegable libre. Encontró una en la segunda fila, detrás de Bella. La niñera estaba sentada a su lado y estaban hablando. Cuando Harvey se sentó y dejó el ramo que llevaba en la silla libre que había junto a él esperaba que Bella se diera cuenta de su presencia, pero estaba enfrascada en su conversación con María.

–Caden tiene que sentarse aquí con nosotras –insistió Bella.

Caden, ese debe ser el nombre del niño, pensó Harvey.

–Está bien allí con su mejor amigo. Tienen su videojuego y está con los otros niños en el backstage. No le interesa ver el espectáculo. Todas las profesoras están allí y también la dueña del estudio, ya sabes cómo controla a los niños. Probablemente le haya puesto un brazalete de control de esos de la policía para saber si se va al baño o algo –La niñera se rió–. La señora Johnson está cuidando a Caden y a Sammy, y también a otros niños allí atrás. Le diré dónde estamos sentadas.

–Ella es muy cuidadosa –dijo Bella con una relajación obvia–. Iré a verlo en el intermedio.

Subió al escenario una mujer con un vestido largo negro. Habló sobre lo maravillosos que eran sus alumnos y lo duro que trabajaban. Habló sobre la dedicación que ponían incluso los más pequeños y explicó que el recital se componía de distintos números de baile inspirados por películas de Disney.

El público le aplaudió educadamente y se apagaron las luces, luego una música alegre sonó demasiado fuerte, sin duda salía de algún altavoz de Bluetooth barato conectado al móvil de alguien. Un grupo de niños apareció en el escenario formando una fila. Uno a uno hacían una pirueta y luego agradecían. La música empezó a acelerar y los niños se mezclaron, chocando entre sí e intentando recordar los pasos de baile. La mayoría se reía y uno de ellos lloraba. Una niña pasó al frente y giró con los brazos extendidos. Harvey reconoció la cabeza rubia de la niña de Bella, de su hija. Corinne, la había llamado la niñera.

Corinne Carlson.

Harvey asumía que ahora era Corinne James, pero lo arreglaría en seguida. Ningún hijo suyo se iba a quedar sin su apellido. Esa niña tenía que ser reconocida como una Carlson, ir a los mejores colegios, pasar esos años importantes aprendiendo lo último en ciencia y tecnología para estar a la cabeza cuando él se retirara y le heredara la empresa. Harvey meneó la cabeza ante la riada de pensamientos que venían sin su consentimiento; invertir de pronto en una niña a la que no había visto hasta hacía una hora. Una niña

que había estado en el mundo sin conocer a su padre y cuya existencia él desconocía. La furia fue aumentando en él mientras los niños seguían con el resto del baile.

La gente aplaudía y hacía fotos. Miró a Bella, estaba grabando vídeo con el móvil y moqueaba como si estuviera llorando. Cuando acabó la música, la gente se puso de pie, aplaudiendo como si fuera una noche de estreno en el Met y no un grupo de niños y niñas tropezándose con sus tutús. Harvey también se levantó y aplaudió, luego volvió a sentarse. Bella se agachó para sacar un pañuelo del bolso y Harvey se dio cuenta de que lo había visto. Abrió mucho los ojos, su expresión tan solo podía ser de miedo. Se puso pálida y miró a su alrededor como si buscara la salida de emergencia para salir corriendo.

Luego pareció recomponerse y le dijo bajito:

–No sabía que te gustaba el ballet amateur.

–Es mi primera vez –respondió él en tono gélido.

Harvey creyó que Bella lo iba a admitir, que iba a confesar que había tenido a sus hijos y se los había ocultado. Estaba tan enfadado que casi se le nublaban la vista, pero por debajo había un deje de brillo, algo parecido al orgullo por la entusiasta niña rubia que se había llevado el espectáculo por completo bailando a su manera. Harvey esperó, pero Bella siguió como si nada.

–Como el acuerdo con los Smith aún no está firmado pensé que no tendrías tiempo para este tipo de eventos. Y has traído unas flores muy bonitas. ¿Conoces a alguna de las bailarinas? ¿Una sobrina tal vez?

–No, no tengo tiempo para estas cosas, pero te sorprendería ver lo que hago por mis hijos. –Harvey hizo una pausa y la miró a los ojos–. Cuando se trata de *mis* hijos, saco el tiempo.

–¿Tus hijos? –preguntó Bella, intentando parecer inocente, como si no se diera por aludida.

–Nuestros hijos, al parecer.

El color desapareció por completo de su cara, mientras sus ojos se encontraban con los de Harvey y se le llenaban de lágrimas.

–¿Lo sabes?

–Sí, lo sé, Bella.

Continuará...

Si te ha gustado esta historia por favor cuéntaselo a otras personas a través de tus comentarios. Una o dos líneas bastan y son de gran ayuda para que otros lectores descubran a escritoras de las que no habían oído hablar. Gracias, te lo agradezco de corazón. Gracias por tu apoyo.

Visita a Sierra Rose en: www.authorsierrarose.com

¡Recibe la Newsletter de Sierra Rose para enterarte de los nuevos lanzamientos! (En inglés)

¡Apúntate aquí! <http://eepurl.com/bHASlf>



Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com

Table of Contents

[Página de Título](#)

[Página de Copyright](#)

[Una segunda oportunidad - El multimillonario | Parte 2 | Sierra Rose](#)

[Visita a Sierra Rose en: \[www.authorsierrarose.com\]\(http://www.authorsierrarose.com\)](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Visita a Sierra Rose en: \[www.authorsierrarose.com\]\(http://www.authorsierrarose.com\)](#)

[¡Recibe la Newsletter de Sierra Rose para enterarte de los nuevos lanzamientos! \(En inglés\) | ¡Apúntate aquí! <http://eepurl.com/bHASlf>](#)